

A black and white photograph of a woman from the chest up. She is wearing a strapless dress with a large, voluminous feathered bodice. She is adorned with multiple long strands of pearls. Her hair is styled in a short, dark bob. The background is dark and out of focus.

LAS MIL
Y DOS NOCHES
Carole Geneix

Siruela Policiaca

Carole Geneix

Las mil y dos noches

Traducción del francés
de Vanesa García Cazorla

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Edición en formato digital: septiembre de 2019

Título original: *La Mille et Deuxième Nuit*

En cubierta: fotografía de cineclassico/Alamy Stock Photo

© Éditions Payot & Rivages, 2018

© De la traducción, Vanesa García Cazorla

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-17860-85-1

Conversión a formato digital: María Beloso

Para Robert, en recuerdo de Rusia

PRIMERA PARTE

Dimitri Ostrov sacó del sobre cuadrado de papel la carta que tenía encima de la cama. En un triángulo negro se recortaba el perfil de un príncipe persa y, en el dorso, escritas con pan de oro, las siguientes palabras:

*Paul Poiret invita
al señor Dimitri Moiséyevich Ostrov
a Las Mil y Dos Noches.
La fiesta tendrá lugar el 27 de marzo de 1912
en la residencia de Paul Poiret,
sita en el 107 de la Rue Saint-Honoré.
Se pospondrá en caso de mal tiempo.
Indispensable acudir con un disfraz
tomado de los cuentos orientales. A las 21:30.
S.R.C.*

¿Qué era aquello? Seguramente un capricho de la condesa, que solía figonear su habitación en su ausencia. Ella se burlaba de todo: de las antiguallas que, tras mucho rebuscar, compraba él en los anticuarios; de las fotografías de su infancia en Rusia y hasta de ese mechón de pelo de Anastasia que ella sacaba de su medallón para enrollárselo en torno al dedo, riéndose. Pero ¿qué podía decir él? Al fin y al cabo, la condesa estaba en su casa y a él lo trataba como a un príncipe.

Dimitri giró la invitación entre los dedos. De modo que el Rey de la Moda en persona lo había invitado, el modisto habitual y amigo íntimo de la condesa, favorito de todo el París artístico, que había revolucionado la vida

de las mujeres, desembarazándolas del corsé. ¡Menuda sorpresa! En sus siete años al servicio de la condesa, Paul Poiret jamás le había concedido una mirada ni le había dirigido una palabra.

Junto a este estaría su esposa Denise, siempre pavoneándose allí donde había que ser visto, la quintaesencia de la mujer advenediza salida de la nada. Una pueblerina convertida en unos años en la ninfa Egeria de la capital. Ella sería la reina de esa *garden-party* que prometía quedar en los anales. Y es que la pareja Poiret era conocida por las refinadas bacanales que él daba a la crema del arte y la política, a las que solo unos pocos elegidos tenían acceso.

Dimitri abrió el programa de la fiesta.

*Y esa será Las Mil y Dos Noches...
Y esa noche no habrá nubes en el cielo,
y nada de lo que existe existirá...
Habrá luces y perfumes y flautas
y timbales y tambores y suspiros de mujeres
y el canto del bulbul orfeo...*

¿No desentona él entre aquel alarde de lujo? Él, mero secretario de una excéntrica condesa rusa. Cada día, solía interpretar para ella el papel de confidente, escolta, escriba, ujier, porteador, recadero, masajista. Y ahora, ¿también el de caballero? Las murmuraciones se propagarían como un reguero de pólvora, esos comentarios dichos a media voz, como cuando lo veían siguiendo sus pasos cargado de paquetes cual perrillo faldero bien aseado atado a una correa invisible. Todo el mundo pensaba que se acostaba con Svetlana, que estaba con ella por su dinero. ¡Su dulce y hermosa condesa, su princesa de *Las mil y una noches*, a la que jamás habría osado tocar un solo pelo!

El destino le había deparado la gracia de cruzarse en el camino de esta rusa que había llegado a París en 1905, aseguraba ella, para buscar *la joie de vivre* a la francesa. Mas nadie era tan candoroso como para creerla: a buen seguro, huía de los bolcheviques que, en el Imperio ruso, arremetían contra las personas de «ilustre cuna» como ella, esos terratenientes que llevaban siglos

avasallando a sus *mujiks* a lo largo y ancho de miles de kilómetros de estepas y tundras. Pero con ella nunca se sabía. Jamás hablaba de su pasado.

Su condesita.

Ella a menudo lo llamaba «Dimia, mi precioso Dimia», entornando los ojos como para resguardarse del blanco sol de los veranos petersburgueses.

¿E Ígor, su hijo? Seguramente acudiría a la fiesta. ¿No vería este con malos ojos su presencia allí, ese hijo que desaprobaba los regalos que su madre prodigaba a su secretario: los gemelos con engarces de piedras preciosas, el reloj Piaget, las corbatas de Bután? ¿Un sirviente luciendo un Piaget? Un día, había sorprendido una conversación. La puerta del salón estaba entreabierta. Mi fortuna, le decía la condesa a su hijo, la gasto como me place. Y si quiero comprarle anillos de oro o pañuelos de seda a mi secretario, ¿se los compro y sanseacabó!

Y había dado una patada que hizo que tintinearan las arañas.

Sin embargo, Dimia siempre había admirado a ese hombre de atuendo impecable, de cuerpo de atleta griego, de rostro fino como una cuchilla. Sus modales, su desenvoltura, las sagaces respuestas que manaban de su boca como un elixir, todo en él irradiaba nobleza y distinción. Casado con la heredera del clan de los Lansquenet, cuyos antepasados se remontaban a san Luis, había dado muestras de cierto talento para los divertimentos de la realeza que le había granjeado un nombre desde su entrada en los círculos parisinos más impenetrables.

Dimia no poseía ni los ademanes felinos ni la conversación de Ígor. Lo único sobre lo que él podía hablar sin pasar por un idiota era del teatro y el cine. Mas las tablas no le interesaban a nadie. A lo sumo, un numerito de feria, de circo de provincias.

De gitano.

De judío errante.

Había algo, empero, que Dimia sabía hacer y que Ígor no aprendería jamás.

Dimia hacía reír a la condesa cuando esta, tras cada una de las visitas de su hijo, se encerraba en su alcoba para llorar.

Dimia caminaba de arriba abajo. Todo se había aclarado. Unos días antes, la condesa le había cogido las manos mirándole directamente a los ojos, mi querido Dimia, debes hacer tu entrada en sociedad. ¡No puedes quedarte toda la vida conmigo! ¡Conque hablaba de la fiesta! Aquella invitación le haría conocer a esa élite de la sociedad parisina con la que tanto tiempo llevaba tratando sin haber entrado nunca en ella.

Sacó su reloj de cabujón. Las cinco menos diez. Fuera, la luz adquiría tintes anaranjados. Entreabrió las cortinas de terciopelo carmesí, ese rojo que había lacerado sus ojos como una bofetada cuando llegó a aquel palacete de la Chaussée-d'Antin. Al sugerirle a la condesa que cambiara el color de las cortinas, esta se había reído en sus narices.

—Vamos, Dimia, ¡con lo que realza el carmesí mi tono de piel! —Dándole un toque en la espalda, prosiguió—: Ya verás, Dimia, uno se acostumbra a todo. Incluso a lo que más odia en el mundo, con tal de que esté recubierto de terciopelo.

Dimia no había tenido el valor de decirle la verdad.

Que ese color despertaba en él las ganas de morir.

Echó una ojeada a la calle. Había una silueta apoyada en una farola. Un hombre caminaba de un lado a otro delante de los crisantemos de la condesa, quien, mofándose de la tradición francesa que los asociaba al duelo, había mandado que los plantaran a su llegada con el fin de conferirle un toque de alegría al lugar, según había asegurado. Dimia retrocedió, preocupado. ¿Y si estuvieran siguiéndole la pista? Dos años atrás, en el estreno de *Sherezade*¹, un soplo de aire caliente le había envuelto el cuello mientras toda la sala, hipnotizada y casi sin respirar, seguía las contorsiones de Nijinsky. Al darse la

vuelta, solo había visto a unos espectadores pasmados, boquiabiertos. Y ayer, sin ir más lejos, en una callejuela, unos pasos habían resonado tras él sobre el asfalto, acelerando la cadencia a medida que él alargaba sus zancadas. Había corrido para despistar a su perseguidor y, sin saber cómo, fue a parar a los Campos Elíseos. La sombra había desaparecido tras un portón en el último momento, como esos insectos larvarios que rondan las casas y solo aparecen de noche.

Se decía que el comunismo tenía antenas por doquier en Europa, que se propagaba como la peste.

Que, una vez que eras comunista, eras ya comunista para siempre.

Que no podías salirte.

Rusia, roja sangre.

¡Menuda idea, con diecisiete años, unirse a sus filas! Ese error de apenas dos meses había marcado su destino. Había traicionado al conde y a la condesa de Volinka; a su hija Anastasia, su primer amor; a su hijo Piotr, con quien había crecido; a sus propios padres, por último, tan valientes y consagrados a su tarea de guardianes de la finca de los condes. Sus amos lo habían educado como a un príncipe, judío o no, porque se parecía al David de Miguel Ángel y distraía a su hijo, que se marchitaba, permitiéndole beber y comer en la porcelana de Sèvres, enseñándole francés e inglés, artes y ciencias. ¿Todo aquello para qué? Unas apresuradas reuniones en el sótano de una fábrica de papel, unas octavillas impresas con plomo en anticuadas imprentas, unos ánimos caldeados y consumidos por el hambre... Nada lo unía a aquellos improvisados camaradas, él, que había mamado señorío. Lo que se le había subido a la cabeza habían sido los libros. *El capital*, por supuesto, además de algunos textos trotskistas, panfletos bolcheviques repartidos subrepticamente... ¡A los diecisiete años, uno es idiota! Rimbaud llevaba razón.

La policía zarista se había presentado tras una denuncia anónima y lo había encerrado en prisión. Sin la menor dilación, el conde de Volinka había mandado que lo liberaran, y así fue como salió de allí con unos buenos ahorros en el bolsillo y un billete de primera clase para el Orient Express. A los diecisiete años, había partido para recorrer los caminos del mundo con

nada más que su físico apolíneo, un billete de ida a París y el medallón de su primer amor como único equipaje.

¹ Los Ballets Rusos de Diaghilev estrenaron *Sherezade* en junio de 1910 en la Ópera de París. La música era la de la *suite* sinfónica homónima compuesta en 1888 por Rimski-Kórsakov, quien fuera maestro del propio Diaghilev en el conservatorio de San Petersburgo. Los papeles protagonistas, el de Zobeida —favorita del harén— y el del esclavo con el que esta engaña al sultán, fueron interpretados respectivamente por Ida Rubinstein y Nijinsky, coreografiados por Mijaíl Fokin y vestidos por Léon Bakst, en cuyas manos estuvo asimismo la escenografía. El enorme éxito de este *ballet* y la impactante estética de Bakst —las sensuales combinaciones de colores puros de sus estampados, las sinuosas líneas del vestuario, que prestaban a los bailarines un aire de viva pincelada, así como la riqueza de los tejidos y las texturas, desde los encajes y bordados a los engarces de piedras, los metales, etc.— supusieron la entrada fulminante del gusto oriental y el exotismo en la moda y la decoración, de los que Poiret sería uno de los máximos exponentes. (*Todas las notas son de la traductora, salvo que se indique lo contrario*).

Había pasado su infancia comiéndose con la mirada a Anastasia, la hermana de Piotr. Ella acostumbraba a llevarlo delante de los espejos del salón de baile para ensayar pasos de danza y probarse los vestidos con miriñaque de los días de fiesta. Él se extasiaba con su esbelto cuerpo, con sus trenzas, que se movían al ritmo de la música, y, cuando ella estaba sin aliento, con la perla de sudor que corría por su cuello. Anastasia había cambiado últimamente. La niña melindrosa había mudado en orgullosa jovencita. Ella lo llevaba aparte, le enseñaba sus vestidos, le forzaba a ser su modelo y a aguantar, sin moverse, largas sesiones de posado, pues, según decía ella, una joven de buena familia debía saber dibujar. Tres días antes de su fatídico arresto, Anastasia lo había arrastrado hasta la alcoba de sus padres, mira, te voy a enseñar el lenguaje de los abanicos. El cazamoscas revoloteaba rozando sus hombros desnudos mientras reía.

El abanico cerrado, de este modo, quiere decir «no me entregaré».

Y así, justo en el nacimiento de los senos, quiere decir «tiene usted una oportunidad, apuesto joven».

Entonces lo besó.

Al día siguiente se encontraron en un frondoso bosquecillo de la propiedad. Él la había estrechado entre sus brazos tras haberse arrodillado ante ella para recitarle a Pushkin. ¡Qué idiota era! Él, que soñaba con manosear esos senos ocultos bajo el abrigo de conejo de las nieves, solo había besado la boca escarlata por el frío de aquella princesa de la tundra. Su lengua había sido suave, su frente ardía y ella había gemido.

El conde de Volinka, después de la denuncia, le había prohibido volver a verla.

La última noche, con la maleta roja del exilio aguardándolo en esa alcoba que ya no volvería a verlo jamás, una aparición en camisón azul pálido había surgido en mitad de la penumbra. Soy yo, había dicho ella colocándole un dedo en la boca. Esta vez él se había puesto de inmediato manos a la obra, abriendo la florida crinolina de su corpiño para sacar de este, como si de una cesta se tratara, unos panecillos redondos y cálidos, palpando su humedad, serpenteando largamente en los recodos más absurdos de su cuerpo, hundiéndose en las carnes blancas y rosas sumamente suaves de aquella beldad que, con las mejillas arreboladas y el trasero en llamas, se ondulaba a porfía bajo un rayo de luna. Y la poseyó por la mañana, unos minutos antes del despertar oficial, con ese golpe de lanza que ella había aguardado toda la noche como algo que le era debido. Permanecieron estrechamente unidos, el uno en el otro, absortos en su amor naciente.

Pero el gallo había cantado y con este había resonado el paso de la vieja Macha: se tiene que levantar, mi pequeño amo. Deprisa y corriendo, él había cortado un mechón de pelo de su bienamada para llevarlo siempre consigo, le aseguró él, lo más cerca posible de su corazón.

Anastasia había llorado de rabia durante días enteros por la pérdida de ese alazán que, ya en su primera carrera, había llegado y besado el santo para, acto seguido, dejarla en la estacada en los fríos azulejos de una hacienda perdida en las estepas, rodeada de campesinos, de bostas de vaca y de cocheros tuertos, mientras él se marchaba para ir tras la primera falda que se le presentara en la Ciudad de la Luz.

Dos días después, con la maleta de cuero rojo a sus pies en el andén de Hauptbahnhof, en Viena, y atravesado por corrientes de aire, Dimia rememoraba la Rusia de su infancia, la de las puestas de sol en las llanuras de coles congeladas, la de las cúpulas apetitosas como la nata batida y la de las troikas con campanillas, con el melifluo regusto en la boca de su amor perdido.

Una sorprendente mujercilla recorría a zancadas el andén, ladrando las órdenes a los porteadores recorvados por el peso de sus equipajes, increpando al jefe de estación como un *maître* de hotel y haciendo correr a un joven para que le trajera un vaso de *kvas*². Sin previo aviso, se sentó, repentinamente pensativa, encima de la maleta de Dimia, que, atónito, no tuvo arrestos para desalojar a la diva de su pedestal improvisado. El joven volvió enseguida, con una botella en la mano, la mujer se levantó e inició de nuevo sus imprecaciones; Dimia, temblando, recuperó su maleta, que era el único bien que poseía en el mundo. La mujer ni siquiera lo miró.

Por lo demás, tenía una enorme laguna en la memoria. ¿Quién de los dos, él o Svetlana, se había adueñado del otro? Su ama acostumbraba a burlarse de él con esto. ¡Dimia, me has engatusado con tu sonrisa de poeta! Él no recordaba nada semejante. Lo único que podía decir era que una noche atramentosa, en algún lugar entre Viena y París, en el vagón restaurante del Orient Express, al desdoblar su servilleta bordada con hilo de oro, la penetrante mirada de la condesa se había quedado aprisionada en la suya.

Y que aquello había terminado.

Al instante, el tren había entrado en un túnel, y ellos se habían abismado en la oscuridad. Al salir, Dimia estaba sentado frente a Svetlana y le tendía su

servilleta con un gesto de la cabeza, sorprendido de su propia audacia. La condesa la había cogido entornando los ojos y se había puesto a comer en silencio, con un vislumbre de sonrisa en los labios, toda ella de color rosa por la excitación contenida. No se habían hablado en toda la comida, él limitándose a rellenar su copa con vino de Georgia, preguntándose por qué estaba ahí para servirla, deseando que la locomotora diera marcha atrás y no encontrarse, como movido por una fuerza que lo superaba, junto a aquella mujer de la que lo ignoraba todo.

Cuando le pasó la sal, había observado a hurtadillas a esa rubia platino cubierta de joyas, con unas graciosas patas de gallo alrededor de los ojos, barra de labios bermellón, unos guantes de piel de cabrito colocados junto a su plato, como si, en cualquier momento, pudiera ponérselos y desaparecer. Por el rabillo del ojo veía los anillos moviéndose con cada bocado, luminosos en la penumbra del salón. Las copas se entrechocaban cuando el tren iniciaba un giro, las arañas emitían un tintineo y Dimia se preguntaba con qué ardides lo embaucaría aquella mujer.

El hijo había llegado a los postres, rubio y apuesto, felino, de ojos grises. Parecía tener la misma edad que él. Si bien contaba con los rasgos delicados de la madre, de su camisa de seda sobresalían una mandíbula y unos músculos poderosos.

—Igorska, amor mío, este es mi nuevo secretario. A partir de ahora, vivirá con nosotros y nos acompañará a todas partes. Como comprenderás, Ígor, no es conveniente que una mujer como yo ande sola por ahí.

La condesa tenía una voz aguda.

—Dimitri Moiséyevich Ostrov.

—Ígor Vladimírovich Slavski.

Los dos jóvenes se estrecharon la mano con las pupilas brillantes de preguntas. Después de los licores, se marcharon los tres en fila india, la condesa abriendo la marcha, con el mentón alto, encaramada a unos tacones vertiginosos y mostrando, a modo de trofeo, su magnífico trasero, seguida de aquellos dos jóvenes sobre los que la gente se preguntaba quiénes eran: sus amigos, sus sirvientes, sus hijos o sus amantes.

Svetlana Slavskaya, perla de sus días.

Dimia se sobresaltó. Las cortinas se habían movido ligeramente. ¿Se había dejado la ventana abierta? Inspeccionó con cuidado los batientes y echó un vistazo calle abajo. Su imaginación, seguramente.

O quizá su mala conciencia.

Chirrió la pesada hoja de la entrada. Al punto, se oyeron unos pasos bruscos en el otro extremo del pasillo, y a lo lejos se abrió una puerta que enseguida se cerró.

Ella había vuelto.

Dimia cerró con cuidado las cortinas carmesíes. El reloj repiqueteó cinco veces, solemne como las campanas de una catedral, resonando en el aire vacío de aquella morada demasiado vasta para ellos.

Las cinco.

Era la hora de ir a saludar a la condesa, de agradecerle las atenciones que le dispensaba, de masajearle las pantorrillas.

Cogió el frasco de aceite de copra y fue a llamar a la puerta de la perla de sus días.

² Bebida típica de los países del Este a base de centeno, malta y manzanas.

Cogidos del brazo, Paul y Denise Poiret caminaban a paso moderado entre los murmullos de las transeúntes. La hora era siempre la misma; el itinerario, también: a las diecisiete horas en punto, la manzana formada por las calles Bobichette, Saint-Placide y Faubourg-du-Bois, una hora larga de camino antes de acabar a las dieciocho horas en la terraza de los Park para beber champán y comer caviar de beluga. Ese paseo diario era la ocasión para que París viera con sus propios ojos a esa pareja que movía los hilos de la moda. Se decía que Poiret había viajado a más de veinte países para concebir sus colecciones. Rusia, Japón, México, Argelia: la casa Poiret mezclaba alegremente todas las influencias posibles. Pronto sería el turno de los Estados Unidos, último bastión de un puritanismo que había subido demasiado los cuellos y gangrenado con encajes y punto de cruz las blusas de las mujeres. Poiret había introducido el erotismo en el matrimonio, recurriendo a las voluptuosas modas de los prostíbulos del mundo entero, que había visitado, según decía sin pestañear, por razones profesionales, con el propósito de vestir a las parisinas como *geishas* de altos vuelos.

Estados Unidos, última parada. La consagración. En poco tiempo, el Titanic haría su *maiden voyage* saliendo desde Southampton con una escala en Cherburgo, y a casi nadie extrañaría que Poiret fuera uno de sus pasajeros y aprovechara la ocasión para lanzar una nueva colección inspirada en las majestuosas líneas del transatlántico más grande de la tierra.

Las mujeres cuchicheaban tras los abanicos: ¿has visto?, ¿qué extraña mezclanza, un turbante a juego con una falda de linón! ¿Y esos lazos salmón que lo festonean?, ¿volverá el rosa a estar de moda? ¡Qué desastre! ¡Y yo, que le di a mi sirvienta todos mis vestidos de color rosa! ¡*La Gazette de la Mode*

decía todavía la semana pasada que era un adefesio! Y este conjunto, ¿crees que es de estilo Directorio? ¿Se habrá acabado ya el vestido de tubo? Sin embargo, hemos visto a nuestra Denise con un atavío así en la Ópera. ¡Una verdadera estatua pasada de moda!

Nuestra Denise. Así la llamaban, haciendo como si la frecuentaran, dejando que flotara la duda. ¡Oh, Denise!, por supuesto, nosotras la conocemos bien.

Día tras día, los mismos chismorreos los envolvían como ráfagas de viento, como pelusas que se arremolinaban a su paso y que ellos no se dignaban a apartar, absortos como estaban en hacerse ver: el señor Poiret, perfectamente afeitado por su barbero a domicilio; Denise, con su cabellera de seda, alisada durante horas por su peluquero, que acudía a su casa temprano cada mañana.

Denise Poiret, el sueño de toda mujer. Su historia era la comidilla de más de una. Decían que Poiret, durante una partida de campo generosamente regada, se había casado con ella casi sobre la marcha, transformando a aquella joven de estrecha cintura, de perfil masculino y de cabello color negro cuervo en la mujer más célebre de la capital.

A las envidiosas que se daban la vuelta para mirarlos por poco les faltaba hacerles una reverencia: *demimondaines*³ extenuadas por los desórdenes de la noche; damas de la alta sociedad ocultas tras velos de viudas, avergonzadas por mezclarse así con el común de los mortales; burguesas endomingadas a las que picaba la curiosidad, y, a veces, escondidas tras el tenderete de una florista, dos o tres meretrices desdentadas que habían venido a ver lo que los grandes de ese mundo hacían durante el día en esas calles que, de noche, les pertenecían a ellas.

También los periodistas pululaban por allí, disfrazados de chicos de los recados o de vendedores de periódicos; eso cuando no era un dibujante del Louvre enviado por una revista, cuaderno en mano, para dibujar al natural el atuendo de la gran Denise, su caída inenarrable, el imperceptible detalle que marcaba la diferencia entre la firma de Poiret y una imitación salida de América a toda velocidad. Era el genio lo que se trataba de aspirar en el aire de aquella atestada calle que exhalaba el aroma de las primeras lilas.

El escaparate de Cabaché atrajo la mirada de la señora Poiret.

—¡Un collar de zafiros amarillo y azul! ¡Qué combinación tan inesperada! Y

también hay un anillo... ¿Crees que iría con mi abrigo Elzevir? Contrastaría con el negro del terciopelo. ¡Para Las Mil y Dos Noches! ¿Qué te parece, Paul?

Este no respondió, ni tampoco avivó ni aminoró el paso. La señora Poiret se calló. Llegaron a la altura del guarda, que los saludó mientras abría solemnemente los batientes de acero grabados con las iniciales de la casa: una «c», una «h» y una «e» entrelazadas como tres campesinos durmiendo en el mismo lecho. El matrimonio Poiret fue fagocitado por las pesadas puertas de la joyería más cara de París.

Al día siguiente, al despuntar la aurora, dos periodistas serían enviados a Cabaché a toda prisa para saber lo que la Bella había comprado.

³ Las *demimondaines* eran mujeres «ligeras», muy a menudo mantenidas, que vivían al margen de la buena sociedad, pero que eran frecuentadas por hombres que pertenecían a esta, o que participaban de la sociedad elegante en calidad de mantenidas.

Es la hora de la muerte. Todo el mundo está allí presente: Victor de Lansquenet, el barón; el conde de Dorimont, amigo íntimo de la familia; el maestro Boileau; Jacquelin Berteaux-Lamaury, el célebre cirujano, y, por último, los Lusey padre e hijo, que son quienes llevan la batuta en la partida de caza. Están rodeados de ojeadores y monteros versados, así como de algunas mujeres atrevidas y curiosas por ese obscuro mundo masculino.

Ígor, con gabardina y guantes burdeos, se encuentra junto al jabalí agonizante. Perros, monturas y jinetes los observan en silencio. Los foxhound ingleses recobran el aliento, con la lengua colgando, tendidos sobre la hierba pringosa por la sangre; los cazadores ya están evaluando la belleza del pelaje, el peso de los colmillos, la magnitud de las heridas; los caballos dejan de piafar, desfallecidos por las horas de carrera a toda velocidad por las landas salobres y los senderos boscosos y cubiertos de broza, aliviados porque la lluvia de látigos y espuelas sobre ellos haya cesado.

Aturdido, el jabalí freza la tierra y resopla, mas no se salva. Ígor le venda los músculos. La sangre del pelaje destrozado por los colmillos de los perros gotea sobre la hierba.

Hay un momento de silencio. Los matorrales ya no suenan, el bosque está muerto. La humedad traspasa las ropas, se infiltra hasta lo más profundo de los chalecos, ya sean de piel, ya de punto de áspera lana.

Por fin un hombre empuña su cuerno y tañe de occisa.

Ígor, con el venablo en las manos, desmonta. No tiene miedo. Todo el mundo lo mira. Es el más fino cazador de la partida. El barón de Lansquenet lo observa.

Se acerca al puerco y, con un garrote, lo empala con un golpe seco hasta el

bajo vientre; a continuación, se arrodilla delante de la masa informe y agonizante. Concentrado, extrae una a una las vísceras del animal todavía vivo, hurgando hasta lo más profundo de las entrañas para arrancar la carne sanguinolenta, cortes de carne de calidad inferior, que los perros se repartirán en medio del desorden. Ahora Ígor extirpa con delicadeza el corazón palpitante, los pulmones rosas, así como las tripas enmarañadas, y los lanza al azar a la jauría, que se dispersa a la desbandada. Algunos perros las reciben en la cabeza; otros, los más jóvenes, ladran a diestro y siniestro mientras muerden las corvas de sus semejantes. Enseguida, el cadáver despedazado es arrastrado varias decenas de metros por los perros enloquecidos.

Cuando Ígor vuelve a levantarse, la penetrante mirada de su suegro se cruza con la suya. Se enjuga las manos llenas de sangre con su pañuelo de seda y vuelve a ponerse los guantes; a continuación, parte a galope y persigue a los perros que agonizan en la landa, a los que, o bien sacrificará, o bien suturará en carne viva, si es que alguno merece la pena.

Hoy se ha marcado un tanto. Los ojos de su suegro no han mentido. Y es que esta cacería no es como las demás. Los Lusey están ahí. El barón tiene la mira puesta en la política, y el tándem padre-hijo podría ayudarlo en su nuevo capricho.

El caballo de Ígor, agotado, ha bajado el ritmo de su carrera y trota mirando con avidez las hierbas secas de las cunetas. Ígor divisa a lo lejos un perro y llega hasta él. Este gime y lo mira, implorando. El jinete desciende de su montura y le da una vuelta como si de un *crêpe* se tratara. Un intestino rosa se le ha salido del vientre y tiene rasgado el cuarto trasero. Los ojos, vidriosos. Qué lástima. Es su pequeña Diana, la más fina cazadora de la manada.

Le acaricia la cabeza pensativo y le dispara un pistoletazo entre los ojos. La perra gime. Él sonríe. Cuán dulce ha sido ver la mirada de aprobación que, durante un instante, ha aflorado en el rostro del barón. Incluso tal vez se trate de admiración, algo que no habrá sido fácil de conseguir. ¡Después de tanto tiempo...! Hace seis años que está casado con Juliette, la heredera, seis años desde que lleva el apellido y título de su familia política, haciéndose llamar barón de Lansquenet para borrar toda filiación con Rusia. Desde entonces, nada lo une ya a ese país de *mujiks* y de coles podridas. ¡Arre, arre! El látigo

restalla. Ígor espolea a su caballo y lo obliga a galopar a toda prisa. Está embargado por el júbilo.

Hoy ha conseguido lo imposible: que le perdonen sus orígenes.

Pogrom o **pogromo**, *n. m.*, del ruso погром, designa en el Imperio ruso un movimiento popular antisemita promovido o tolerado por las autoridades y consistente en su mayoría en saqueos y masacres, y, por extensión del término, una violenta sublevación contra la comunidad judía.

La condesa de Slavskaya cerró su diccionario suspirando.

Pogromo. Una palabra de origen ruso. Una palabra que, durante mucho tiempo, solo había existido en su lengua materna y que, ahora, se propagaba por doquier para designar la matanza de judíos a manos de la población rusa. Desde luego, se estaban cubriendo de gloria.

A paso lento, se dirigió hacia su tocador para empolvase de nuevo la nariz y ocultar los surcos que emergían de sus ojos, hundidos, a lo largo de los años, por unas lágrimas densas, corrosivas.

Dimia se calzó las babuchas renegando contra la condesa, que había desempolvado para él el traje del *ballet* de *Sherezade*: un pantalón bombacho, una camisa que cubría a medias el torso y recubierta de tiras de cobre, un cinturón de seda y un abrigo de mandarín chino en satén blanco y azul que nada tenía que ver con Persia. ¿Era esta la manera de comenzar su carrera de hombre de mundo? Según Svetlana, penetraría en la misteriosa flor y nata de la sociedad parisina, cuyos méritos ella enaltecía desde hacía siete años. Sentía remordimientos por haberlo tenido escondido, quería reparar sus errores. Le presentaría a los Étienne, a la familia Teillard d'Eyry, al primo carnal del emperador de Prusia, así como al productor Roger Félix, número uno del cine francés, que vendría a filmar la fiesta.

Se estremeció en el momento de ponerse el abrigo sobre los hombros desnudos. Le vino a la mente el estreno de *Sherezade*. La música de Rimski-Kórsakov había estallado y, de pronto, el tigre le había vuelto a respirar una vez más en el cuello, al son de la línea de bajo de los cobres del sanguinario sultán que, todos los días, se comprometía a matar a su esposa sin conseguirlo.

Y, mira por dónde, hoy, él lucía el traje del bailarín al que había visto aquella noche.

En dirección al camarín de la condesa, justo enfrente.

Ahora, sería él quien saliera a escena.

La puerta no estaba cerrada. La condesa, de perfil, sentada en una butaca de ébano, se cepillaba el pelo frente a su tocador, embutida en una incongruente

simbiosis de tutú corto y recio y atuendo de faquir engastado en perlas. No lejos de ella, destacaba una poltrona. Grandes anaqueles cubiertos de bibelots y de grabados tapizaban la estancia. Al fondo, se distinguía un diván para fumar opio. En la repisa del tocador había un frasco de *whisky* cubierto con un vaso. Ella sacaba la lengua, comparando su reflejo con una foto que había colocado en sus rodillas.

—Pero ¡entra, mi caro Dimia! —le dijo, sin mirarlo siquiera—. ¿A qué esperas?

Dimia se acercó, incómodo por la estrechez de su abrigo de seda. Ella se giró hacia él.

—*Boje moi!*⁴ ¡Por las diez cúpulas de la catedral de San Basilio, estás guapo como un dios! ¡Vamos, date la vuelta, que yo te vea! ¡Pareces un príncipe!

La condesa estalló de risa. Dimia cogió el frasco de aceite de copra y derramó varias gotas en la palma de su mano; luego, se arrodilló a los pies de la condesa y le quitó las babuchas.

—¿Querrá la princesa Zobeida que la masajee?

Le cogió el pie derecho con ambas manos y le masajé la planta. Ella se retorció.

—¡Para, tontuelo, me estás haciendo cosquillas!

En ese instante apareció una silueta en el vano de la puerta.

—¡Madre!

Ígor Vladimírovich Slavski entró sonriendo, corbata en mano. Un ligero aroma a vetiver invadió la estancia. Apoyó su fusta contra la pared y acercó la poltrona, ignorando al joven acucillado a sus pies. La condesa tendió la mano blanda a su hijo. La mirada de Ígor se detuvo en su meñique.

—¿Una nueva joya, querida madre? ¡Magnífica! ¡Enséñemela! —Sacó su monóculo y la examinó—. Hermosa factura..., rubíes rodeados de aguamarinas..., cierre contorneado en espiral de platino..., 1,2 quilates por lo menos... Déjeme adivinar... ¿Casa Ribochon? ¿O Alezi?

—Bellini. La compré hace quince días, en Mónaco. ¿Por qué nunca vienes con nosotros? ¡Ese Tren Azul que nos lleva de noche es tan romántico! Ya sabes lo mucho que me gusta el ruido del tren al partir, los coches cama, el

olor del carbón quemado... Diaghilev incluso habla de formar una compañía de Ballets Rusos monegascos. ¡Y ese tiempo suave, esas adelfas que florecen todo el año! Iríamos a Niza. ¡Eso te distraería de tus derbis y tus cacerías! ¡Correr detrás de perdigones, qué espantosa diversión para un descendiente de boyardos!

Ígor se atusó el bigote, fino y cortante como un escalpelo.

—Si mal no recuerdo, la caza de montería es un deporte de reyes. Y no son perdigones lo que yo cazo, sino el *Cervus elaphus*. Luis XIV era un amante de los ciervos. Ayer, sin ir más lejos, traje una enorme cabeza de cérvido con astas de catorce puntas que voy a mandar poner en un pedestal.

—¡La sangre, siempre la sangre! ¡Cómo te pareces a tu padre! Pero basta ya de boberías. ¿A qué debemos que nos honres con tu visita?

—¡Madre, quería presentarle mis respetos como debe hacerlo un hijo! Es gracioso —continuó, pensativo—, su traje no me es desconocido... —Se le iluminó el rostro—. ¡Ya lo tengo! ¡*Sherezade!* ¡Es usted Zobeida, la mujer más hermosa del harén! —Palpó la tela de su tutú con mano experta—. ¡Qué buen gusto, madre! ¡Es tan característico de usted!

La condesa rio y señaló a Dimia con un gesto de la mano.

—Y he aquí el atuendo del esclavo, ¡el del propio Nijinsky! El bueno de Serguéi me lo ha vendido a precio de oro. Mira los detalles del corte, ¡qué caída! Una verdadera maravilla.

Ígor rozó con el dedo el pantalón de serrallo.

—¡Qué lástima, luz de mis ojos! Didi y yo nos disponíamos a salir. —Puso una voz meliflua y ahuecó sus manos sobre los muslos—. ¿Por qué no vienes a verme más a menudo? ¿Es tu mujer quien te lo impide? ¿Tus amantes? ¿O las caballerizas de tu suegro? ¿Ganasteis en Longchamp el viernes pasado?

—A ver, madre, si tal fuera vuestro deseo, ¡nos veríamos todos los días! En cuanto a mis caballerizas, descuide, están en excelentes condiciones.

La condesa dejó de jugar con sus collares.

—¿Tus caballerizas? Pertenece a tu suegro, ¿no?

—Digamos que las tengo en usufructo. Además, tuyas o mías, da lo mismo.

—¡No entiendes nada! ¡Nunca formarás parte de ellos! El clan Lansquenet te tolera por la única razón de que su hija está loca por ti. Te casaste con ella en

el momento oportuno, nada más. ¡Con veintitrés años, ya era bastante madurita!

La condesa suspiró, retiró el vaso de la licorera, se lo llenó hasta arriba y lo posó sobre el tocador. Cogió las manos de su hijo en las suyas y se las estrechó con todas sus fuerzas.

—¡Ígor, en qué nos hemos convertido los dos!

Madre e hijo se miraron a los ojos. Ella no lo soltaba y lo estrechaba aún con más fuerza. Sus dedos entrelazados palidecían en las articulaciones.

—Vamos, ¿qué quieres de mí? —dijo de pronto con una voz seca.

—Pues bien..., es que... ¿No tendría usted unas invitaciones de sobra para Las Mil y Dos Noches?

La condesa soltó bruscamente las manos de su hijo, agarró su brocha de plumas de cisne y comenzó a empolvase el escote.

—¡Invitaciones, nada menos! ¡Es como pedirme una vigueta de la torre Eiffel! Ya he tenido que dejarme las uñas para que Dimia pueda ir... —Se ríe—. ¡Y, ahora, tú también!

Ígor carraspeó.

—Pensaba que Poiret era su amigo íntimo... ¿No podría hablarle en mi favor?

Soltó la brocha en su cuenquito y lo miró fijamente a los ojos. Se alzó una polvareda rosa.

—¡Ni lo sueñes! ¡Las tarjetas son verdaderas obras de arte, pintadas por Dufy y firmadas de su puño y letra! Paul nos las envió hace una eternidad. ¡Está ocupadísimo! Llevo un mes sin verlo. Su casa es un zafarrancho. Ya no se puede entrar, ha colocado guardas en todas las puertas. Has tenido una buena idea, con la cantidad de dinero que pululará por allí esa noche... La baronesa de Mirandole sacará por fin su diadema, ¡que vale más que las joyas de la corona de Inglaterra! No, hijo mío, llegas demasiado tarde. ¡Has perdido el tren! —dijo, soltando una risa ahogada. Destapó un frasco de perfume y lo olió—. Pero ¿no te habían invitado? ¡Qué raro!

Cerró los ojos, arrollada por una nube de aromas, y volvió a abrirlos al instante.

—¡Tengo una idea! ¿Y si le preguntaras a tu suegro? ¡Con la cantidad de

amistades que tiene, será un juego de niños!

A Ígor se le demudó el semblante, impenetrable como una ostra cerrada.

La condesa se envolvió en abalorios de vidrio como si ya todo hubiera sido dicho.

—¿Y bien? —dijo ella.

Ígor se levantó y cogió su corbata.

—No importa, madre... No será ni la primera ni la última fiesta que dé Poiret. Ya habrá otra ocasión en el futuro.

—¡Igor ska, qué sensato eres! ¡Adiós, hijo mío!

Él le besó la mano y se dio media vuelta.

La condesa hizo un guiño a Dimia y, en cuanto la puerta se hubo cerrado, se bebió su *whisky* de un tirón y soltó una risotada.

4 «¡Dios mío!», en ruso.

—¡Astrid! ¡Astriiiiiid!

Unos pasos precipitados, y Astrid apareció.

—¿Cómo ha entrado el imbécil de mi hijo sin que se me haya informado?

—Pero, señora, siempre lo hemos hecho así...

—Pues bien, a partir de ahora, háganle los honores en el vestíbulo. Les prohíbo que lo dejen subir, pase lo que pase. Ya me ha oído bien: pase lo que pase. Que yo sepa, esta no es su propiedad como para que ande por aquí como Pedro por su casa.

Hizo un gesto con la mano y Astrid se retiró. Dimia se giró hacia ella.

—Señora condesa..., su hijo... Aún estoy a tiempo de alcanzarlo y darle una invitación... Tiene usted más en su cajón...

La condesa dio una patada. Los frascos del tocador se entrechocaron.

—¡Ah, no, tú tampoco vas a meterte en esto! ¡El degenerado de mi hijo! ¡Es el vivo retrato de su padre! ¡Y para colmo, todo el mundo se empeña en ver en él a un *gentleman*! ¡Que si su hijo es un verdadero príncipe, por aquí! ¡Que si cuánto me gustaría conocerlo, por allá! Si al menos su sonrisa hipócrita los espantara..., pero ¡qué va, ni mucho menos! ¡Sus ojos grises le confieren el aire de no haber roto un plato! ¡Sus ojos grises que, encima, son los míos! Ese príncipe de pacotilla me lo debe todo. ¡Ay, cómo lo odio! Pero, Dimia, ¿dónde estábamos? ¡Ah, sí! Lo olvidaba.

Se levantó de un salto y giró sobre sí misma, estirando los velos de su tutú.

—¿Qué te parezco? Dímelo.

Dimia retrocedió para contemplarla. La condesa tenía una expresión triste. Él cogió los collares de vidrio y se arrodilló ante ella.

—¡Hermosa Zobeida, sois la mujer perfecta! ¡Permitidnos que la raptemos

recitando unos versos!

Luego, dio vueltas alrededor de la condesa declamando, con la mejor de sus voces:

*¿Habéis visto esa rosa tierna,
la amable hija de una hermosa aurora,
cuando, apenas eclosionada la primavera,
es ella misma imagen amorosa?
Así ante nuestros ojos, aún más bella,
apareció hoy Zobeida:
la han visto eclosionar varias primaveras,
encantadora y joven como ellas.*

La condesa se liberó del cerco de Dimia, riéndose.

—¡Las *Estanzas* de Pushkin! ¡Has cambiado a Eudoxia por Zobeida, tontuelo! ¡Anda, pásame la brocha en lugar de decir majaderías!

Se colocó una diadema con perlas engarzadas, luciendo, como un signo de exclamación, una pluma blanca en un extremo.

—¡Aquí me tienes!

La condesa giró sobre sí misma, radiante. Dimia se había sentado en la poltrona y la contemplaba con aire jovial. Los accesos de tristeza de su muñeca rusa apenas duraban.

—Estás muy pensativo. ¿No quieres ser mi pareja de baile? ¿Soy demasiado vieja?

—¡Condesa, qué ideas se le ocurren! No, es que falta algo... ¡Una mujer de su rango debe lucir unas joyas que estén a su altura! Necesita otra cosa.

Reflexionó un momento.

—¡Ya lo tengo!

Sin pensárselo dos veces, se levantó y abrió el cajón del tocador para sacar un estuche de color aguamarina.

—¡El collar que recibió el otro día! ¿Sigue sin querer decirme aún quién es ese admirador secreto que se lo envió? ¿El ministro de finanzas, quizá? Con el que está usted mareando la perdiz. ¿O Victor Lapointel, el actor de la

Comédie-Française? ¿No? Me doy por vencido entonces.

Dimia abrió el joyero y extrajo de él un magnífico collar de diamantes. Una pieza extraordinaria, diseñada con diamantes con forma de pera, de diez quilates cada uno combinados con rubíes y una enorme perla negra en el centro. Le puso el collar y se alejó para juzgar el efecto producido. La joya se derramaba en una brillante cascada por la piel de la condesa. La perla negra parecía flotar, misteriosa, a medio camino entre el cuello y el pecho.

—Su admirador tiene buen gusto. ¡Diríase que se lo han hecho a medida!

Ella le acarició el brazo, susurrando:

—Querido, ¿cómo sabías que el collar estaba aquí? ¿Y las invitaciones?

—¡Condesa, fue usted misma quien me dijo que guardara aquí el estuche! En cuanto a las invitaciones, simplemente se dejó el cajón abierto. Ya me está cambiando de tema. No quiere darme el nombre del elegido, ¿es eso?

Ella se reajustó el vestido, con el rostro torcido.

—No se bromea con estas cosas, Dimia. ¡Vale un millón, que lo sepas!

—¿Un millón?

Dimia retrocedió contemplando la centelleante joya en el cuello de la condesa, ese cuello fuerte como el de un animal de carga y, sin embargo, agraciado, vetado de venas azules, con ese lunar en la nuca que él acariciaba a diario en el momento del peinado, pronunciando algunas oraciones, por superstición, como si ella fuera un icono.

—Entonces, tenga cuidado. Tal vez debería guardarlo en la caja fuerte.

La mirada de la condesa se perdió como una ola formada por un banco de peces, lejos bajo el agua. Volvió a servirse una copa que se bebió de un tirón.

—Contigo a mi lado, no temo nada, ¡mi querido Dimia! ¡Por eso te he contratado, para que me cuides!

Abrió la ventana de par en par.

—Y porque me haces reír. Esto es asfixiante. ¡Y pensar que esto es solamente el principio de la primavera!

Sacó una botella de vodka todavía precintada de un armario de madera lacada.

—¡Ay, sí! Podría haber sido tu madre —dijo, retirando la cera del tapón.

Escogió un libro de un anaquel y pasó las páginas hasta que encontró lo que

buscaba.

—Escucha. Es «Mi retrato», de Aleksánder Pushkin. ¿Nunca te han dicho que te pareces a él? ¡Además del pelo rubio, lo tienes todo!

*Mi altura, de las más elevadas,
ay, no tiene igual;
mi tez es lozana; mi cabellera, leonada
y ensortijada.*

Le alborotó el pelo.

—¡Esa melena es la tuya! Y esto también:

*Verdadero diablo por su malicia,
verdadero mono por su fisonomía,
con mucha y excesiva irreflexión,
ese es Pushkin, ¡sí señor!*

—Condesa, se burla usted de mí. ¡Compararme con el ídolo de Rusia! Por cierto... Me comentó que, en esa fiesta, me presentaría usted, ¿verdad? ¿Cree que... estoy a la altura?

—¡Por supuesto! Se pelearán por gozar de tu presencia. Eres tan apuesto, tan... ¡romántico!, ¡e inteligente y cultivado! Le diré a Paulo que se ocupe de ti. —Ella le cosquilleó la barbilla—. Puede que Marcel nos lea algunos fragmentos de su pretendida obra maestra, lleva una eternidad escribiendo sobre el paso del tiempo. —Torció el gesto—. ¡Hay que ver qué vena le ha entrado!

Se dejó caer en la poltrona.

—Estoy cansada y tengo frío, apuesto príncipe.

—Ya sabe usted que no soy príncipe —respondió Dimia, cerrando la ventana.

—¡Eso hay que verlo! —dijo, mientras se servía otra copa—. Me dijiste que apenas habías visto a tu padre, ¿verdad?

—¡Claro que sí! Era el guarda de las propiedades de los Volinka, y yo viví

allí toda mi infancia.

—¿No dejaba tu padre a menudo a tu madre sola? ¿Los invitados del conde no daban un rodeito por su camarín mientras tu padre medía los terrenos?

Dimia se puso tenso.

—Mi madre nunca conoció a los invitados de los amos. Solo yo tenía derecho a ir a su casa. Y no teníamos camarín.

Ella se tragó el líquido de una vez.

—¡Qué cándido! Lo que sucedió es lo siguiente: un día, un príncipe hizo parada en la hacienda, se encaprichó de tu madre, joven y bella, y *voilà*, como dirían los franceses. ¡Naciste, fruto inopinado de la unión ilegítima entre la mujer de un guarda y un príncipe que estaba de vacaciones!

Se volvió a servir una copa hasta el borde.

—No pareces convencido. —Eché la cabeza hacia atrás e ingirió el ardiente líquido—. Segunda hipótesis: eres el hijo del conde de Volinka. ¡No sería de extrañar que el pequeño Piotr y tú, con lo bien que os entendíais, fuerais hermanastros! Si no, ¿de dónde habrías sacado tus modales? Haber jugado al ciento con los nobles no basta. Eres un bastardo, un hermoso bastardo. ¡No como mi hijo, ese granuja de pura cepa! ¿Cómo pude dar a luz a semejante basura? —Le temblaba la mano—. Dimia, ¿y si te adoptara? —balbuceó.

—¡Condesa! —exclamó Dimia, quitándole su copa de flauta. Ni siquiera hnadado las seis de la tarde, ya ha bebido usted demasiado.

Ella se dejó caer en el sofá.

—¡Ay, si lo hubiera sabido! Si lo hubiera sabido...

La condesa se quedó absorta contemplando un cojín marroquí bordado con metal, y le asestó un puñetazo. Saltó un botón.

—¿Lo has visto hoy, con su aspecto de príncipe y sus modales de mayordomo? ¿Y la manera en que te ha mirado de arriba abajo, como si fueras un mono?

Dimia se inclinó ligeramente, con la mano en el corazón.

—Con mis debidos respetos, señora condesa, desearía que pasáramos a otro tema.

—¡Desearía que pasáramos a otro tema! ¡Ay, eres maravilloso! Mi hijo, en privado, descuida las apariencias. ¡Tú, en cambio, no!

Ella miraba al vacío meneando la cabeza. De pronto, se levantó y se dirigió a su aseo.

—¡Dirección a la Ópera Garnier, mi amor! ¡Al palco del ilustrísimo caballero de Namur! Ve a ponerte guapo y veámonos en una hora y media en el vestíbulo.

—¿He de coger el maletín, tesoro de mis días?

La condesa se asomó al vano.

—¿Lo oís? ¡El tesoro de sus días! ¡Dimia, cómo me distraes de todo el cretinismo que me rodea! Pero lo dices de corazón, ¿verdad? Tú no lo dices para regalarme el oído como mi hijo, ¿no?

Se acercó a él y lo tomó en sus brazos.

—¡Ay, Dimia...!

El corazón de la condesa palpitaba contra su torso, entre las costillas y el estómago, y Dimia sintió un brusco vértigo al contacto de sus pesados senos, de ese hálito que hedía a alcohol, del olor acerbo de su cabellera y, dominándolo todo, Nuit de Perse, el perfume que Poiret revelaría la velada de la fiesta.⁵

Ella se soltó y pasó al aseo. Dimia la oyó canturreando al son del grifo que corría.

—¡Ve a por el maletín!

El joven inspeccionó el contenido de este último. Todo en él estaba bien colocado: había lo necesario para beber tranquilamente durante la representación. ¿Era una mera impresión suya o la condesa cada vez bebía más? De lejos, en el aseo, oyó el triquitraque de unos cajones abriéndose violentamente, del agua que fluía a raudales, de fragmentos de canciones entrecortadas por maldiciones. Adondequiera que fuera, la condesa esculpía el espacio con su presencia. De pronto, su cotorreo se tornó claro como el canto de un pinzón. Las palabras de Svetlana, mordaces bajo la risa y la alegría, volvían una a una hasta su consciencia.

Tú no lo dices para regalarme el oído como mi hijo, ¿no?

Mi hijo, en privado, descuida las apariencias. ¡Tú, no!

Y luego, de repente, como el gorjeo de un pájaro ensordecedor:

¡Vale un millón, que lo sepas!

Para empezar, ¿de qué estaba hablando?

¡Ah, sí!

Del collar.

¿Quién era ese hombre que gastaba tanto dinero en una sola mujer en un solo adorno?

Era increíble, un collar de un millón de francos.

Increíble y terrible.

Ya no se oía nada más al otro lado del tabique. Dimia había terminado de vestirse. Con prudencia, asomó la cabeza por el vano. La condesa estaba tirada en el suelo, bocabajo, con los brazos en cruz. ¡Dios mío! No soportaba verla así, como una cuba, con las enaguas subidas, igual que una vulgar meretriz.

Su princesita, tan cerca del abismo.

Ella era la única que lo unía a su pasado, a la madre Rusia, a todo lo que él había sido y ya no era. Era como si, aparte de él, la condesa no tuviera a nadie más en el mundo y como si, aparte de ella, él no tuviera a nadie más.

Una exiliada con mal de amores, como él.

Una exiliada que se destruía.

A veces, cuando menos lo esperaba, ella lo estrechaba y lloraba en su pecho como un sauce en un río. Él gustaba de aquellos abrazos apasionados inmersos en un dolor invisible que ella abría y cerraba a su arbitrio. La condesa nunca le había contado nada de ese secreto que la acompañaba como una enagua invisible que se vislumbraba por casualidad en un estallido de voz, en un gesto desfallecido, en una mirada que seguía a un perro o una hoja. La condesa danzaba una inquietante farandola en la que giraba indefinidamente al son de un vaivén de emociones, mostrando los bordes de ese sufrimiento cuya confidencia él no era digno de recibir.

Su ama, una muñeca rusa con compartimentos secretos.

Dimia le acarició el lunar. ¿Qué le había hecho, pues, su hijo para que se pusiera en ese estado con cada una de sus visitas? La tomó en sus brazos y la

subió a la cama. Ella abrió los ojos y gimió, luego se volvió a dormir como una bendita. Tenía el rostro plácido. Lo último que debía hacer era despertarla. La dejaría dormir e irían a ver el segundo acto. Eso sería más que suficiente.

Sacó su reloj. Tenía tiempo. Sin hacer ruido, abrió el cajón del tocador y cogió una invitación. La condesa había comenzado a roncar babeando un poco.

Dimia salió de puntillas del camarín con la tarjeta bajo el brazo.

⁵ En 1911, Paul Poiret fue el primer modisto de la historia que lanzó una línea de perfumes, Les Parfums de Rosine. Así como sus vestidos estaban inspirados en Oriente, también sus fragancias evocaban el exotismo oriental tan del gusto de la época, con nombres tales como Nuit de Chine o L'Étrange Fleur. Poiret, siempre rodeado de los mejores artistas de su época, contó con Paul Iribe y Raoul Dufy para el diseño de los envases de sus perfumes. Más adelante en este libro se menciona que el modisto regala, en edición exclusiva, a las asistentes a su fiesta el perfume Nuit de Perse contenido en un frasco diseñado por el joyero y maestro vidriero René Lalique (1860-1945), uno de los máximos exponentes del Art Nouveau y el Art Decó, y célebre, entre otras cosas, por haber realizado los frascos del perfumista François Coty y por haber participado en la decoración del Orient Express.

Ígor Slavski leía el *Tratado de montería y de caza*, de Goury de Champgrand, acariciando con los dedos del pie una piel de jabalí cuya cabeza yacía en el suelo con la boca abierta. Su pie iba y venía sobre la recia piel, trazando una y otra vez el contorno de su presa, serpenteando a lo largo de la frente del animal para detenerse en sus caninos salientes y lisos. Siempre guardaba el pellejo de sus víctimas. Su disecador lo conocía bien. ¡Ay, ese sonido apagado y preciso del pellejo al quitárselo de un golpe seco como un forro, para no estropearlo! Ígor había visto en directo la agonía de ese jabalí que ahora pisoteaba, su aire extraviado, la sangre negra que había chorreado sobre sus botas.

Quienes jamás habían matado no podían comprenderlo. Era en la sangre y la muerte donde uno estaba lo más cerca posible de Dios. El momento en que todo comenzaba por fin, en que los falaces velos de la vida caían.

Con la muerte, él penetraba en el corazón del gran mundo.

Se frotó los ojos. De ordinario, el contacto con la piel de un animal bastaba para apaciguarlo. Pero hoy las líneas se enturbiaban, entrelazándose las unas con las otras para formar una voluta que parecía confundirse con el emblema de la casa Poiret. En unos días, él sería el hazmerreír de todos. Le había prometido a su esposa, delante de toda la familia Lansquenet, que la invitaría a Las Mil y Dos Noches, ¡y no tenía una sola invitación para la *garden-party* del siglo! Imbécil. Todavía oía a su suegro diciéndole el domingo anterior, con una copa de Côte de Nuits en la mano, el vino más caro del mundo y que él trataba como si fuera un tinto peleón, desde el otro extremo de la mesa: Ígor, supongo que usted y mi hija irán al bailecito en casa de los Poiret, ¡ella se muere de ganas! Dicen que se va a dejar en él toda su fortuna. Y a él

respondiendo: ¡por supuesto, les procuraré invitaciones a todos! Había alzado la voz con la palabra *todos* mientras brindaba.

En tres días sería el hazmerreír del clan.

¿Qué podía hacer? ¿Sobornar a Astrid mientras su madre y su galán estaban en la ópera? Acudían allí casi todas las noches. ¿Y si su madre descubría el pastel? Esa bruja tenía ojos de lince. La descomunal cantidad de alcohol que ingería, en lugar de arrebatarle las facultades intelectuales parecía multiplicárselas. ¿Y si se las pidiera a Poiret? Imposible. Él y su madre se entendían como si estuvieran conchabados. ¿Entrar a hurtadillas en la residencia? Tal vez. Conocía a uno de los guardas. No tendría más que darle una cuantiosa propina. Iría sin Juliette. El último recurso. Pero, al día siguiente, al menos podría contar en detalle lo que confirmarían los periódicos vespertinos. Su mujer pasaría tanta vergüenza que no correría la voz, su familia política le envidiaría porque ninguno de ellos habría sido invitado, y listo. En la reunión dominical se excusaría, diciendo que solamente los allegados habían sido invitados. E insistiría en la palabra *allegado* sin que lo pareciera.

Solo quedaría en ridículo delante de Juliette, lo que para él carecía de la menor importancia.

Aliviado, atizó el fuego. Unas grandes llamas se alzaron, proyectando unas sombras sobre la cabeza de alce que hermooseaba la chimenea. ¡Y su madre, que no entendía nada de caza, que la veía como una cruel bobada! Solo ella era capaz de no admirar la precisión de su disparo, la fineza de su daga. No en vano poseía él una sala entera consagrada a su pasión, desde cérvidos con astamentas irregulares de veinte puntas hasta alfileres de montadores en marfil. Hasta su suegro, poco impresionado por sus orígenes eslavos, reconocía que cazaba como un gran señor.

Ese suegro con quien le había costado tanto esfuerzo avenirse, pero cuya admiración se había granjeado durante la montería.

Slavski cogió la piel con ambas manos y la apretó contra su corazón, aspirando su deletéreo perfume.

En ese mismo instante, un Dimia apresurado, con la tarjeta de invitación a la fiesta oprimida contra él, desafiaba a un viento cargado de llovizna que arremolinaba los papeles viejos. No había querido coger ni un taxi ni un coche simón, ya que prefería caminar para despejar sus ideas. A buen paso, tenía para veinte minutos. No debía reprocharse nada: sencillamente había tomado prestada una de las invitaciones de sobra que la condesa escondía en su tocador con el fin de llevársela a Ígor. Tras este gesto de amabilidad, Ígor estaría en deuda con él, lo invitaría a una de sus monterías, sus carreras hípicas e incluso, ¿quién sabe?, a su salón semanal, en el que se hablaba de política extranjera, positivismo y nuevos inventos.

Ya se imaginaba la sonrisa que iluminaría el rostro de Ígor, el viril abrazo que le daría cuando le entregara la invitación sin decir una palabra, la conversación que vendría a continuación.

Merecía la pena empaparse con unas gotas de lluvia por esto. Todas las maledicencias acerbadas y los comentarios despectivos de esos últimos siete años se desvanecerían.

Estaba lloviendo a cántaros cuando Dimia atravesó la reja de la casa Lansquenet. Aguardó un buen rato acurrucado bajo un paraguas que recibía el agua. Por fin se abrió la puerta de entrada.

—¿Podría hablar con el señor Ígor Slavski, por favor?

El mayordomo miró al intruso de arriba abajo, con sus rizos cayéndole por la frente, su gabán chorreando lluvia, sus zapatos empapados.

—¿Se refiere al barón de Lansquenet? —repuso con voz seca—. ¿A quién debo anunciar?

Dimia se asombró. Entonces, ¿no lo reconocía?

—Dimitri Ostrov, secretario personal de la condesa Slavskaya, madre del señor —dijo, tendiéndole su tarjeta de visita.

—Un momento.

No lo invitó a esperar en la antecámara, ni a sentarse ni a poner su paraguas

a escurrir. Dimia aguardó, solo y goteando, mientras se formaba un charquito a sus pies en un vestíbulo decorado con estatuas de mármol que lo contemplaban con una mirada vacía.

Bandeja de plata en mano, Ernest llamó a la puerta del gabinete de caza.

—¿Qué desea? —dijo Ígor con una voz adormilada.

—Tiene una visita, señor.

Ígor se incorporó. ¿Quién lo molestaba a aquellas horas y con semejante mal tiempo? Puede que fuera una persona importante.

—¿De quién se trata?

—Dimitri Ostrov, el secretario de su madre. Esta es su tarjeta.

Le tendió la bandeja. Ígor hizo un mohín de disgusto.

—¿Conque, en los tiempos que corren, los secretarios poseen tarjeta de visita!
¿Ha mencionado la razón de su presencia?

—No. ¿Desea que vaya a preguntarle?

—No es menester. ¿Desde cuándo un Lansquenet recibe a un sirviente?

Dobló la tarjeta por la mitad y de una pulgarada la tiró al suelo.

—Dígale que no puedo recibirlo.

—¿Qué explicación he de darle?

—Ninguna. ¡Tal vez sea lo bastante avisado como para comprenderlo él solito!

Ernest salió pisoteando la tarjeta doblada, que había aterrizado sobre la piel del jabalí.

Dimia se fue como había llegado, pensativo y de vacío, apretando la invitación mojada contra él.

Había naufragado en el puerto.

Su marido no había escatimado medios: harén, eunucos, mujeres medio desnudas, bailarinas de la danza del vientre, todas las condiciones se habían reunido para deslumbrar a la galería. Cómo le aburría a muerte, ahora, esa mascarada de plumas pegadas a las nalgas, de falsos apellidos compuestos, de discusiones embriagadas de intelectuales achispados, de todos esos fatuos de los que se rodeaba Paul, de esas cotorras que solamente eran felices parloteando todo el santo día, desperdigadas por la casa dejando tras ellas sus excrementos avícolas, cuadros chillones, partituras de música nueva, tratados de economía que revolucionarían el mundo.

Denise Poiret decoró un centro de mesa con flores de loto y bajó una persiana. Ante todo, era menester que nadie viera nada desde fuera: las órdenes eran categóricas. Paul quería preservar el lado bribón de la noche. Unos años antes, ella se habría regocijado con algo semejante. Sin embargo, el tedio había comenzado a carcomerla, inexorable. La *soirée* no le despertaba el menor interés. Se acostaría en cuanto pudiera.

Alrededor de ella, una horda de sirvientes se afanaba en silencio, como el personal de a bordo de un paquebote rumbo a tierras lejanas. Los transatlánticos sí que la embriagaban. Jamás había hecho un crucero. Su marido ya no la llevaba en sus viajes, y ella hacía siglos que no salía de la Francia metropolitana. ¡Menudo cambio desde sus esponsales! Se decía que en unos días el barco más grande del mundo haría una escala en Cherburgo para, a continuación, dirigirse hacia América. Quizá no fuera demasiado tarde para que su marido apareciera con unos billetes, ¡con la cantidad de amistades que él tenía! Suspiró. Si por ella fuera, claro, prescindiría de algunas de esas amistades..., como esa condesa con la que se tropezaba a cada paso... Una

amiga de la infancia, ¡le decía él a todo el mundo!

Una amistad muy cara para mí, le había dicho él en privado con una voz dura, y a la que tengo el deber de ver a menudo, Denise. Sin que puedas hacer nada para evitarlo.

Se había visto forzada a acostumbrarse a aquello. Era él quien gestionaba las cuentas. Paul le había jurado por la Santa Virgen que nunca había pasado nada con la Slavskaya, ¡él, a quien le importaban un comino la misa y los curas! ¿Acaso de veras pensaba que acababa de caerse del guindo? ¡Y, por Dios!, ¡todo ese gasto de dinero! Su marido colmaba la vida de ambos de palabras y de viento. Y todo ello en detrimento de la fortuna que le correspondería a ella obtener. Un despilfarro. Mientras tanto, ella reunía pruebas. Contrataría a un buen abogado, y listo.

Pero aún no lo tenía todo preparado y, cuando un pastel no está preparado, pues oye, hay que dejarlo horneando.

Y, por encima de todo, no abrir el horno antes de tiempo.

Con un gesto seco, cortó el capullo de una flor que se había marchitado antes de haberse abierto.

A lo lejos, en los jardines, resonó una voz atronadora.

—¡Manon, eso sí que no! Te quedas aquí y sales la penúltima. ¿Quizá una pirueta? A ver.

Una joven con zapatillas de *ballet* salió de la jaula que se hallaba en mitad del césped, giró sobre sí misma y, al tiempo que lanzaba un grito, desapareció dando brincos.

—Bien bien, muy bien los grititos —dijo Poiret, retorciéndose el bigote—, pero las puntas, no. Irás descalza, como las diosas de las ánforas. Acércate.

Poiret se inclinó delante de ella y le quitó las puntas de *ballet* con una sonrisa.

—Vamos, ahora, gira.

La joven giró ante él. Le ajustó un tirante, satisfecho.

Desde la jaula, una mujer, casi desnuda bajo largos velos, miraba fijamente

al vacío. Poiret hizo restallar su látigo. El botón de un geranio aterrizó a los pies de Manon.

—¿Quién es el idiota que ha encargado unos geranios?

Trató de increpar a alguien, pero los sirvientes se afanaban en sus tareas sin cruzar la mirada con él. El maestro tenía la misma voz que en un mal día.

—¿Acaso los geranios tienen algo de oriental? Ya puestos, ¿por qué no margaritas? —Chasqueó los dedos. Dos sirvientes aparecieron prestamente y trajeron unas macetas de barro—. ¿Dónde están las fritilarias que han llegado esta mañana de Isfahán? ¿Alguien las ha regado? ¡Caramba, estoy rodeado de inútiles!

Manon recogió el capullo de geranio escarlata y se lo colocó en el pelo. Poiret se giró hacia la otra joven, lánguida en la jaula.

—Oriane, querida, ¿no podrías abrir un poco más tu corsé? Tienes el aspecto de una monja disfrazada con ropa de Poiret. Así, mira. —Se aproximó a ella y le desnudó un hombro—. Has de ser una aparición blanquecina, un fantasma nocturno. Veremos tu carne temblando a la luz de los fuegos artificiales, el vestido entreabriéndose en la penumbra. Eso es, así está mucho mejor. ¡Un verdadero *renoir* ambulante! ¡Qué contento se va a poner nuestro amigo pintor! Iván podrá inmortalizar tu esplendor de la cabeza a los pies. ¡Será su consagración! Acto seguido, los cuadros saldrán hacia los Estados Unidos. Un encargo de las hermanas Cone de Baltimore. Le pediré que te pinte primero detrás de tus barrotes de hermosa fiera. Y Roger, que me ha prometido venir con su cinematógrafo. ¡Una primicia mundial! —Poiret se frotó las manos mirando a su alrededor, jubiloso de repente—. Creo que todo está listo.

Denise Poiret se había asomado a la ventana, observando en silencio, con la mirada fija.

Por fin Poiret descubrió a su esposa.

—¡Denise, rostro de mis noches tórridas! ¿Qué haría yo sin ti? Acércate, tenemos que repetir por última vez nuestra entrada.

Denise Poiret atravesó el alféizar y, con un movimiento elegante y obsequioso, saltó desde la ventana al jardín para ir a hacer su reverencia al rey.

Hoy es el gran día. Dimia leía y releía en voz alta un poema de la revista *Les Hommes Nouveaux*. «Pascua en Nueva York», de Blaise Cendrars. Algunos no decían más que una sarta de tonterías, se extasiaban con Baudelaire y Mallarmé. A él, en cambio, le gustaba la poesía contemporánea.

Cien mil peonzas giran ante mis ojos...
No, son cien mil mujeres... No, cien mil violonchelos...
Señor, pienso en mis horas desdichadas...
Señor, pienso en mis horas pasadas...
Ya no pienso en Ti. Ya no pienso en Ti.

En unas horas se codearía por fin con la flor y nata de la capital. Estaría la buena sociedad, además de ese productor que la condesa le había prometido presentarle. El cine, ¿por qué no? Él necesitaba una vocación. ¿Actor, regidor? ¿O bien decorador o guionista? Uno no se aburría en un plató. Se rodaba de improviso, a veces varias películas en un día. El cine no era comparable a los libros, desde luego, pero al menos contaba historias.

—¡Hola!

Dimia dejó que se le escurriera la revista. La condesa, con gesto insolente, lo observaba atentamente, como un perro de caza que hubiera levantado una liebre. Soltó una carcajada.

—¡Caray, pareces haberte asustado!

Ella recogió la revista desmembrada en el suelo.

—¡«Pascua en Nueva York»! ¿Te atrae América? El bueno de Paul se va a Nueva York el mes que viene para trabajar con el Macy's de Herald Square.

¡El *department store* más grande del mundo! ¿Debería acaso pedirle que me lleve?

La condesa se acercó un puf y se sentó en él.

—Querido mío, tenemos que hablar. —Puso su mejor cara mientras le decía —: ¡Dimia, quedas despedido!

La condesa dio palmas.

Ante su aire desconcertado, ella prosiguió bajando el tono.

—Lo has oído bien. Te despido. ¡No vamos a seguir viviendo juntos, hombre! Tú tienes veinticinco años, yo cuarenta y tres, y te pasas leyendo todo el santo día. Es hora de que saques la nariz de esas obras podridas y de que me olvides. Es oficial: hoy a medianoche te despediré.

—¿Esta noche?

—¡Esta noche!

Le entregó un fajo de papeles sujetos con un lazo de terciopelo negro.

—Aquí tienes, para que me perdones.

¿A santo de qué venía todo aquello?

—¡Menudo pasmarote estás hecho! Espera, que te ayudo.

Dimia desató el lazo y desplegó una enorme cartulina:

ESCRITURA DE PROPIEDAD

136 de Avenue des Champs-Élysées

Apartamento 2

A nombre de: Dimitri Moiséyevich Ostrov,

propietario exclusivo

Por el decreto del etc.

—¡Mi regalito de despedida! Tu piso de soltero a dos pasos del Arco del Triunfo. ¡Podrás empezar a recibir a quien quieras! Actrices, gente de mundo, políticos... Te mudarás la semana que viene.

Dimia abrió la boca, pero ella lo amordazó enseguida con la mano.

—No quiero oír una sola palabra. La explicación, si la quieres, aquí la tienes.

Con un gesto, recorrió la habitación. Dimia miró a su alrededor: una camisa

tirada con desidia encima de un sillón, los anaqueles adornados con bibelots, una chimenea de mármol encima de cuyo marco había fotos de Rusia, y nada más.

—¿Y bien?

—¡Tus libros! ¡Míralos, son una tenia, una planta carnívora, un parásito que te carcome desde dentro! ¡Si no te saco de aquí, acabarás muriendo asfixiado!

En efecto, los libros recubrían todo, las paredes, las alfombras, las estanterías y hasta la cama, que acogía tres volúmenes entre sus pliegues.

—¡Esto ya no es una alcoba, es una sepultura! Y esta es la razón por la que —se levantó bruscamente mirando a Dimia por encima de su metro cincuenta— te despido. *¡Dosvidanya maya lyoubov!*

De un anaquel cogió un libro al azar, lo dejó caer estrepitosamente y salió del dormitorio con paso acelerado.

Dimia se quedó petrificado. ¿Despedido? ¿Qué sería de él? Miró la escritura de propiedad. ¿Propietario, él? Y ella, ¿qué haría sin él? ¿Quién montaría la guardia detrás de ella, durante horas en las salas de juego en las que gustaba de perder su fortuna? ¿Quién encubriría sus extravagancias, sus risas locas en plena misa, sus monstruosas cogorzas? ¿Quién le impediría que se matara por la escalinata de la ópera?

Recogió el libro que yacía a sus pies y se puso a colocar otros tantos sobre las repisas. Lo acometió una marea de recuerdos. Ese día había hecho calor. Conforme a su costumbre cuando un espectáculo la aburría, ella se había emborrachado en su palco y había hecho mutis por el foro descalza antes del final. Dimia la había retenido un segundo previamente a que se lanzara corriendo por las escaleras de mármol. La condesa Slavskaya, peonza humana. Se habían reído como locos en la calesa que los llevaba a casa.

¡Cuán hermosa era ella, su preciosa princesa, cuando cerraba los ojos fumando opio en un sillón de emperatriz! En siete años, ni un solo tiempo muerto. Lo pasaban bien. Viajes. Alcohol. Opio. Dinero. Y, además, por encima de todo, colmando el aire que la envolvía, esos insultos suyos que resonaban como palabras dulces y viceversa, y su risa cortante y fresca.

¿Tenía algo que ver su decisión con ese misterioso personaje que le enviaba collares de un millón de francos? ¿O era el alcohol? Llevaba algún tiempo

escondiéndose cuando bebía de más. Ella lo negaba, como una niña a la que pillan con las manos en la masa. Como si él se hubiera convertido en un extraño. Aquello lo entristecía.

Sin embargo, estaba aquella escritura de propiedad. No podía sentir rencor hacia ella. Era más que todo cuanto nadie había hecho por él en su vida. Ni siquiera el conde de Volinka había sido tan generoso. Cogió el retrato de Anastasia y lo colocó, con la cara escondida, sobre el marco de la chimenea. Puede que la condesa tuviera razón. Quizá hubiera llegado el momento de olvidar el pasado y a la madre Rusia.

Y es que, ahora, era rico.

La condesa zigzagueaba entre las caballerías que pululaban a aquellas tardías horas, los taxis hundidos bajo el peso de trabajadores adormilados y los velocípedos a los que ella pitaba con su bocina, haciéndoles dar peligrosos bandazos. Se presentaba una noche gris y calurosa que, incongruente con ese albor de la primavera, secaba los escasos charcos que subsistían de las lluvias de la víspera. El faro delantero del coche recorría la calzada con una luz verdosa, y unas densas nubes negras se mezclaban en el cielo con los regueros rosáceos del ocaso.

Cuando aparcaron en la Rue Saint-Honoré, una abigarrada muchedumbre aguardaba en silencio ante las imponentes puertas de la residencia, sumida en la oscuridad. Un ligero nerviosismo flotaba en el aire. Los batientes se abrían con cuentagotas, dejando entrar a los felices elegidos que atravesaban el umbral, aliviados, con el orgullo y la aprehensión de los espectadores que entran en la arena de los juegos circenses. Dimia y la condesa se pusieron tranquilamente en la fila. Dimia temblaba con la caricia del gabán con forro de seda sobre su piel desnuda.

Svetlana no le había dirigido la palabra desde su llegada. Cada vez que él le tiraba de la manga, ella le lanzaba una mirada ofuscada. Más le valía no molestarla. Dimia miró a su alrededor. Las referencias más absurdas se confundían unas con otras en mitad de un jubiloso desorden: *kurtas*⁶ de seda roja de Bengala, pieles egipcias de leopardo, trajes folclóricos rusos, brillantes caftanes, *kangas*⁷ de Madagascar. Los tocados de las damas se entremezclaban: velos, plumas, turbantes orientales y africanos que impedían ver sus rostros.

Unos pasos bruscos y acompasados resonaron de pronto a su lado. Una joven

rubia, vestida con un largo tutú blanco y puntas de *ballet*, con la cabeza tocada por una corona de flores, los adelantó a toda velocidad, rozándole el borde de la pierna. Un pétalo de su tocado cayó a los pies de Dimia, que se apresuró a recogerlo. Cuando se levantó, no percibió sino una preciosa espalda con un minúsculo tatuaje azul en un hombro. Juraría haberse topado ya con ese porte, ese rostro, esa presencia. Pero ¿dónde? Si bien la aparición no había durado más que un instante, Dimia había distinguido los menores detalles de su atuendo, el brillo de su cabellera, el pliegue de su boca maquillada con un bonito color fresa, los polvos blancos con los que había atildado su cuerpo. Únicamente los ojos habían quedado en la sombra, pues no había cruzado su mirada con la que se ocultaba tras ese tocado adornado con cintas. Dimia estrujaba el pétalo de rosa como si de granos de sésamo se tratara. De golpe, cayó en la cuenta: *Las sílfides*⁸. Había visto ese ensueño romántico sobre un fondo de tumbas y de iglesias en ruina hacía unas semanas con la condesa en la ópera. Juraría que aquella damisela había estado ese día sobre las tablas. La siguió con la mirada. Ella alcanzó rápido las puertas, y los centinelas se apartaron a su paso. Desapareció enseguida en el interior de la residencia.

A lo lejos, la voz de cotorra de una joven tocada con un *bibi*⁹ lo sustrajo de su ensoñación.

—¡Por el amor de Dios! Pero ¿no le estoy diciendo que no quiero disfrazarme? ¡Basta ya de zalamerías!

Ella dio un taconazo, pero su zapato no encontró sino la materia mullida e informe de la extensa alfombra roja que Poiret había encargado tejer para rodear el inmueble.

Los lacayos no se inmutaron.

—Señorita, nuestras consignas son categóricas. No podemos permitirle la entrada. Se trata de una *soirée* privada.

—Pero ¿no le estoy diciendo que tengo invitación? ¡Aquí la tiene!

Desdeñosos y sin decir una palabra, observaron el papel arrugado que la mujer acababa de extraer de su bolso.

La dama se marchó fuera de quicio.

Transcurridos unos minutos, la condesa agarró a Dimia por la manga y le susurró, mientras movía los ojos como sabía hacer ella tan bien: «Nos toca».

Y exhibió su sonrisa de chacal.

Adustos, los dos criados que tenían delante los miraron, evaluándolos.

—Dama y caballero, sus atuendos son chinos. Estamos en Persia, no en China, así que no podemos dejarlos pasar.

La condesa tomó del brazo a su secretario y se adelantó, abriendo los faldones de seda azul del gabán de Dimia.

—Son los trajes del *ballet* de *Sherezade*, ¡los verdaderos! Vamos, rápido, Paulo nos aguarda —añadió ella, riendo.

Al nombre de Paulo, los rostros de los guardas se iluminaron.

—Señora condesa, ¡por supuesto! ¡Menuda ocurrencia la suya venir a hacer la cola! ¡Bien sabe usted que la habríamos hecho pasar delante!

—¡Dejemos, pues, que el «pequeño» disfrute con toda esta mascarada! —Se acercó a los lacayos y bajó la voz—: Miren, es su entrada oficial en sociedad.

La condesa deslizó unas monedas de plata en los bolsillos de los lacayos, que se inclinaron hasta muy abajo, y Zobeida y su esclavo se adentraron en la guarida del sah. Tras ellos, una pareja avanzó, rezongando. Los sirvientes habían recobrado su semblante de cancerberos.

—¡Sus invitaciones, por favor!

—¡Habrase visto! ¡Pero, señores, si ya nos conocen y acaban de dejar pasar a esas dos personas sin invitación!

Las puertas se cerraron de nuevo sin que Dimia oyera la respuesta.

Un aroma a incienso con una lágrima salada y ácida de vetiver, procedente de una lejanía que se asemejaba a las criptas de la memoria, les irritó la garganta.

⁶ Camisola larga hasta la rodilla, abierta por los laterales, típica del subcontinente indio.

⁷ Suerte de pareo de colorido estampado que visten las mujeres en buena parte de África.

⁸ El *ballet* titulado *Les Sylphides*, con música de Chopin, coreografía de Mijaíl Fokin y decorados de Alexandre Benois, fue presentado por los Ballets Rusos de Diaghilev en París en 1909, con Nijinsky y Ana

Pávlova vestidos por Léon Bakst.

9 Sombrero de diminutas dimensiones. Según el escritor Émile de La Bellodière, en su *Histoire de la mode en France* (1858), durante el reinado de Luis Felipe I de Francia (1830-1848) los «monstruosos sombreros fueron reemplazados por *bibis* microscópicos».

El vestíbulo estaba sumido en una penumbra rasgada por dos enormes antorchas. Una decena de invitados caminaba a paso lento y en silencio sobre unas tupidas alfombras persas. A lo lejos, estallaban como burbujas los tonos de unas cítaras. Un joven descalzo, en pantalón de seda azul noche con anillos dorados trabados en los puños y los tobillos, los condujo hasta la tercera planta por una estrecha escalera de caracol que la condesa, exultante, subió estrechando fuertemente la mano de Dimia. Poiret había decidido que sus invitados utilizaran la escalera de los criados en lugar de la del vestíbulo de la entrada. Ella soltó una risa ahogada. ¡Típico de Paulo! Arriba, vigilada por dos guardas tocados con turbantes, hallaron la cueva de Alí Babá, donde estaban expuestas por encima de la concurrencia las últimas creaciones del gran modisto. Unas pieles de tigre recubrían una alfombra índigo. Las prendas y los adornos viajaban febrilmente de mano en mano, después de que los hombres dejaran abajo sus sombreros de copa y sus bastones, y las mujeres, sus tocados y sus chales, para lucir aquellos lascivos atuendos de esclavos del harén.

Las sombras de dos lámparas de petróleo danzaban. Se quitaron los dos el abrigo y apareció el collar de diamantes centelleando sobre el busto de la condesa con el agujero negro de la perla en el centro.

Su guía tomó la palabra:

—¡Ataviados como están con sus mejores galas, ahora han de presentar sus respetos al Gran Maestro! No se olviden de hacerle tres reverencias ni de cruzar jamás la mirada con la suya, pues esta les atravesaría con su fuego mortal. ¡No se mira fijamente a los ojos del faraón!

Volvieron a descender en fila india. Estallaron las exclamaciones. La

condesa había tomado la delantera, y su risa cantante recorría las *boiseries*. A Dimia le costaba seguirla. ¿Por qué huía así a toda velocidad, como si lo evitara? Apenas si le había dirigido una mirada desde que habían llegado. ¿Acaso ya le había olvidado?

Los invitados atravesaron un patio recubierto de arena dominado por un surtidor que surgía del suelo para explotar con una fantasía de colores en un centro de mesa de cornalina blanca; pasaron por un oráculo pintarrajeado que, asentado sobre una pila de abigarrados cojines, declamaba, con el dedo hacia arriba, los cuentos de *Las mil y una noches*, y fueron a parar a un jardín de aromas de loto, iluminado con llamas azuladas y en cuyo centro había plantada una inmensa jaula dorada en la que unas mujeres recostadas, medio desnudas, abrumadas bajo las joyas y las muselinas blancas, formaban un corro en torno a una odalisca que, lánguida, con los ojos cerrados y las manos ahuecadas, sopesaba su rostro como si este fuera a caerse. Se habían entrelazado los barrotes con ramilletes de glicinias violetas que se entremezclaban con el metal brillante. Cuatro guardas en sendas esquinas de la jaula agitaban unas palmas gigantes por encima de sus cabezas, provocando una ligera brisa que hacía moverse la sedería y entreabría los faldones de los vestidos. No lejos de allí, se había instalado un equipo cinematográfico, y un ayudante efectuaba los ajustes precisos.

Dimia se arrimó a la jaula. Las mujeres que había dentro se asemejaban entre sí, filiformes y en el otro extremo de la moda del «pastelito de crema» que henchía los bustos y los traseros y que aún podía verse en los salones burgueses de segunda categoría. La silueta Poiret era una sorprendente mezcla de largura egipcia, languidez romana y delgadez infantil.

Dimia vio el fulgor opalino de un hombro que se desnudaba y dejaba aparecer un Cupido azul marino; luego, de inmediato, una mano menuda lanzando sobre el tatuaje una muselina con motas de plata. ¡La sílfide! Había colocado su corona de flores a su lado y recubierto su rostro con un velo de tul que caía suavemente en cascada sobre un vestido antiguo.

Dimia buscó a Svetlana con la mirada. Ella podría ilustrarle sobre la identidad de la desconocida oculta tras el velo. Desde la jaula vislumbró el brazo de un hombre que vestía ropa de calle. ¡Helo ahí, por fin, ese galán que

se permitía regalar collares de un millón de francos! Dimia se abrió camino hasta ellos. La condesa se giró bruscamente, como si hubiera sentido su presencia.

—¿Quiénes son todas estas mujeres? —le preguntó él.

—La mujer del centro es Denise, está claro —le susurró ella—. Y a sus pies, todas las modelos estrella de la casa: Julie, Flore, Eugénie, Sybille, Isabel, Constantine. Aquellas del fondo, la rubia y la pelirroja, son Manon y Oriane, las musas, las primeras damas sobre las cuales Paul confecciona sus prototipos y que hacen todos los desfiles privados. ¡Deberías conocerlas, con la cantidad de tiempo que nos pasamos en su *boutique*! Entonces —prosiguió ella mientras toqueteaba su collar de diamantes—, ¿te está gustando?

Dimia se puso de puntillas para ver mejor.

—¿Cuál es Manon y cuál es Oriane?

No hubo respuesta.

Dimia miró a su alrededor.

La condesa y su galán habían desaparecido.

Una multitud compacta se había apelotonado delante de la jaula, pegada a los barrotes. La sílfide pasaba de una compañía a otra, con aire soñador, susurrando palabras en una lengua desconocida. Las mangas acampanadas de su toga se paseaban por todo cuanto ella tocaba y, al trasluz, se adivinaba la ondulación serpentina de su cuerpo. Dimia, moldeando el pétalo, distinguía en la sombra el nacimiento de los senos, delicados y blancos, y contemplaba aquellas manos, sorprendentemente pequeñas para una silueta tan larga, jugueteando indolentes con la corona de flores. Escondida tras el tul, se adivinaba la boca encarnada y, por encima, unos ojos que no se posaban en nada, limitándose a divagar de flor en flor por los contornos, rehuyendo la mirada de los invitados. ¡Cómo le habría gustado rozar ese hombro, tocar esa mano, enroscar su brazo alrededor de aquella cintura! Se había quedado prendado de la sílfide, que, cual espejo humano, le traía a la memoria los excéntricos atuendos de Anastasia.

Una estatua viviente.

Toda veleidad de aparentar, de presentarse a la gente «que contaba», se había disipado. En ese cabal instante, ya no existía nada más, ni la condesa, ni

la casa ni Ígor, tan solo una sílfide misteriosa, ahí, frente a él, a la que casi podía tocar, en esa jaula donde, como un maravilloso altar, habían expuesto al fuego a las mayores beldades.

Impresionados, los invitados contemplaban la escena en silencio. Las prisioneras los ignoraban, escrutando la penumbra más allá del halo de las antorchas, canturreando con una voz extenuada que, de cuando en cuando, dejaba escapar un suspiro o un lamento, sin cruzar la mirada con nadie. Dimia no podía deshacerse del pequeño hombro desnudo grabado de azul, incongruente, un espacio de libertad infinitesimal en el universo de la jaula, el único detalle en el que, acaso, Poiret no había pensado.

La señora Poiret se puso a gemir. Sus lamentos ascendían en la noche naciente, posándose uno a uno sobre la cabeza de los espectadores. Bruscamente, se colgó de los barrotes de su prisión dorada con los brazos. Bajo el tul se veía el vello negro de sus axilas.

La sílfide, lánguida, hierática, continuaba mirando al vacío como si nada.

Se produjo un movimiento en la multitud, y algunos convidados pasaron la mano a través de la jaula para rozar los velos, tocar los cabellos. Dimia amagó un gesto, luego se echó atrás. Buscó a la condesa con la mirada. Los invitados, en apretados grupos, se habían apiñado a su alrededor, impidiéndole moverse. Un sirviente vestido de frac de terciopelo zigzagueaba entre los curiosos, ofreciendo grandes copas, y Dimia se bebió de un trago un licor con un fuerte aroma a cardamomo y anís. La sílfide seguía paseándose lentamente por el interior de la jaula.

Los comentarios se extendían como la pólvora. Por todas partes se decía que Poiret dispensaba a algunos iniciados una colección de lencería erótica inspirada en encajes y satenes del *demimonde*. ¡Un verdadero escándalo! ¡En qué época vivíamos! ¿Esas criaturas solo llevaban ropa interior? La gente se ponía de puntillas y volvía decepcionada de su cacería, sin apenas haber entrevisto más que la mata de pelo de quien se encontraba a su lado. ¿Estaban encadenadas? ¿Hasta cuántas mujeres oficiales podía tener el sultán? ¿Y

quiénes eran, pues, esas meretrices para desnudarse así delante de ellos? Las mujeres, celosas, se reajustaban sus escotes, se ponían en su sitio los turbantes y hundían con rabia sus pies en las babuchas que habían alquilado en la tienda de disfraces.

¡Ay, Poiret no dejará nunca de sorprendernos!

Dimia se abrió paso a codazos, decidido a liberar a esa sílfide prisionera en una jaula dorada.

¡Pum!

La concurrencia se sobresaltó. Un esclavo había dado un mosquetazo al aire. Un guacamayo enloquecido graznó encima de sus cabezas, y un estridente grito se escapó del jardín. Todo el mundo se precipitó hacia allí. Con estupor, descubrieron los picos lechosos de unos majestuosos ibis, regios con sus vestiduras de gala, deambulando entre los invitados, deteniéndose para emitir sonidos nasales y defecar a sus pies. Unos domadores paseaban monos atados con correa que soltaban gritos de bebé hambriento. Al fondo del jardín, encaramado a un trono de terciopelo carmesí con franjas doradas, iluminado con llamas azuladas, el sah, con un látigo de marfil en la mano, bendecía con aire fatigado a sus súbditos que, de uno en uno, venían a postrarse a sus pies.

El señor Poiret en persona.

Todo el mundo se calló. Solo la gritería de los guacamayos en los matorrales rompía el silencio. Los invitados presentes, de uno en uno o de dos en dos, hacían sus reverencias al soberano. Un esclavo con el torso desnudo, de aceitados y prominentes músculos, empujó a Dimia sin miramientos en las narices del sah.

Ese debía de ser su turno.

—Ruego a Su Serenísima Majestad que tenga a bien recibir mis más humildes respetos —dijo Dimia con aire solemne, inclinándose cuanto pudo. Hizo las tres genuflexiones reglamentarias que había ensayado la víspera con la condesa.

El sah restalló su látigo con un golpe seco e hizo un guiño a Dimia, que se inclinó todavía más. En la sombra brilló la mirada de Poiret, que se atusó su largo y fino bigote, canoso y recorvo como un sable.

—Buena suerte, joven.

Dimia se retiró.

Los guacamayos estaban armando una espantosa algazara, los abanicos se agitaban más raudos y la lana de las alfombras rascaba las plantas de los pies de los invitados. Los monos habían huido hacia los jardines adyacentes. El silencio había dado paso a los murmullos, luego a las conversaciones y, por último, a las risas. Dimia lanzaba ojeadas furtivas por las puertas acristaladas para ver si atisbaba el jardín secreto donde había dejado a su sílfide.

Un hombre vestido de faquir miraba la escena con atención, escondido en la penumbra, sin perder un adarme de las conversaciones y de los atuendos de los invitados, tomando notas en un cuadernito, febril.

Mañana les demostraría a todos que él había estado allí.

Al fin, el último grupo fue bendecido, y Poiret descendió orgulloso de su trono dando latigazos a diestra y siniestra:

—¡Basta de zalemas! ¡Castiguemos al infiel! —gritó a todos los presentes.

Con gran estrépito, entró en la casa seguido de sus esclavos, quienes arrastraron consigo a los convidados.

Ese era el momento.

Dos manos se abatieron sobre los hombros de Dimia, que no tuvo escapatoria y fue llevado tras los pasos del sah. No veía el rostro de sus agresores. Repentinamente, aquel puño de hierro se aflojó. Dimia, jadeando, examinó el lugar donde se encontraba. Habían llegado a la jaula de las concubinas. La sílfide, a unos metros de él, le lanzó una mirada furtiva y luego apartó la vista. Las lascivas cortesanas se pusieron a gritar de terror y se arracimaron en una esquina de la jaula. Se hizo el silencio, pronto desgarrado por un trompetazo. Sobre un cojín de seda, traían una enorme llave dorada. La cámara de cine funcionaba a pleno rendimiento. El pintor Iván el Terrible, que recibía tal nombre porque se parecía al primer zar de la gran Rusia, con su larga barba atusada y sus eternas *ushankas*¹⁰ en la cabeza, había plantado su caballete en mitad de la acción.

A Dimia se le antojaba que el jardín brillaba con mil luces, con un resplandeciente fulgor que lo quemaba.

El sah abrió la puerta de la jaula. Los alaridos de las concubinas pasaron a

los tonos agudos, desagradables.

—¡Salid, mujeres infieles!

El soberano empezó a chillar y a latigear con fuerza los barrotes de la jaula, haciendo que volaran por los aires los racimos de glicinias, que acababan aplastadas a los pies de los atónitos espectadores.

—¡Salid, diablesas, indignas mujeres que me habéis traicionado con el eunuco!

Una tras otra, en una coreografía hábilmente armonizada, emergieron las beldades, pisoteando los melosos óvalos de las flores sobre las opulentas alfombras. Hicieron piruetas cubiertas por sus velos, deteniéndose un instante, preparadas para desmayarse de terror, y desaparecieron emitiendo pequeños gritos.

Su sílfide pasó por delante de sus narices pirueteando. Un perfume a sarapia surgió a su paso y otro pétalo cayó a los pies de Dimia. Reconocía ese perfume. Era el de las habas alargadas que Poiret, en su tienda, unas semanas atrás, había dejado por todas partes, a la vez suaves y rugosas al tacto, con un revestimiento ligeramente empolvado. Los había invitado a oler su buqué de vainilla, de hueso de melocotón y de almendra al tiempo que anunciaba que se trataba de la primera hornada de los Parfums de Rosine.

Aunque seguía sin haber cruzado la mirada con la de la joven, ahora conocía su aroma.

En la guarida de las mujeres solo quedaba la señora Poiret, quien, dando un largo grito, se abalanzó a los pies del sah, que la agarró violentamente por los pelos.

—¡Mujer adúltera, levántate! ¡Decapitaré a tu amante para que puedas mirarle fijamente a los ojos! ¡Te obligaré a dormir en tu cama junto a su cabeza decapitada! ¡Felona!

Dimia estaba recogiendo el pétalo cuando dos carceleros con taparrabos lo levantaron por las axilas, lo inmovilizaron y lo arrastraron hasta el soberano y su esposa arrodillada a los pies de este.

—¡Que me traigan el tajo y el sable! —profirió el sah con voz estentórea.

Dimia contemplaba al sultán y a la cortesana con expresión de espanto.

—¡Que aquel que haya pecado agonice en el sufrimiento! —prorrumpió

Poiret, alzando cada vez más la voz—. Y tú, astro muerto —prosiguió, posando una mirada vítrea sobre la forma postrada a sus pies—, ¡mira!

Un esclavo llegó con un enorme tajo de roble. Aquella mano de hierro forzó a Dimia a arrodillarse y le aplastó la cabeza sobre la tabla de madera, mientras las piernas del verdugo lo inmovilizaban contra él. El sudor le corría por el cobre que cubría su torso, infiltrándose en su pantalón. Tenía la piel de gallina y un atroz regusto en la boca.

Oyó, como a kilómetros de su cuerpo:

—¡Que le corten la cabeza!

El aire que lo envolvía se movió, impulsado por el vaivén del sable por encima de él. Iba a morir, a morir como un perro sobre ese cadalso improvisado. Cerró los ojos apretándolos lo más que pudo hasta que vio unos círculos concéntricos azules y amarillos como las cabezas de los guacamayos que revoloteaban a su alrededor.

La señora Poiret comenzó a dar alaridos.

¹⁰ Gorro de orejas normalmente hecho de pelo y típico de Rusia.

Y luego...

Y luego, nada más.

El señor Poiret arrojó su turbante al aire y Denise se puso de pie.

—¡Que comience la fiesta!

Una orquesta oculta en el jardín de rosas atacó un vals endiablado, unos fuegos artificiales surgieron de las palmeras plantadas en macetas entre los «¡oh!» y «¡ah!» de los invitados, y Paul Poiret ayudó a Dimia a levantarse de su lecho de muerte. Los asistentes habían formado un círculo alrededor de ellos y los miraban con gesto sorprendido. Poiret agarró a Dimia con todas sus fuerzas, oprimiendo el rostro de este contra su pecho.

—¡Amigo mío, acérquese para que lo bese! ¡Ha estado usted sublime! —Y volviéndose hacia el cámara, dijo—: ¡Roger, corte!

Poiret soltó a Dimia y este inspiró profundamente. El Rey de la Moda lo examinó de la cabeza a los pies con aire de satisfacción.

—¡Un traje de Léon Bakst! ¡Hay que ver cómo lo mima a usted Svetlana! Pero ¡venga aquí, hombre, le presento a Roger! ¡Roger, sal de tu cámara de una vez, venga!

Roger Félix y Dimia se estrecharon la mano. Grupos de mujeres alrededor de ellos cuchicheaban en voz baja, posando sus miradas en ese joven medio desnudo que había desafiado las iras del sah y que estaba ahora en animada conversación con él.

Nadie lo conocía de nada.

Nadie, salvo el faquir que, con un ojo a la funerals y aspecto furibundo, contemplaba la escena agazapado tras una planta carnosa.

Poiret, risueño, se quitó su bigote falso.

—Denise, ¿no te parece que Dimia ha interpretado su papel a la perfección? Se lo digo de verdad —añadió girándose hacia él—: si no hubiéramos tramado todo hace unos días, ¡me habría creído sus temblores y su cara de espanto!

La señora Poiret, hierática, desempolvaba, sin decir una palabra, un faldón de su vestido de muselina.

—Por cierto, ¿dónde está la condesa? —le preguntó Poiret a Dimia con aire burlón—. ¿La ha visto usted?

—Voy a buscarla.

—El primero que la encuentre ganará. ¡Hasta la próxima, caballero! Y, una vez más, ¡felicidades! ¡Nijinsky estaría orgulloso de usted! ¡Vaya a divertirse, pues, joven!

Dicho esto, Poiret se esfumó entre la multitud del brazo de su cortesana, que no había rechistado. Roger Félix abandonó allí su equipo y se evaporó también.

—Pero...

Dimia se dispuso a alcanzarlos, mas cambió de parecer. Era inútil. Le habían dado lo que se dice un buen esquinazo. Poiret, aliviado por el resplandeciente éxito de su fiesta, solo pensaba en divertirse. Roger Félix se había marchado. Y, en unas horas, a medianoche para ser exactos, Dimia quedaría liberado de una vez por todas del contrato que durante todos aquellos años lo había unido a la condesa.

Libre, así que era libre. Libre para cometer errores, para descender a los infiernos o para conocer el paraíso. La condesa le había dicho que la sílfide con quien se había cruzado se llamaba, bien Manon, bien Oriane. Dimia iba lanzando a su paso suaves pétalos de rosa y exhalaba el aroma de Les Parfums de Rosine. Era como si Poiret y la condesa se hubieran concertado para que viviera su primera verdadera historia de amor. Dadas tales circunstancias, no podía hacer sino una cosa.

Se acercó a las señoras disfrazadas de bailarinas del vientre, que desde hacía un momento lo observaban haciendo melindres.

Oriane, sin recato, enrollaba y desenrollaba sus medias por sus piernas finas y musculosas. Los hombres, en animada conversación en torno a ella, seguían por el rabillo del ojo sus movimientos, preguntándose quién podía esconderse tras ese rostro velado y de quién serían esas piernas que eran la mínima expresión.

Lo más importante estaba hecho. Paul había dicho que, una vez finalizada la coreografía, las chicas serían libres de disfrutar de la *soirée* a su antojo. La mayoría de las compañeras se quitaron sus disfraces para ponerse otros más favorecedores. Ella se lo estaba pensando. ¿Qué haría ahora? ¿Regresaría tranquilamente a casa o se quedaría para divertirse un poco? Una no bebía todos los días *pippermints* mientras saboreaba un bogavante. ¿Se uniría a Manon y a las demás, que se disponían a ir a un cabaré de Montmartre? Se sujetó las medias con el ligero. Las miradas de aquellos dignos señores convergieron. Hubo silencios en las conversaciones.

No, no era el momento. No tenía ánimo para amores aquella noche. Debía concentrarse. No dejarse distraer, estar determinada siempre a triunfar.

A pesar de todo.

El príncipe ruso, como ella lo llamaba en su fuero interno, a unos metros de allí, había sido atrapado por un grupo de mujeres merced a su reciente celebridad. ¡Vaya si le habían echado el guante! Ciertamente era que el secretario personal de esa alocada condesa tenía cierto encanto con sus trazas de chiquillo sorprendido. Un ruso. Era la primera vez que veía a uno. De lo que no tenía cara era de esclavo, eso no. Pero sí cierta gracia, algo diferente de los franceses, ¡tan gordos, tan calvos y tan bajitos! Parecía una criatura salida directamente de los libros que él se pasaba el día leyendo. Incluso llevaba uno

de los trajes de *Sherezade*, de los Ballets Rusos. ¡Rusia, qué hermoso país!

Aun así, era exasperante. No había conseguido que él se fijara en ella. En un invariable tejemaneje, cada vez que acudía a la tienda con la Slavskaya, se pasaba el tiempo leyendo novelas. Les hacía las zalamerías necesarias y reglamentarias a los empleados y entraba en el gabinete privado de la condesa, al que Poirot había dado el nombre de Hera, pues, según repetía a porfía, ella era la reina de los cielos. Ese Dimia, como lo llamaba en voz alta y clara la condesa, contemplaba a su jefa mientras esta mandaba en todo y en nada, hasta que el suelo quedaba cubierto de cajas, telas y papeles, y la atmósfera apestaba a los perfumes más contradictorios, y entonces, sin previo aviso, se sentaba en un puf y se enfrascaba en su libro. Habría bastado que alzara la cabeza un segundo y mirara a su alrededor para que la viera, siempre al alcance de la mano, mientras se probaba los vestidos para la Slavskaya. Hola. Tómame en tus brazos, hazme bailar, tómame simplemente.

Mas aquello era dar voces en el desierto.

O bien no le quitaba los ojos de encima a la Slavskaya, o bien desaparecía en el abismo de su libro abierto.

El príncipe ruso jamás le había dirigido una sola mirada.

Todo lo contrario de esos energúmenos achispados con sus trajes de gala que, sin pudor, la desnudaban con los ojos.

¡Ni que estuviera en venta!

Se alejó con una sonrisa en los labios, extrañada. Era de lo más sorprendente. Ella, que sin mover un dedo podía seducir a todos los hombres sobre la faz de la tierra, no era nada al lado de un libro.

Conforme avanzaba la noche, la gente se mostraba más jovial, lanzando furtivamente miradas groseras, insistentes sonrisas. El grupo de mujeres acogió a Dimia como si lo conociera desde hacía siglos.

—¡Por fin aquí, querido! ¡Cuénteme, la cosa no ha sido moco de pavo! ¿Ensayó mucho con los Poiret para brindarnos ese espectáculo a-som-bro-so?

Dimia sonrió sin decir palabra. Aprovecharon su sorprendente traje para toquetearlo. Lo habían reconocido, ¡vaya si lo habían reconocido! ¡*Sherezade*, el gran Nijinsky!, ¡qué fuerza de la naturaleza, Dios Santo!, ¡lo recordaré toda mi vida! Hubo un turno de preguntas y respuestas, se cortaban la palabra, bebieron más: anisetes violetas y bíteres de saúco, *kirsches* y orujos de ciruela, granadinas mezcladas con ron ambarino; le metieron en la boca pastas, *zakuski*¹¹ rusos, *baklavas* que rezumaban azúcar. Todos juntos fueron de la mano, haciendo el trencito, para ver al alfarero, a la pitonisa y a la hurí; y contemplaron, con exclamaciones apasionadas, los haces de fuegos artificiales que, sin avisar, perforaron el silencio de la noche.

La vista de Dimia se le iba enturbiando; poco a poco, todo se trocó en una bruma deliciosa.

En una esquina, el pintor Iván el Terrible, de pie frente a su caballete, paleta ovoide en mano y frasco de aceite de adormidera muy próximo a él, bosquejaba furiosamente la escena. Unos lienzos aún frescos cubrían el suelo.

Una bonita joven oculta por un velo tras el que se percibía una sonrisa cogió a Dimia de la mano y lo atrajo hacia sí en un vals colmado de coronas de flores blancas y risas lejanas. ¿La sílfide? Dimia no distinguía nada en la penumbra y el desorden de la fiesta. Pronto, aquello no fue más que un delirio de cabellos, de música lasciva, un festival de gustos acres y dulces, una orgía

de sonidos, luces y colores. Los guacamayos se peleaban con los ibis, que habían decidido instalarse en el jardín de rosas; los monos bebían champán de añada de las copas abandonadas y Dimia olvidaba claramente sus ambiciones sociales. De buenas a primeras, sintió un beso en la boca, apenas esbozado, como si lo hubiera soñado; luego, una almibarada lengua le abrió los labios. Hubo otros muchos besos, rozamientos en mitad del bullicio de las danzas y la penumbra de las salas de baile comunicadas entre sí, tocamientos constantes; acarició un seno oculto tras un velo, sintió la humedad de una vulva frotándose con su muslo, vio con estupor unas mujeres abrazadas, y luego, Poiret, con el turbante atravesado, del brazo de dos concubinas, esbozando un *pas de deux* mientras chillaba. No habría podido decir si su acompañante era rubia, morena o pelirroja, si era alta o baja, delgada o gorda, guapa o fea. No habría podido decir si había una, dos o más. Se le antojaba haber palpado más de dos senos, tres, cuatro, quince, todos los que había en la fiesta.

De repente, volvió a oír la risa clara como un estallido de la condesa y la vio girando, del brazo de su admirador; luego, en un momento que le pareció llegar años más tarde, la vio discutir con un faquir que lucía un turbante blanco.

¡Condesa! Quiso abrirse camino hasta ella, pero pronto renunció, atrapado en un violento corro por una mano decidida. La mujer que iba delante de él se había soltado el pelo, que ondulaba muy cerca y que casi podía tocar. ¡Sílfide! Esta vez no cabía la menor duda: estaba claro que era ella. Se había retirado el velo, y el pequeño tatuaje azul, al alcance de la mano, parecía una insolente provocación con su acerada flecha. La *troupe* hacía temblar los pendientes de cristal de los apliques y vibrar el suelo encerado; pasaba de una estancia a otra con un taconeo furioso, rozando los cuadros de los pasillos, rompiendo a viva fuerza los floreros Ming, los jarrones de dragones con cinco garras y los celadones coreanos. Poiret, riéndose como un loco, guiaba la discusión acerca de dos violinistas que abrían la marcha.

¡Menuda *soirée*!

El abrazo que lo estrechaba se desciñó de manera brusca. Dimia miró a su alrededor y no vio nada. Su sílfide había desaparecido.

Oriane había tomado el primer pasillo que encontró, corriendo por las estancias vacías de la residencia hasta que se hubo acallado el revuelo. Se detuvo, sin aliento, en un saloncito sumido en la oscuridad. Las paredes estaban revestidas de rojo, y los divanes habían sido recubiertos de telas en coral y azul. Las puertas acristaladas guarnecidas con tules daban al jardín iluminado por los candelabros. Un aroma a incienso flotaba en el aire.

Estaba exhausta.

Exhausta de hacer el idiota, de correr en esa farándula sin fin que ella llamaba su vida.

Su vida, que de golpe ya no tenía sentido.

Su vida, como un vacío, una inexistencia, un cero, una nada. Un corro en el que la cabeza procuraba encontrar la cola para morderla mejor y carcomerse desde dentro, en lugar de dirigirse a una dirección dada.

Retiró su rostro de las manos. Si había algo que no debía hacer, eso era ceder. Por fin el príncipe ruso se había fijado en ella, por fin le había lanzado una mirada. Pero ya era tarde, muy tarde.

Inesperadamente, algo le rozó en la oscuridad. Profirió un grito. Dos enormes ojos la miraban.

Él.

Él había vuelto.

Él le sonrió con esa sonrisa en la que, desde mucho tiempo atrás, ella se había fijado, la que él lucía cuando leía sus incomprensibles libros.

Él le sonrió y se detuvo a unos milímetros de su boca.

La rodeó con sus brazos sin decir palabra, apartó su pelo y, enseguida, las telas de sus ropas se extendieron a sus pies como un charco de agua creciendo bajo el peso de su deseo.

Demasiado tarde.

Los clamores de los invitados borrachos los alcanzaban; ellos, lejanos como unas goletas de viaje alrededor del mundo que se divisan, minúsculos puntos encogiéndose en el horizonte.

Él la tomó en sus brazos. Ella habría querido soltarse, en vano, inmovilizada

y sin escapatoria por esa mano tan segura de sí misma.

Su deseo por él era un caballo que daba vueltas y vueltas a la pista, sin jinete, buscando a ciegas su atalaje.

Él la observó mientras se resistía entre sus grandes manos, que la estrechaban, como el gato que, con mirada divertida, sigue las convulsiones del ratón. Pronto, la arena estaría abarrotada y comenzaría un combate de gladiadores del que nadie saldría con vida.

Hubo un momento de inmovilidad absoluta en el que se oyó algo más que sus respiraciones.

Luego, él se abatió sobre ella y, una vez que estuvieron ambos bien acoplados, la llevó consigo en un viaje alrededor de la tierra.

Sobre las curvas y los picos del cuerpo de ella, él dibujó el corazón del mundo.

Sobre los montes y colinas del cuerpo de él, ella dibujó en bajorrelieve las más hermosas playas.

Él escuchó en su oído el canto de las ballenas; ella sorprendió en su vientre los torrentes congelados del Everest.

Juntos, rodaron para siempre, más cerca que nunca del cielo y la tierra. ¡Cuán sobrecogedor era ese beso helado que los transportaba a los polos, dejando paralizados sus rostros! ¡Cuán profundo era ese pozo en el que se hundían poco a poco, alcanzando cada vez mayores alturas! Una frase vibraba en ellos, sin piedad alguna, una única frase. «Con la expansión de las cosas infinitas...». Con la ex-pan-si-ón... Y la palabra *expansión*, de tres sílabas, se convertía en una de cuatro; y ellos, de ser dos, pasaban a ser mil dos.

Las Mil y Dos Noches.

Sus cuerpos, colmados el uno del otro, invadieron toda la alcoba, toda la casa, París entero.

Acabaron ensangrentados, al borde de una grieta. Se divisaba la torre Eiffel, muy lejos.

El cabello.

Los pies.

Pies y puños unidos.

Aquello duró días enteros, días en que llovía a cántaros, durante quince

horas seguidas; aquello duró meses, años, bajo el paraguas, moldeándose hasta la evaporación.

Después, una vez llegados al centro de la tierra, permanecieron mucho tiempo horizontales, sin moverse, ajados, brillantes de radio.

Contemplaban el cielo.

Y luego, la tierra dejó de girar. Todo estaba seco. Había que saltar al vacío.

Ella gimió debajo de él como nunca había gemido en su vida y se desmayó.

A lo lejos, apenas audibles, como si resonaran desde un huso horario diferente, sonaron las doce campanadas de la medianoche.

¹¹ Los *zakuski* (en singular *zakuska*) son los entremeses rusos. Suelen ser canapés o bocaditos salados rellenos con diversos ingredientes.

Cuando ella volvió en sí, Dimia la estaba tocando por todas partes, como para aprenderse la geografía de su cuerpo. Su mano sobre el vientre dibujaba pequeños círculos, y sus ojos socarrones la miraban.

—Mi sílfide —susurró.

Le encantaba ese atuendo lascivo de mujer de harén, pero todavía le gustaba más su tutú blanco, que le recordaba a las bailarinas de su infancia, el dulce calor de las salas de espectáculo minúsculas a las que, los domingos por la mañana, la heterogénea multitud de su aldea acudía para aplaudir a las pocas bailarinas de la región que se presentaban.

Estaban desnudos.

De pronto, el suelo vibró. Solo les dio tiempo a arrojarse con una sábana y a huir sin respirar, rogando al cielo no ser descubiertos. El cortejo de bailarines entró en la habitación.

En la vida de Suzanne hay un galán, hay un galán.

En la vida de Suzanne hay un truhan, hay un truhan...

Poiret, abriendo la marcha, cantaba a voz en grito. La sílfide fue presa de una brusca hilaridad. Todo en ella vibraba, los hombros, los senos, el pelo. La *troupe*, rodeándolos, cantaba a voz en grito cancioncillas subidas de tono.

*Oh, querida, oh, amor mío,
¿cuándo regresaremos
al más divino
de todos tus castillos?*

La farándula, achispada, recorría la habitación berreando. Las mujeres se habían quitado los fulares y los velos, los botines y los sombreros; los hombres ya no llevaban ni mosquetes ni corbatas. Contoneaban la pelvis y las caderas como una gigantesca serpiente marina, y nadie prestaba atención a la sorprendente forma ensabanada que yacía al fondo de la estancia.

El grupo tomó la puerta y se fue a conquistar la habitación de al lado, dando fuertes gritos. Dimia asomó la cabeza por aquella tienda de campaña improvisada y su compañera soltó una risotada clara, inextinguible, mientras él la revolcaba por la alfombra como si fuera un *crêpe*.

Luego, se deslizaron sobre un sofá de colores crepusculares y se durmieron en él.

En fin, puede que solamente Dimia se durmiera.

Y es que, al despertar con el son de un gong que, a lo lejos, anunciaba con seis golpes graves las fiestas matutinas, estaba solo.

La tormenta había evitado París por poco para caer más allá en campo abierto, y el calor había dado paso a una fina llovizna. El personal de la casa balanceaba unos enormes incensarios de cobre prendidos por cadenetas con el fin de ahuyentar las miasmas de aquella gloriosa noche.

Hacía ya un buen rato que la señora Poiret se había retirado a sus aposentos, en la tercera planta del ala derecha. Una terrible migraña, había anunciado alto y claro a las once de la noche haciendo una reverencia a todos los invitados importantes. El veronal era lo único que funcionaba. Sobre todo, no me molestéis bajo ningún pretexto.

Los criados metían las botellas abandonadas y los cascotes de los *nabucodonosores*¹² de champán que manchaban el césped, los manteles emborrionados de vino, las lámparas vacías de su jugo. Del artista Iván el Terrible no quedaba más que su paleta mancillada sobre la que una princesa recubierta de dijes se había tendido a lo largo, en mitad de un ruido de campanillas desafinadas, pintando la hierba de mil colores. Un mono había establecido su morada en la jaula de las mujeres, sentado encima de los atuendos abandonados y comiendo con aplicación unos racimos de glicinias cuyos tallos escupía a lo lejos. El narrador se había dormido en su pila de cojines, con una rodilla hacia arriba y el dedo gordo oscilante. Las antorchas habían ido extinguiéndose una tras otra. Las cajas de Roger Félix yacían en el césped, abandonadas, como apariciones fantasmagóricas en mitad de la oscuridad.

En la biblioteca, Poiret, desgreñado, sentado con sus protegidos, más despeinados que él, fumaba un puro argumentando los méritos de la obra de arte total, cuyo ejemplo consumado eran los Ballets Rusos; extasiándose, con

un dedo enrollado en su barba, ante unos lienzos todavía goteantes que Iván el Terrible había colgado de las paredes. La colación se serviría en unos minutos. Los invitados salían lentamente de su letargo y se rociaban el rostro con una pizca de agua de rosas contenida en grandes copas con incrustaciones de nácar.

El gong dio las seis. Al acorde de un violín, los criados trajeron mesas sobre las que, con diligencia, colocaron las delicias preparadas por los pasteleros más en boga. Por el lado francés, Éléonore Lenôtre, mujer chef de cocina y amiga íntima de Poiret que trabajaba para el barón de Rothschild. Por el lado oriental, Mehdi Kaïs Kamal El Babio, el chef cocinero del jedive de Egipto, el propio Abbas II, a quien había hecho venir de las llanuras del Nilo a un precio de oro.

Éléonore trajo en persona toda una nueva creación en forma de rueda de bicicleta, colmada de crema, concebida con motivo de la carrera ciclista París-Brest, combinándola, sobre expositores de madera de rosal, con inquietantes *puits d'amour* con *coulis* rojo que pasaban, temblorosos, de mano en mano, unos petisús ligeros —los *poupelins*—, los buñuelos fritos en aceite, unos *croquebouches* y unos profiteroles relucientes de chocolate. La gente se relamía y, riéndose, ahuyentaba a golpe de corchos de botella a algunos monos que habían vuelto, atraídos por los embriagadores aromas.

El cocinero Mehdi montaba, ante miradas asombradas, unos rosetones de *makrouts* rellenos de dátiles, jugosos *baklavas*, cuernos de gacela al azahar, todo lo que el fértil imperio otomano tenía de bueno. Olvidando toda urbanidad, los invitados hundían voluptuosamente los dedos en las almibaradas fuentes, se saciaban de canela, de nuez y de miel, regando todo ello con burbujas de champán o con el ardor excepcional de tés a la menta escanciados a un metro de altura.

Con el torso desnudo y tembloroso, Dimia erraba por las enormes estancias comunicadas entre sí, sacudiendo las cortinas, abriendo las puertas, desalojando a jóvenes larguiruchas que fumaban detrás de los biombos.

¿Acaso había soñado a su princesa de *Las mil y una noches*? ¿Por qué se había ido como una ladrona? Tenía que encontrar su atuendo metálico, así como a aquella que se lo había quitado, su bella amazona en el origen de todo, su amazona, que le había contado historias de amor esa noche, su impetuosa gacela. Todavía sentía en los labios la mordedura de sus besos y el gusto meloso de su nuca; en sus manos, las redondeces perfectas de su cuerpo. Miró detrás de los sillones, en las chimeneas; importunó a los criados adormilados, abrió los armarios con el único indicio de su acerbo olor de flor de las islas.

Llegó al salón después de haber enfilado un pasillo que era una réplica en miniatura de la galería de los espejos de Versalles.

—¡Pero si está aquí nuestro jefe del harén! ¡Y todavía medio desnudo! Casi podría usted pasar por un bailarín. ¡Caballeros, miren esta obra maestra! ¡El traje de Nijinsky en *Sherezade*! Bueno, lo que queda de él.

Le hizo una señal a Dimia para que este se aproximara y palpó el tejido del pantalón.

—Este pantalón de seda, ¡imagínense un instante al genio que lo lució, Nijinsky el prodigioso, aquel que salta más alto que cualquiera y que ha hipnotizado a todas las salas del mundo! Pero, joven, ¿dónde está la otra parte de su traje? ¡Lleva el torso desnudo!

—Estoy buscándola.

Poiret emitió un silbido burlón.

—¡Una camisa que, tirando por lo bajo, pesa un kilo y medio, y con esmeraldas engastadas! ¡Hombre, eso no se pierde así como así!

Todo el grupo se rio por lo bajo.

—Busque mejor. ¡Su Dulcinea no ha podido ir muy lejos!

Y se giró hacia sus amigos sin ocuparse más de Dimia.

Este reemprendió su búsqueda. Su entrada en sociedad semejaba más bien una salida, ¡y tanto que lo era! Pero ya nada le importaba salvo ese aroma sutil y acariciador de la sarapia, que le recordaba al opio que fumaba la condesa en sus ratos perdidos, en su alcoba, mientras él velaba por su suerte. Tenía que volver a ver a su sílfide, pedirle cuentas, besarla, citarla, que se vieran de nuevo. Volver a empezar. O no. Pero decírselo.

Su opio era ella.

Pasó por encima del equipo cinematográfico, que estaba siendo colocado por la silueta fantasmagórica de un ayudante. El día despuntaba con una luz sombría que se colaba por los intersticios de las ventanas condenadas durante una noche. Dimia subió por las escaleras de caracol que conducían al desván. Ningún guarda prohibía ya el acceso. El papel pintado de azul de las paredes parecía ondular. Dimia anhelaba abrazar esas paredes frías y lisas, despertar de ese sueño que poco a poco se trocaba en añicos.

Se adentró en aquella guarida y se sentó, sin aliento.

¡Qué viejo se sentía! Veinticinco años y sus pensamientos extenuados ya eran los de un anciano. Tenía el presentimiento de que no volvería a verla más. Ni siquiera sabía su nombre: ¿Manon u Oriane? ¿Qué pensaría de él la gente cuando lo preguntara? ¿Y a quién se lo preguntaría? ¿A Poiret? No parecía tener ganas de frecuentarlo. ¿A la condesa? Era ella quien se la había enseñado, conque lo menos que podía hacer por él era decirle el nombre, ¿no?

Al grano.

La condesa.

Se quitó las babuchas, que cayeron en el suelo con un ligero zapatazo. Le dolían los pies de haber bailado la giga toda la noche. ¿Qué había hecho, pues, Svetlana? Le había recordado que no se ocupara de ella, que, a partir de la medianoche, él sería tan libre como el aire. Lo último que tienes que hacer, Dimia, es preocuparte por mí. Hoy es tu noche. Haré que conozcas a los más grandes. ¡Sandeces! Se había limitado a abandonarlo a su suerte sin presentarle a nadie. Y la medianoche había llegado sin que él pensara en ella un solo segundo. Acaso aquello fuera el orden natural de las cosas. Oyó un tenue ruido y giró la cabeza. Las sombras fantasmagóricas de los disfraces parecían mofarse de él. Nadie, no había nadie en aquel desván atestado de maravillas.

Ahí estaba de nuevo en la casilla de salida, en el desván, por donde, a través de un tragaluz recubierto de terciopelo, se filtraba el alba. Su gabán chino yacía al lado del de la condesa, pisoteado. Puede que todo aquello no hubiera sido más que un sueño húmedo, una aparición vivida en estado de ingravidez. Había perdido dos oportunidades: la de la notoriedad y la del amor.

Las pieles de tigre estaban sabiamente desplegadas en el mismo lugar, con

las bocas abiertas.

De repente, algo llamó su atención.

Un tacón rojo y, después, más arriba, el propio zapato, sobre un magnífico volante de seda azul.

Esa ropa y esa pantorrilla sobresaliendo de la piel de tigre eran de Zobeida, quien, por si fuera poco, estaba ebria. ¡Ojalá nadie la viera así! Dimia miró a su alrededor. Nadie. ¿Cómo se las ingeniaba su Zobeida para acabar siempre, dondequiera que fuera, en tan inverosímiles situaciones? Como de costumbre, salvaría a su reina caída. Le retiraría la piel de tigre en la que se escondía, la levantaría en brazos, la sentaría en el sofá y la despertaría lentamente, su balbuciente beldad, a quien él le debía todo. Café turco: le traería un café turco que le daría a beber con la cucharilla, como a una niña. Le enjugaría la frente, la peinaría como a una muñeca gigante. Su muñeca rusa, su muñeca enferma. Todo volvería a ser como antes y ella no volvería a mencionar su despido.

Vamos, Dimia, a trabajar.

Arrojó con un golpe seco la piel de tigre y comenzó a dar alaridos.

—¡Auxilio!

La voz de Dimia se perdió en las profundidades del desván.

—¡La condesa!

En el pasillo se topó con un criado desconcertado y lo sacudió.

—¡Llame a alguien en lugar de quedarse ahí mirándome!

Alcanzó el rellano y se asomó por la barandilla, gritando hacia abajo:

—¡Policía!

La gente subió simultáneamente por las escaleras de mármol y por las de caracol, que crujían con el personal de la casa. Abajo se formó un tumulto. Dimia, azorado, miraba fijamente el cuello herido de la condesa, su lengua violeta, de golpe y porrazo enorme, como la de un ternero en la tabla de un carnicero. Sus mejillas descoloridas, sus ojos exorbitados por su última visión. Enrollado alrededor de su cuello azulado, su collar de diamantes, magníficamente brillante en la penumbra de la amanecida. Dimia ya no oía nada más, ya no veía la agitación a su alrededor, no veía nada salvo la obscenidad de esa lengua de molusco que salía de la perla de sus días.

Poiret, con un puro entre los dedos, tono jovial, le puso la mano en el hombro.

—Pero ¿cuál es el origen de todo este...?

Se quedó petrificado, abrió los ojos de par en par, los enormes ojos de un niño que hubiera visto su conejo de peluche cayendo en malas manos.

—¡Un teléfono! ¡Que alguien vaya a telefonar, por Dios Santo!

Poiret se sentó en un puf. De pronto parecía pequeño, pequeñísimo. Dimia no podía contener las lágrimas.

Al poco rato llegó la señora Poiret con aire contrariado, en picardías y salto

de cama de seda.

—¿Qué significa todo este...?

Profirió un potente grito.

—¡Dios mío, la condesa!

A renglón seguido, sonaron los silbatos de los agentes. Las botas de los policías taconeaban mientras subían las escaleras de mármol. Una silueta imponente apareció en el marco de la puerta, seguida muy de cerca por una figura filiforme. Los botones amarillos de sus uniformes brillaban como luciérnagas en la penumbra.

—¡Policía! ¡Comisario Champlain e inspector Bertholet! ¡Abran paso!

El comisario se inclinó sobre el cuerpo tumbado apartando al enjambre de curiosos que se habían aglomerado en círculo alrededor del cadáver.

—¿Quién ha descubierto a la víctima?

Oyó un murmullo a su alrededor.

—He sido yo.

—¿A quién tengo el honor de...?

—Di... Dimitri Ostrov, secretario de la condesa.

Señaló el cuerpo con el dedo. Después, su brazo cayó, exangüe.

—¡Bertholet, tome nota!

El inspector sacó una libreta de su bolsillo.

—Cuénteme, joven.

—Estaba buscando mi blusa cuando...

—¿Su blusa? ¿De qué está hablando?

—La blusa del traje de Nijinsky... Yo... yo... la he perdido...

Poiret lo interrumpió, con semblante grave.

—Todos los invitados debían vestir disfraces orientales. El señor llevaba el del célebre bailarín Nijinsky en el *ballet de Sherezade*.

El inspector se giró hacia Dimia.

—¿Es este el motivo por el que se pasea usted con el pecho al aire? ¿Estaba usted buscando su blusa y...?

—Y ha sido entonces cuando he descubierto a la señora condesa... estrangulada... por su collar de diamantes...

—¿Su collar? Pero ¿qué collar?

—Me lo había enseñado unos días atrás. Un admirador secreto. Valía una fortuna.

Dimia se calló y señaló el cuello de la condesa.

Todos se inclinaron.

El comisario se inclinó.

Dimia se inclinó.

El collar de diamantes había desaparecido.

Un escalofrío recorrió a la multitud.

—¡Estaba ahí hace un instante! —balbuceó Dimia—. ¡Estoy seguro!

El comisario lanzó una mirada a Bertholet, que enseguida bloqueó la entrada a la estancia. Champlain mostró su placa de policía.

—¡Policía! ¡Que nadie se mueva!

Todo el mundo se alarmó, empujando a Bertholet para encontrar la salida, descendiendo las escaleras de cuatro en cuatro.

—¡Bertholet, solicite refuerzos mientras vigilo la puerta! ¡Y usted — continuó Champlain girándose hacia Dimia—, no deje que nadie se acerque!

Dimia se puso en cuclillas. Los ojos de Svetlana, abiertos de par en par, parecían decirle: Dimia, mi pequeño Dimia... La gente formó un corro a su alrededor. Se empujaban entre sí para ver, querían ayudar, echarle por encima la manta a la víctima para esconderla, quitársela para examinarla, desplazaban la ropa de un lugar a otro, vaciaban los cajones, brincaban a la pata coja para quitarse sus disfraces y estar presentables en semejante momento. Mal que bien, Dimia servía de barrera con su cuerpo.

A continuación, ya no hubo más que una oleada de sonidos y gestos. Sintió que lo tocaban, que volvían del revés los bolsillos de su gabán chino, que miraban en sus babuchas y, por último, que le daban toques en la espalda diciéndole que regresara a su casa, que pronto lo citarían para testificar. No habían encontrado el collar de diamantes. Se les había escapado inexorablemente de las manos.

Dimia, aletargado, con un pétalo arrugado al fondo de su bolsillo, descendió las escaleras apoyándose en la pared revestida con papel adornado de volutas azules, como si estas fueran capaces de sostenerlo.

Lejos, muy lejos, en lo más profundo de su conciencia, el sonido de su

propia voz hablándole al comisario: «Me lo había enseñado unos días atrás. Un admirador secreto, decía ella. Valía una fortuna».

SEGUNDA PARTE

Ígor charlaba con la marquesa de Pracomtal rodeado de una cohorte de mujeres. Su aire jovial desentonaba con su vestimenta: un frac negro que había encargado a medida para el entierro de su madre, sombrero de copa media que no le confería un aire muy mundano, unas polainas oscuras y guantes de cabritilla color carbón. Una marea de felicidad lo inundaba.

Iba a heredar quince millones.

Desde la fiesta, las tarjetas de visita y las invitaciones llovían sobre la bandeja de plata del correo matutino. La marquesa no cabía en sí de gozo. La presencia de Ígor en sus reuniones matinales había relanzado su salón, que había quedado para los decadentes cotillones de la princesa de Château-Brûlard. Ígor cogió la espada que había colocado a su lado y la sacó de su funda. La marquesa lo cogió agarró del brazo y todas las plumas de los sombreros que lo rodeaban se quedaron congeladas. Un naipe salió volando.

—¡Señoras aficionadas al *boston*¹³, regresen a nuestras raíces francesas! ¡Nuestro deporte nacional es mucho más noble! ¡Me refiero a la esgrima!

Apuntó su espada hacia el cielo y pasó el dedo por la hoja afilada. Las señoras se sobresaltaron.

—¿No irá usted a atravesarnos con la espada?

—¿Puedo probar?

—¿Hay mujeres esgrimidoras?

—¿Es cierto, querido Ígor, que se está entrenando usted para la Olimpiada de Estocolmo?

—¡Las Olimpiadas, un gran invento francés! —anunció a la concurrencia—. Como dijo el barón de Coubertin: «¡Lo importante en la vida no es el triunfo, sino el combate!». —Bajó la voz—. Aun a riesgo de decepcionarlas, no

participaré en los Juegos este año. Tengo demasiadas actividades, compréndanlo —prosiguió mientras lanzaba una insistente mirada a la marquesa—. La esgrima exige una disciplina férrea, si me permiten que hable sin rebozo. —Las mujeres se rieron—. Querida amiga, tóquela. No tema.

Tomó la palma enguantada de su anfitriona con una mano firme y se la pasó por la hoja.

—Ahora, quítese el guante y enséñelo.

Aquellas princesas de baja alcurnia agolpadas a su alrededor estallaron de risa.

El guante de satén había quedado cortado en dos.

—Pero ¡bueno! ¡Si no he sentido nada! Ni siquiera tengo un rasguño...

—La espada, ya lo ve, es el arma de la suavidad. Vamos, acérquese.

Se la dio y se puso detrás de ella.

—Extienda el brazo. Vamos a golpear.

La orquídea que había delante de ambos quedó descabezada de una sola estocada.

La marquesa se echó a reír como una loca.

—¡Qué gracioso es usted!

Volvieron a sentarse y los sirvientes dispensaron a todos los invitados unos platos con flanes coronados por una abundante nata mientras Ígor de Lansquenet repartía espadas de madera a diestro y siniestro, habiendo cuidado de dejar su daga de acero a la marquesa, que la contemplaba con gesto pensativo. Las burbujas del champán debilitaban el entendimiento, consumían las miradas.

No pierdas el aspecto sombrío y digno de un hijo de luto, se dijo de repente Ígor en mitad de aquella agitación de pelucas sobreexcitadas.

Su rostro se ensombreció. De buenas a primeras, interrumpió la exhibición de cómo esquivar espadazos que le estaba mostrando a la baronesa de Rubempré y le hizo una reverencia.

—Le ruego que me disculpe, señora. Un vahído —le dijo a la sorprendida dama.

Abandonó allí sus espadas de madera, y sus admiradoras siguieron con la mirada la elegante silueta del más excelso esgrimidor de París. Cuando la

puerta de entrada se hubo cerrado, se desataron las conversaciones. ¡Uy, claro, su madre, el pobre, casi nos habíamos olvidado! ¡Es también nuestra culpa! ¡Un crimen horrible! ¡En qué sociedad vivimos, el mal campa por doquier! ¡Qué inseguridad! Miren el caso de esos bandidos, los *chauffeurs*¹⁴, que hacen estragos fuera de París. ¡Aunque dicen que se los ha visto en un café en los Campos Elíseos, a unos pasos de aquí!

Los hombros temblaron de arrebatamiento.

El pobre, ¡perder a su madre tan joven!

Todas las mujeres, célibes o viudas, doncellas o viejas, sintieron un estremecimiento de placer al imaginarse por un instante al lado de aquel ser excepcional, bello como un dios, dotado para la vida y que, por añadidura, heredaría una hermosa fortuna.

En el simón que lo conducía hasta su casa, Ígor dejó correr su imaginación. Las espadas de madera lo habían trasladado súbitamente al país de su infancia. Veía a su padre, con las botas muy hundidas en la nieve, mostrándole por vez primera los principios de la guerra. ¡Una mente sana en un cuerpo sano! Coubertin tenía razón. Ahora que era rico, ¿debería tal vez consagrarse a la carrera militar de su padre? Lo bello, lo recio, lo verdadero. Las hombreras, el ruido mate de las botas sobre el adoquinado, armas de toda suerte, los cuerpos tensos de los desfiles, los penetrantes sonidos de las fanfarrias, los galones dorados, las cintas de seda, los músculos prominentes de los soldados vistiendo uniforme, el olor a cera de los zapatos brillantados hasta más no poder.

¿Acaso se equivocaba con las mujeres?

El simón menguó la marcha. Una imagen surgió, imprevista: la de su jovencísima madre, sentada, meditabunda, sosteniendo en su falda un telegrama que había leído varias veces en voz alta.

VLADÍMIR PETRÓVICH SLAVSKI – FALLECIDO

A CAUSA DE SUS HERIDAS –

PROVINCIA DE XIUNG-HANG –
SINCERO PÉSAME

El niño había derramado lágrimas durante semanas enteras por ese padre al que idolatraba sin apenas conocerlo, que siempre estaba en la guerra. Luego, un buen día dejó de llorar para siempre.

Los recuerdos de felicidad se reunían en torno a los escasos permisos en los que su padre lo llevaba de caza y durante los cuales había aprendido a manejar los hilos de la profesión.

Tendría que entrenarse para lloriquear el día del entierro.

Si bien las espadas de madera habían estado bien en el pasado, anhelaba ahora ver armas de verdad. Añoraba el contacto gélido del acero. En cuanto regresara, abrillantaría sus pistolas y sus fusiles de caza. Las varas, el aceite, la escobilla metálica, el olor a pólvora, todo eso le era tan necesario como respirar.

¹³ Juego de naipes inventado en Boston durante la guerra de Independencia de los Estados Unidos traído a Europa por los franceses, aliados de los norteamericanos. Es el juego favorito de Rostov, personaje de *Guerra y paz*, de Tolstói.

¹⁴ Conocidos como *chauffeurs de páturons* (literalmente «quemapiés») eran criminales que desde la Revolución francesa hasta principios del siglo XX entraban en las casas y, con el fin de que sus habitantes confesaran dónde tenían sus riquezas, les quemaban los pies en las chimeneas o con las brasas de las calderas.

Astrid, en la cocina, calentaba el agua del té de las once en el hervidor que borboteaba provocando unos silbidos con los que ella acompañaba su canturreo, al tiempo que añadía agua para que aquellos no cesaran.

Se sintió florecer con las acometidas de la primavera. Se había quedado sorprendida al enterarse de la noticia de la muerte de su ama. El secretario había estado al borde de un ataque de nervios a la mañana siguiente de la fiesta, con apenas fuerzas para introducir la llave en la cerradura, con apenas corazón para abrir la puerta, arrojándose a sus brazos y mojando a mares su corsé, su mandil e incluso su gorro, empapándola con un torrente de lágrimas; él, que normalmente apenas le dirigía la palabra.

La condesa estaba muerta, estrangulada por su collar de diamantes.

Astrid tenía esperanza. Seguramente la condesa no se había muerto sin tener un detallito con ella, ¡qué menos!

Astrid tarareaba, feliz de vivir.

Champlain cerró *L'Action Française*. En la sección del almanaque, el «Órgano del Nacionalismo Integral» publicaba, casi semanalmente, el calendario del caso Dreyfus, que había conmocionado los albores del siglo. Hacía ocho años, el 26 de marzo de 1904, «el general Mercier comenzaba su declaración ante la cámara criminal (2ª revisión) y mostraba la vacuidad de los motivos aducidos para la revisión». Y, sin embargo, la revisión tuvo lugar, y Dreyfus había quedado absuelto.

Un anarquista judío.

Suspiró y releyó su solicitud oficial de traslado a la prefectura de policía de la villa de París. La última formalidad de todas. Su petición pronto llegaría a buen puerto, él conocía allí a peces gordos. En un puñado de días ya no tendría que aguantar aquel mobiliario obsoleto, aquellos archivos polvorientos, aquellas ventanas condenadas, esa foto demasiado pequeña del prefecto Lépine que reinaba bajo unas desvaídas banderas tricolores. Ya se veía en su gabinete de la prefectura, delante de un ventanal de cristal dando a la más bella catedral del mundo, escribiendo, mucho tiempo después del cierre de las oficinas, sonetos sobre la grandeza eterna de Francia. Y es que, a ratos perdidos, probaba con la metáfora y amaba el crujido del portaplumas sobre el papel de vitela, los papeles secantes suaves al tacto, el azul noche del tintero. En su juventud había ganado incluso algunos concursos de poesía patriótica a la gloria de Francia, de la cual había elogiado su inmenso imperio colonial, así como esas catedrales y torres gigantescas de metal que todo el mundo envidiaba: la literatura labrada como una joya.

A lo lejos, los juramentos y los voceríos de los manifestantes penetraban por las ventanas selladas con lana tupida. Enseguida se alzó *La Marsellesa*. Así

era imposible concentrarse. Volvió a poner su carta sobre el escritorio de caoba. ¡Ojalá se pudieran utilizar todavía las mangueras de incendio, como le recomendaba Lépine, con el fin de evitar los desmanes que, desde el caso Sanyas y Popot, habían mancillado la reputación de todo el sector! Soñaba con una fuerza pública noble y orgullosa de serlo. Lépine iba bien encaminado. Sin él, la opinión pública no se habría fijado nada más que en esas historias de delatores, de «polis corruptos» y de presos convertidos en comisarios típicos de novela de tres al cuarto. ¡Ese Vautrin¹⁵ de Balzac les había hecho un daño descomunal! ¡Pero si solo hubiera sido Balzac...! Era de Zola y de su socialismo rampante de lo que más había que desconfiar.

Champlain se giró hacia Bertholet, ocupado en colocar fichas.

—¿Qué quieren esta vez?

—Nada nuevo. Los apaches, las bandas organizadas, la infiltración de Bonnot en las mafias... Nos acusan de todo y de nada, ¡para variar!

Champlain plegó con cuidado su carta y la metió en un sobre del ministerio. Bonnot... La banda criminal de los *chauffeurs* aterrorizaba a la población desde hacía más de un año sin que hubieran podido arrestar a esos anarquistas. ¡La acción directa, la redistribución de las riquezas, grandes ideas! El robo de una limusina, el atraco a la Société Générale de la Rue Ordener, el asesinato de un sereno la noche de san Silvestre, de rentistas en sus camas, de un notario en su despacho, de un agente de las fuerzas del orden intentando arrestarlos: unos ingredientes que, sumados los unos a los otros, habían hecho que la opinión pública se sublevara contra la policía.

Los criminales utilizaban coches De Dion-Bouton y Delaunay-Belleville robados aquí y allá. La mayoría de las veces, a falta de medios, la policía los perseguía a caballo o en bici. Los periódicos, lejos de ayudar, se delectaban en esas sabrosas anécdotas que hacían de la actualidad un verdadero folletín novelesco. La última hasta la fecha era una carta que *Le Matin* había recibido de la mano derecha de Bonnot, desafiando a la policía a arrestarlo y declarando inocente a Dieudonné, encarcelado desde febrero. El muy buitre había firmado con sus huellas dactilares. ¡Una verdadera novela! Aun así, los estafadores habían burlado, hasta el momento, todos los esfuerzos de la policía por echarles el guante. Tenían cómplices en el entorno anarquista y se

escondían bien. Era preciso dar un gran golpe. La redada, que no debería tardar, elevaría a ojos de la opinión pública a la policía, tanto la prefectura como la Sûreté¹⁶ y sus novísimas brigadas móviles.

Y en esa redada estaría él.

Era palmario que los ignorantes que venían a manifestarse bajo sus ventanas no leían los periódicos. Fugados a pequeñas ciudades provincianas, los malhechores ya no constituían una amenaza para París. ¡Qué estupidez la de las muchedumbres! «Nuestros padres tuvieron un París de piedra, nuestros hijos tendrán un París de yeso», había dicho Hugo.

Mientras esperaba su consagración, debía ocuparse del presente. Tenían un asunto espinoso entre manos.

—Bertholet, deme nuestro expediente.

Bertholet se estremeció. ¡«Nuestro»! Había pasado buena parte de la noche haciendo indagaciones sobre el caso Poiret en tanto que el comisario roncaba durmiendo a pierna suelta. Menos mal que a este lo trasladarían en unas semanas. ¿Quién sabe? Quizá sería una oportunidad para ascender de grado y ocupar el puesto de su jefe. El caso Slavskaya llegaba en el momento oportuno.

Le dio el informe a Champlain, que silbó entre dientes.

—¡Esto es lo que yo llamo eficacia! ¡Hace apenas unos días que se ha cometido el crimen! ¿Cómo lo ha hecho?

—Tengo contactos en la Sûreté.

El rostro del comisario se ensombreció.

—La Sûreté, la Sûreté... No se olvide de que con ellos andamos como el perro y el gato, ¡más aún tras la creación de esas nuevas brigadas móviles!

Balanceó rabiosamente su tampón secante de derecha a izquierda, como para borrar un manchón. El ministerio había recibido un golpe descomunal cuando Clemenceau, sin preguntarle nada a nadie, había ordenado la formación de brigadas especiales con unos gastos astronómicos. ¡Como si la policía judicial, que, con todo, garantizaba la seguridad de París desde hacía lustros, ya no estuviera a la altura! Y esas brigadas se pavoneaban en sus Panhard et Levassor y con sus *brownings* 1900, mientras que ellos debían contentarse con caballos y con pistolas de 11 milímetros del siglo pasado. Una verdadera

guerra de policías. ¡No era de extrañar que Bonnot se les escapara desde hacía tanto tiempo!

Bertholet se aclaró la garganta. Al comisario le gustaba que le leyeran los informes en voz alta. Entrecerraba los ojos y juntaba las manos sobre su vientre, en los albores de una siestecita, escuchando en silencio. Y, de pronto, cuando parecía que sus párpados medio cerrados enmascaraban un pequeño sueño, animaba el caso con uno o dos comentarios juiciosos. Así era como había conducido a más de uno al calabozo, algo que nunca dejaría de desconcertar a Bertholet.

—Resumen de la investigación: noche del 27 al 28 de marzo. Lugar: 107 de Rue Saint-Honoré, residencia de Paul Poiret, gran modisto. Circunstancias: Las Mil y Dos Noches, fiesta de trescientos invitados, todos ellos figuras destacadas del mundo de la moda, del arte y la política, para la inauguración de la nueva empresa de perfumes de Poiret, Les Parfums de Rosine. El crimen: asesinato seguido del robo de una joya en el momento del descubrimiento del cuerpo. Móvil: el dinero, probablemente.

El comisario entornó los ojos. Joya desaparecida en el momento del descubrimiento del cuerpo. El asesino no había sido muy prudente.

—Hábleme de la víctima.

—La condesa Svetlana Slavskaya. Cuarenta y tres años. Rusa, viuda, emigrada a Francia, oficialmente para disfrutar de los tesoros artísticos y la vida *à la française*, pero cuya misión habría sido restituir el prestigio de antaño de Rusia en el extranjero tras el sangriento episodio del Domingo Rojo en el Palacio de Invierno en 1905, una manifestación antizarista de varios miles de personas que acabó en escabechina. La condesa llegó como por casualidad unos meses después de aquellos sucesos. El zar, al parecer, se había apresurado a enviar a su gente a las grandes capitales europeas para asegurarse ciertas alianzas en caso de conflicto y hacer publicidad del empréstito ruso: una suerte de diplomacia oficiosa en el extranjero, por así decirlo. Pero tampoco podemos excluir la posibilidad de que se trate de una espía del zar.

—Me está usted confundiendo —farfulló Champlain—. ¿Las relaciones franco-rusas no van a las mil maravillas?

—En efecto, el empréstito ruso vincula a ambos países. A nosotros nos falta el capital; a Rusia, la liquidez desde la guerra ruso-japonesa. Sin embargo, Rusia, aunque se haya aliado a Francia contra la Triple Alianza, es también, por encima de todo, un imperio. Y nosotros..., nosotros somos una república...

—¡Permítame añadir que no somos más que una república! ¡Lejos quedaron los tiempos del Imperio y la monarquía!

Betholet tosió, incómodo. Había olvidado que no había que pronunciar la palabra *imperio* delante del comisario, so pena de ver desfilar toda la lista de victorias napoleónicas. Continuó su lectura.

—Aquí tiene la relación de los primeros sospechosos. En primer lugar, el personal que trabaja para Poiret. Un centenar escaso de modelos, sirvientes, cocineros, saltimbanquis, pasteleros, domadores, de los cuales la mitad fueron contratados para la ocasión. El secretario de la condesa, Dimitri Ostrov, ha podido también ser el asesino. Veinticinco años, los siete últimos al servicio de la Slavskaya. Vive en su casa, la seguía prácticamente adondequiera que ella fuera. Una suerte de guardaespaldas disfrazado de ayudante. Es poco lo que sabemos de él, pero me informaré. Judío ruso, emigró en 1905, como ella. Móvil posible: podría haberse peleado con la condesa. O bien codiciaba el collar.

—¿Bolchevique?

—Sabremos más cosas de aquí a unos días. *A priori*, no.

—¿Eran amantes?

—Eso piensan algunos. Pero estaba la diferencia de edad, casi veinte años. Dimitri podría haber sido su hijo. Además, ella era conocida por sus conquistas de renombre: políticos influyentes, principalmente. Era íntima de Poiret, algo que nos lleva al tercer nombre de la lista de sospechosos: Denise Poiret. La condesa y su marido se habían conocido en Rusia y se veían asiduamente. Según los comadreos, fueron amantes en tiempos. El móvil claro de la esposa: los celos. Por último, la condesa tiene un hijo, Ígor Slavski, quien, sin duda, heredará su fortuna. Quince millones de francos. El notario tendrá que llamarnos por la mañana para darnos los detalles exactos de la adjudicación de la herencia.

El comisario resopló entre dientes.

—¿Quince millones? Un bonito móvil.

—Si se necesita dinero, sí. Pero él está casado con un buen partido: Juliette de Lansquenet. Y no lo veo corriendo el riesgo de robar una joya que le corresponderá de derecho.

Champlain alzó una ceja.

—¿La heredera Lansquenet? ¡Un inmigrante como él adentrándose en semejante clan! —Le guiñó un ojo—. ¡Debe de tener unos atractivos muy ocultos! ¿Y Poiret no podría estar implicado en esta historia?

—Poiret no tendría ningún interés en mancillar su reputación. Y no veo ningún móvil.

—¿Una pelea amorosa que se puso fea? Si quería a la condesa... Esta tenía muchos amantes, ¿no?

—En efecto, pero Poiret tampoco le anda a la zaga. Además, ¿qué ventaja obtendría hurtando el collar cuando vive como un rajá?

—Eso, a menos que no sea la misma persona quien haya matado y robado —dijo el comisario, pensativo de repente.

Ambos permanecieron un momento en silencio.

—Bertholet, ¿tiene la lista de invitados?

—Aquí la tiene.

Champlain la recorrió con la vista.

—Habrá que ir con pies de plomo. Esto podría significar el final de mi carrera y, por añadidura, de la suya. Comprendería que Poiret no quisiera airear el asunto. Ni que decir tiene que no tocaremos a las personalidades.

—Yo no descartaría al dueño de la casa de moda de la lista de sospechosos. La brigada de narcóticos trabaja desde hace algún tiempo en el Faubourg. Se dice que este sería el eje del tráfico en Europa, y el nombre de Poiret figura en ciertos dossieres. El consumo de opio es frecuente, en especial, en fiestas privadas como esta, y la manufactura del perfume que acaba de inaugurar bien podría ser una tapadera. La condesa quizá estaría implicada, ¿quién sabe? Una parte de los opiáceos atraviesa Rusia.

Champlain torció el gesto.

—El opio es la pista falsa por excelencia. Con esos chinos no podremos probar nada. —Hizo una pausa—. ¿Tiene al menos antecedentes penales?

—¿A quién se refiere?

—Al tal Ostrov.

—Nada. Jamás ha puesto un pie en una comisaría desde su llegada a Francia.

—¿Y antes?

Alguien llamó discretamente a la puerta. Un empleado asomó la cabeza por el marco.

—Señor comisario, un despacho de la prefectura. Lleva el rótulo de urgente.

El brigadier dejó un sobre en el escritorio y se dio la vuelta. Champlain ojeó rápidamente la misiva y se puso su abrigo a toda velocidad.

—Se trata de Bonnot. La prefectura necesita refuerzos inmediatos. En mi ausencia, conciérteme los interrogatorios con los testigos directos y los allegados de la condesa, y encuentre la lista de todos esos bohemios a quienes Poirot había contratado. Puede que algunos tengan antecedentes. Vaya asimismo a examinar el cuerpo a la morgue antes de que el médico forense se encargue de ello. ¡Ah, sí, se me olvidaba algo! Durante los interrogatorios, tome también las huellas dactilares de los principales sospechosos. Slavski, los Poirot, Ostrov, la sirvienta de la condesa, las modelos empleadas en la tienda. Siempre podremos compararlas con las que se han tomado en la escena del crimen. Esas nuevas técnicas antropométricas no harán daño a mi reputación. Marchan viento en popa, y nosotros vamos a aprovecharnos de ellas. Es preciso que nos apresuremos, pues me llama el deber en el ministerio. En cualquier caso, no se preocupe por su futuro, Bertholet, ¡me acordaré de usted! —Le aporreó el hombro—. ¡Formamos un gran equipo!

La puerta se cerró de un portazo. Los pasos del comisario se extinguieron al fondo del pasillo.

Bertholet sonrió.

¿Formamos un gran equipo? La mala fe de Champlain no dejaría nunca de asombrarlo.

En lo relativo al caso Bonnot, el comisario se equivocaba de medio a medio. Se estaban tramando otros asuntos igualmente importantes en Francia.

En Europa.

La gente se estaba armando.

Por todas partes.

En siete años, el presupuesto militar de Francia casi se había duplicado. ¡Mira que decir que la policía no tenía coches y que, en el mejor de los casos, se disponía de un solo revólver por comisaría!

Francia: país de las estupideces y de las grandes cosas.

Todas las naciones europeas se vigilaban entre sí. En el ministerio se hablaba de guerra a diario. Esta era inevitable. No era sino cuestión de tiempo. Una vez que se diera el primer disparo, el sistema de alianzas se desencadenaría de manera automática. Se preveía una guerra relámpago: la Triple Alianza contra la Triple Entente. El Imperio alemán, el Imperio austrohúngaro y el Reino de Italia contra Francia, Rusia y el Reino Unido.

Tres contra tres. ¿Caería Francia en manos de los austrohúngaros? Le costaba imaginarse aprendiendo alemán. La victoria dependería de Rusia.

De ahí el interés del caso Slavskaya, una oportunidad de ascenso de la que el comisario no tenía ni la menor idea. En poco tiempo, ese que a él le gustaba llamar su «pequeño adjunto», se encontraría en el Ministerio de Asuntos Exteriores o, mejor aún, en una embajada.

Cogió *L'Action Française* y le echó un vistazo a la primera hoja.

Mientras el desorden y la anarquía invaden sucesivamente todos los servicios de la prefectura de policía; mientras el jefe y uno de los subjefes de la Sûreté, en lugar de concertar sus esfuerzos para alcanzar un objetivo común —a saber, la protección de los ciudadanos—, tiran piedras sobre su propio tejado; mientras el Cuerpo Nacional de Policía y la policía parisina luchan entre ellas y se tienden trampas mutuamente, los malhechores, con una seguridad de ejecución desconcertante, una rapidez y una brutalidad espantosas, continúan su obra de saqueos y muertes.

¡Qué equivocado estaba Champlain! Él, que religiosamente leía ese periódico antialemán y monárquico financiado por el duque de Orléans, no comprendía aquello que más daño estaba causando a la policía.

Del armario cogió el expediente etiquetado «Slavskaya» que había preparado a hurtadillas de su maestro y se sentó, de excelente humor, en el sillón del jefe.

A buen capellán, mejor sacristán.

¹⁵ Personaje de varias de las novelas de *La comedia humana*, de Balzac, inspirado en Eugène-François Vidocq (1775-1857), quien, como Vautrin, fuera primero delincuente para acabar siendo policía.

¹⁶ El Cuerpo Nacional de Policía francés.

Oriane se ata a toda velocidad sus puntas de baile de color rosa algo desteñidas. Es como si aquello no fuera a terminar nunca. Egeria de Poiret de día; cuerpo de baile, de noche... Está exhausta. Agujetas, le cuesta concentrarse, una ligera náusea, la cabeza que, por momentos, le da vueltas como un ti vivo de feria. Se levanta bruscamente, camina paso a paso, arquea un pie en su zapatilla de punta. El talón de sus medias está agujereado, sepultado en lo hondo del calzado. En la Ópera, más vale guardarse para sí este tipo de cosas: los lugares húmedos, el salario miserable, esa atmósfera entre las bailarinas que se puede cortar con un cuchillo... ¡No es algo de lo que jactarse! La gente viene a ver lo maravilloso, lo efímero, le importan un comino los pies ensangrentados por las puntas, las mallas mal lavadas, los remiendos que penetran en la carne viva, los bastonazos en las piernas que causan cardenales. Por suerte, todo eso se evapora con las primeras notas de música.

Oriane piruetea y se mira en el espejo. Día tras día, no hace otra cosa que aguardar. La situación se ha vuelto insoportable. Un mechoncito rebelde, siempre el mismo, le sobresale de la oreja derecha. Se lame un dedo y lo coloca en su sitio. Es Poiret quien la ha salvado de todo aquello. Podría decirse que está en deuda con él; él, que se fijó en ella la noche de un estreno, la bailarina del fondo, demasiado alta y escuálida, casi oculta por el telón. Tras la representación, la llevó a Maxim's, y ambos rieron y lloraron como locos.

A la mañana siguiente, ya estaba contratada.

Primera posición. Se pone frente al espejo y eleva los brazos formando un círculo. ¿Qué estará haciendo Dimia a estas horas? ¿Se acordará siquiera de

ella? Ahora que la Slavskaya ha estirado la pata, seguramente tenga otras cosas en la cabeza. ¡Si al menos hubiera reparado en ella antes! ¿Acaso la condesa le habrá legado algo? Separa un poco las piernas, descende los brazos en horizontal. Es absurdo. Ella, que nunca se ha atado a ningún hombre, que jamás ha querido acabar de señora de una casa, de madre de familia, de ama de casa, de esposa de. Tiene un gran porvenir, siempre y cuando, eso sí, permanezca sola. Además, en eso consiste la magia de las fiestas de Poiret: el placer efímero de la noche, la búsqueda sensual de la belleza, la pasión sin mañana. En fin, aquello quedará grabado en su memoria como una hermosa velada. Y así como antes hubo mil y una noches, así también habrá otras tantas más. Con otros. Aquí y allá. Poiret ya habla de organizar otra *soirée* a lo grande, en el pabellón Butard, el antiguo pabellón de caza de Luis XV, que ha mandado rehabilitar enteramente y donde celebrará la fiesta de Baco¹⁷, el dios del vino y de los banquetes. ¡Poiret en su estilo más puro! Invitaremos a la Duncan y a sus Isadorables, haremos traer cientos de botellas, los mayordomos transportarán la comida sobre la cabeza, ya verás, Oriane, ¡será sublime!

Oriane pone un pie en la barra y hace el *grand écart*¹⁸. Siente vergüenza. ¿Tanto esfuerzo para esto? Horas de clases y de ensayos para unos pocos momentos que pasan fugaces bajo los focos, y ni siquiera eso sucede siempre.

Demasiado larguirucha. Dio el estirón de golpe, en la pubertad. Vuelve a ver de nuevo cómo su madre la mira con malos ojos durante su primer espectáculo en la Ópera al observar que su hija —¡esa hija por la que ella lo había sacrificado todo!— estaba en la última fila, casi invisible.

Pero Oriane no quería dedicarse a la danza, sino al dibujo, la pintura, la arquitectura, algo que se hiciera con las manos, ¡y no con los pies!, algo impensable para los mediocres encargados de los cafés, para quienes la Ópera de París representaba todo aquello que ellos no tendrían jamás: el lujo, el placer, la magnificencia. ¡¿Bellas artes para su hija?! ¡Copiar cuerpos flácidos y racimos de uvas todo el santo día!

Te dedicarás a la danza, hija mía.

De golpe, Oriane siente una mirada a su espalda y se da la vuelta bruscamente. Méline se gira fingiendo examinar el tirante de su maillot. Esa cretina de Méline. Menudo error haberle confiado, en un momento de monumental estupidez, que trabajaba para el gran modisto. Y, sin embargo, al principio, Méline le había parecido tan dulce, cordial, una suerte de bola de algodón en la soledad de aquella sala fría y húmeda. ¡Una engatusadora, sí señor, eso era! Había ido por ahí con el cuento de que Oriane se ganaba un dinero extra trabajando de bailarina del vientre para Poiret.

¡Bah!, todo aquello apenas tenía ya importancia.

Oriane calienta, dándole la espalda.

Por fin, el presuroso taconeo de la profesora retumba en el pasillo seguido de la sorda cojera del bastón. La puerta se abre. La señorita Lagneux se detiene en el umbral, examinando la sala, plagada de hormiguitas que, en un dos por tres y sin mirarla, se afanan colocándose las chaquetillas cruzadas desanudadas, haciendo ejercicios de estiramiento, con una pierna sobre la barra, arreglándose a escape el moño y cubriéndolo con una redecilla negra. El bastón está a media altura separado del suelo y listo para golpear las tablas a la primera nota. La pianista está erguida, con las manos sobre las teclas.

Oriane suspira y separa las piernas. Primera posición. Barra; a continuación, suelo y, luego, *milieu*¹⁹.

La señorita Lagneux entorna los ojos y con la barbilla señala en dirección al piano. La pianista levanta las manos y, de golpe, estas se abalanzan sobre el damero de teclas.

Adagio.

¹⁷ A esta fiesta en honor a Baco (*Festes de Bacchus*) celebrada en 1912, los invitados de Poiret acudieron con atuendos inspirados en la mitología clásica. Isadora Duncan apareció al alba del brazo de un

Poiret disfrazado de Júpiter con un aria de Bach de fondo.

18 Posición del *ballet* clásico con ambas piernas abiertas y las rodillas por completo estiradas.

19 En la danza clásica, *milieu* se refiere a los ejercicios hechos en el centro del aula de baile por contraposición a los que se hacen con el apoyo de la barra.

Dimia, con la cabeza entre las manos, luchaba contra una terrible migraña. No había pegado ojo en toda la noche. Cada vez que lo acometía el sueño, unas mórbidas imágenes lo despertaban sobresaltado. Se paseaba por la pequeña ciudad de su infancia. De buenas a primeras, todas las esquinas de la calle se llenaban de horcas cuyos ahorcados se balanceaban al viento. Veía huellas rojas en la nieve, oía pasos detrás de él, se escapaba sin poder correr y, en ese cabal instante, se despertaba. ¡Ojalá atrapara al criminal que había asesinado a la condesa! Lo estrangularía con sus propias manos. Le pagaría con la misma moneda. Por culpa de ese bárbaro, su princesa rusa, su delicado y santo icono, su reina de Saba, había muerto asfixiada, y él había pasado de ser un joven de resplandeciente porvenir a convertirse en un viejo desesperado.

Ya la estaba extrañando. Su risa, su voz, sus ocurrencias, sus humores lacrimógenos o sombríos según el momento, su mano asiendo su brazo hasta hacerle sangre cada vez que se echaba a reír. Sin ella, él no era nada, tan solo un pedazo de vacío. Todos esos años ella había sido su hálito, su vida. Él no había tenido que ocuparse de nada. Era ella quien decidía sobre el empleo de su tiempo, sus caprichos, los momentos en los que había que estar triste o alegre. Ahora el baile había llegado a su fin, el fin de trayecto del tren. Él ya no era más que un montoncito de cenizas consumidas posadas al borde de un abismo que lo devoraría de un momento a otro.

Dimia se hundió los puños en los ojos para no ver nada más, nada salvo la oscuridad y la noche.

Una estrella continuaba brillando, menuda, perseverante, la pulsación del cuerpo de su sílfide contra el suyo, ahí, unos días atrás, la noche del baile, su almibarada boca, sus dóciles hombros, su olor a sarapia, su risa hasta que la

farándula los sorprendió, su tatuaje azul, casi invisible, que él había acariciado en la oscuridad.

Un amor naciente cortado de cuajo cuyos últimos instantes estaba seguramente viviendo, pero que no moriría del todo.

Sentía vergüenza.

Vergüenza de no haber muerto de pena aquella noche, vergüenza de tener todavía un rayo de luz en la mente a despecho de la atrocidad de aquellos últimos días.

Todo era culpa suya. ¡Menudo inútil estaba hecho! Sentía ganas de abofetearse. Había abandonado a la condesa a su triste suerte, su inoportuna embriaguez, aquellas bromas suyas que acababan mal cuando él no estaba a su lado. ¡Jamás debió caer en los brazos de su sirena, jamás! Debería haber vigilado a la condesa hasta el final de la noche, seguirla hasta el fin del mundo, por más que en ello perdiera él la vida o la diligencia del amor.

Se incorporó con un movimiento brusco. La historia de esa sílfide era viento, lluvia, un fino calabobos bretón. No tenía la intención de permitir que ella le estropeará el momento de su tristeza, gloriosamente trágico, que le impidiera zozobrar en la más negra desesperación.

Lo único que necesitaba era disipar sus dudas. Apagar por siempre jamás aquel pequeño fulgor, estar seguro.

Disipar sus dudas.

Salió sin ni siquiera cerrar la puerta.

No llamar la atención, si algo tenía que hacer era no llamar la atención. No cambiar nada de su rutina, absolutamente nada. No dejarse atrapar antes de largarse. Once días. Tenía que aguantar todavía once días y, luego, adiós, amigos. Toda una vida por delante.

Once días era mucho tiempo y era poco tiempo.

Tenía el billete comprado. White Star Line. El tasador de la Place de l'Estérel le cogería los dibujos y los objetos a precio de oro. Lo suficiente para vivir holgadamente.

Para mí las limusinas, los rascacielos, el Maple Leaf Rag, de Scott Joplin, por fin escuchado en directo, en un club de ragtime de Manhattan, y no en una pésima grabación de fonógrafo portátil o en un cabaret de mala muerte de Montmartre.

Los encuentros.

Y luego, al final del viaje, la gloria.

Lo más difícil sería guardar las apariencias durante once días. Sería duro reprimir en lo hondo de su ser la euforia que despuntaba.

Once días. No dejar que le echaran el guante, continuar viviendo como si nada.

Después, ummm, después...

Li-ber-tad.

Poiret, en un inmenso sillón de terciopelo rojo, un rojo de naranja sanguina recién cortada fluyendo sobre él como una mermelada espesa y cálida, leía *Le*

Petit Parisien con el monóculo clavado en el ojo izquierdo. La señora Poiret se agitaba a su alrededor, sentándose, levantándose al punto con un estremecimiento, dejando emanar de su vestido un delicado efluvio de *Nuit de Perse*, la fragancia que Poiret había lanzado en primicia durante la fiesta ofreciendo a cada una de sus invitadas, al alba, un frasco de Lalique pesado y negro con el tapón en forma de turbante.

Su rostro se nubló ligeramente. No había llamado a su marca *Les Parfums de Denise*, sino *Les Parfums de Rosine*. Hasta un niño de cinco años podría haber hecho lo mismo. Durante un instante, las comisuras de su boca se arquearon hacia abajo para enseguida colocarse en su sitio de nuevo. La pequeña provinciana transformada en princesa debía continuar desempeñando su tarea.

A él las que le gustaban eran las aristócratas, aun cuando fueran gordas y viejas.

Y, en su defecto, las jovencitas guapas.

Su repentina pasión por una campesina longilínea no había sido sino un percance. Se acercó a su marido y le acarició cariñosamente la cabeza.

—Paul, ¿te das cuenta de la publicidad que supone esto para nosotros, para la casa?

Poiret, concentrado en su lectura, estaba inmóvil como una estatua de sal.

La señora Poiret revoloteaba a su alrededor, haciendo que se le levantaran los faldones al rozar las frágiles porcelanas traídas de todos los rincones del mundo.

—Aquí mismo, en nuestra casa, ¡el día mismo del lanzamiento de los *Parfums de Rosine*!

Dio un golpe con el pie, un piececillo escondido en una chinela azulada, cuyo talón metálico desapareció en silencio en la alfombra *shirvan* de El Cairo.

Se dejó caer encima de un puf de piel.

—¡Apuesto a que ya han comenzado las habladurías!

Las manos de Poiret se crisparon asiendo el periódico.

Ella se perdió en el reflejo de la lámpara de una mezquita que encontraron en uno de sus viajes románticos. Repentinamente le pareció que ya hacía un siglo de eso. ¡Cuánto se habían querido, adorado! Su vida había cambiado la

noche en que la llevó a la Opéra-Comique en una calesa tapizada de terciopelo rojo después de haberla vestido de la cabeza a los pies. Se habían pasado toda la representación besándose y acariciándose al calor de su palco. Al final del espectáculo, él le había pedido la mano. A la semana siguiente, las campanas de su aldea normanda habían repicado anunciando su compromiso. Él pensaba en Emma Bovary, pero una Emma que por fin llevaría la vida que merecía. Quiero convertirte en una Emma feliz, dijo Poiret.

Denise lo miró de reojo. Él parecía adormecerse, sumirse aún más en el refugio que le procuraba su sillón.

Andando el tiempo, Denise había leído con horror *Madame Bovary* y el deterioro de su heroína, su melancolía, sus adulterios sin pies ni cabeza, su final, tan alejado del romanticismo que durante toda su vida había buscado, sin comprender qué es lo que había llevado a su marido a compararla con esa mujer de miserable destino, nacida y muerta en la pútrida campaña de Normandía.

Denise se miraba en la lámpara de su luna de miel, pues sí que hubo luna de miel, un viaje que había durado casi seis meses para que, según las palabras de su marido, ella pudiera estudiar la presencia de las mujeres italianas, la nobleza de las faraonas, la languidez de las *geishas*; todos esos menudos detalles que, hilvanados unos con los otros, harían de ella la mujer perfecta.

A los seis meses de aquello, fue presentada en sociedad en París: hierática, voluptuosa, sublime, colmados sus ojos con el azul del cielo de Grecia y las mejillas con el anaranjado de las tumbas del Nilo.

El óvalo de su rostro temblaba en la pantalla de esa lámpara del siglo XVI que le habían comprado a un mercader del zoco de Jan el-Jalili una noche de luna ascendente, enorme como un puño, que iluminaba con un fulgor glacial los montones de objetos raros que aquel alborozado mercader les sacaba poco a poco; el óvalo de ese rostro de odalisca clásica que había llamado la atención de Poiret y a la que este había convertido, con la ayuda de unos abrigos de visón recién cortados y de unos turbantes que no se habían vuelto a ver desde Mme. de Staël, en la Pompadour más visible de París.

—¡Quiquiera que la haya matado tuvo una idea genial! —le susurró ella.

El pecho de su marido, emparedado en un chaleco de satén color cáscara de

huevo, no se alzaba ya.

El declive había llegado pronto, ¿cuánto tiempo después de su matrimonio?, ¿un año, dos años?

—Dime, Paul, ¿qué tienes pensado hacer? ¡Menuda aventura estamos viviendo! Menos mal que el interrogatorio no ha dado ningún fruto. ¡Qué pinta de idiotas tenían esos dos policías! ¿Qué crees tú? ¿Quieres que avise yo misma a los periodistas de moda? ¡A todos los invitados de la fiesta! ¿A la condesa de Lusignan, quizá? ¿A Émilie de Saint-Antoine? ¡Y a Clématite de Bauve!

Poiret no escuchaba.

Habían tardado apenas dos años en hundirse. Primero, las sospechas, y luego esas risas que, solapadamente, la precedían en ciertos salones. Por suerte, la prensa no decía nada. La imagen de la mujer triunfadora vendía muy bien. La gente no habría querido saber la verdad. Lo que deseaban era su historia de reina coronada, no la de una provinciana engañada a la mínima por un marido aquejado de priapismo.

—¡Paul, es la oportunidad de nuestra vida! ¡Ahora mismo aviso a Clématite, a los Lusignan y a los Rosière! ¡Hay mucho por hacer!

Poiret no se inmutaba. Había olvidado quién era y qué hacía allí, y oía a lo lejos, como desde el fondo de un túnel, un maremágnum de palabras sin pies ni cabeza.

La primera vez ella había creído que estaba soñando: la risa de una mujer enseguida amortiguada detrás de las resmillas de la trastienda. Se había acercado sin hacer ruido. Seguramente, un mozo que había venido para galantear a una de las dependientas. ¿Rosaline? ¿Jeanette? ¿Y quién era el mozo? ¿El pequeño Berthier, pelirrojo como una ardilla, tan mono con su bigote incipiente, su piel lechosa y esos músculos que mantenía en forma haciendo pesas? Ella se había percatado de que sus empleadas se reían y trabajaban más rápido cada vez que él volvía de una de sus compras, exhalando un suave aroma a alquitrán. Pero ¿con quién? Reconocía la risa clara y fresca del deseo, alternativamente ensordecedor y quejumbroso.

La trastienda no tenía puerta. Estaba separada del resto por un par de tupidas cortinas de terciopelo rojo que su marido había comprado de segunda mano al

teatro del barrio, que había cerrado. El alzapaño de pasamanería trenzada, que ella había mandado hacer venir desde Italia, en un estilo Napoleón III renovado, estaba tirado, con las borlas en desorden, directamente en el suelo, como un lazo que ya no sirve. Una mezcla de crujidos, risitas reprimidas y respiraciones irregulares impulsaban el terciopelo. Ella había recogido el alzapaño y la borla, y había separado unos milímetros las cortinas para escrutar la penumbra de esa alcoba improvisada hecha de montañas de retales, prototipos de vestidos y bobinas de seda. Mas no era el pequeño Berthier: habría reconocido su melena roja como el crepúsculo. Entrecerró los ojos para ver mejor.

¿Quién era entonces?

Distinguió las piernas de una mujer moviéndose, desnudas y blancuzcas, con una chinela en el extremo de uno de los pies amenazando con caerse, ropa desordenada alrededor, el pie de un hombre que sobresalía de un pantalón negro. Unas uñas con una manicura perfecta hacían bruscas apariciones, buscando carne que asir. Un bombín había rodado casi hasta sus pies.

De pronto, la manta bajo la que aquellos dos se atareaban en sus ejercicios amorios cayó al suelo, y la calvicie en ciernes de su marido apareció en todo su esplendor.

Su marido y la pequeña Manon, que con sus encantadores dedos hacía que el maestro se sacudiera.

Vio la panza de su marido hundiéndose en ella como en la mantequilla.

Quedamente, Denise había recogido el alzapaño y lo había anudado a las cortinas de terciopelo, apretándolo cuanto pudo, como para estrangularlas.

Ese día, durante su paseo diario por los Campos Elíseos, había estado a punto de arrojarse a las ruedas de un automóvil, para castigarlo. Pero luego, en el último momento, cambió de opinión. Si se iba, lo haría por la puerta grande: dejarlo en la cima de su gloria sería una buena venganza, una venganza en toda regla.

Y he aquí que el momento casi había llegado. Todavía había que aguardar un poco hasta ese momento en que la curva, en que lo convexo empieza a transformarse en cóncavo y a descender de nuevo. El punto de inflexión. Ya casi estaba ahí. La condesa no había hecho más que acelerar las cosas.

¡Si esta hubiera sabido hasta qué punto su desaparición le convenía!

De haberlo sabido, de ninguna manera se habría muerto.

Su adorado Paul seguía absorto en su lectura. Qué guapo estaba, vestido de punta en blanco. Sin embargo, tenía ojeras.

Esta historia le estaba afectando.

Normal.

A gran condesa, gran pena.

La señora Poirot suspiró de gozo.

Comenzaba la aventura.

—¡Corazón, me pongo a la tarea! ¡En una semana, seremos la casa más envidiada de Europa!

Se marchó olvidando en el velador su sombrerito violeta, un cúmulo de delicadas mallas que se había deslizado por el brillo del mueble, y, acto seguido, a lo lejos, muy lejos, se oyó, en lo profundidad del palacete, el pesado batiente de la puerta de madera de moabi cerrándose.

Poiret no se había inmutado.

Estaba rojo. Muy rojo incluso, más rojo que todos los terciopelos de todos los tocadores, los fumaderos o las antecámaras de la tierra.

Tras el monóculo, resplandecía una lágrima. Una enorme lágrima, pertinaz, bien aferrada, sin la menor intención de caer.

Svetlana.

Muerta.

En su casa.

Aquí.

A escasas decenas de metros.

Dejó su periódico. En los momentos difíciles, lo único que le devolvía la vida eran las telas. Se dirigió al pequeño taller que había acondicionado en el altillo para confeccionar *in extremis* las ideas que había soñado —a veces se despertaba en mitad de la noche acometido por la inspiración—, y se puso a desplazar las prendas impensadamente, combinando materiales y texturas, absorto en su tristeza, concentrado en esta igual que uno se concentra en un niño que aprende a caminar, contento de sujetarlo por fin.

Todo era culpa suya. La gente entraba allí como Pedro por su casa. Con la cantidad de tiempo que llevaba su esposa diciéndole que les robaban los accesorios, los patrones y los prototipos en la tienda, en su taller de perfumes, por todas partes, debería haberlo sospechado, haber hecho algo. Pero no. Traiciones de criados, decía él. ¡Qué estúpido había sido!

La que lo llamaba «Paulo el Chistoso» estaba muerta. Miró fijamente sin verlo un costosísimo tejido con motivos de guacamayos y frutas de la pasión. Svetlana había insistido para que creara ese chillón tejido que, según ella,

serviría para hacer magníficos saltos de cama. Y, como siempre, ella había tenido razón. Con una mera palabra suya, las combinaciones de seda y los abrigos estampados con loros se habían vendido en un día. No los había comercializado, había pasado a otra cosa. De una mujer a otra, de una idea a otra. Su cabeza bullía de continuo con sensaciones e ideas nuevas.

Solo que hoy ya no sentía nada y ya no estaba inspirado.

Estaba viviendo su decadencia. Un lento descenso hacia la muerte por una suavísima pendiente.

Svetlana había sido la única que jamás le había reprochado nada, que no andaba ni tras su dinero ni tras sus proezas de semental, si bien, en sus retozos, había sido siempre ella quien daba el primer paso abalanzándose sobre él vorazmente, como si cada vez fuera la primera o la última, como si su cuerpo caminara al paso de su alma, invadida por una marea de gozo tan formidable que no pudiera hacer sino dejarse arrastrar por ella...

Había encontrado la horma de su zapato en esa mujer seductora e inaccesible a rabiarse, cuya labia, cartera y amistades temía todo el mundo, esa mujer que, a fin de cuentas, aunque parecía que se entregaba a él en cuerpo y alma, en realidad, no se entregaba en absoluto.

Ella siempre le prestaba un oído atento, un hombro confortable; tras el amor, lo tumbaba en sus mullidos senos y le acariciaba el rostro mientras lo llamaba «mi pequeño Paul»; qué duro es ser quien eres, por la noche en el taller de perfumes, después de que se hayan ido los empleados, a la luz verde de la lámpara de gas iluminando los frascos y los vaporizadores. Unas malvarrosas golpeaban la puerta acristalada los días de vendaval. Había sido ella quien le había hecho plantar esencias de flores y árboles raros justo delante del ventanal del taller con el fin de hacer mejor el amor, según decía, para que ella pudiera, cuando la poseía directamente encima de la mesa larga reservada para las mezclas, contemplar hasta la saciedad la belleza del jardín de rosas.

Y ahora estaba solo, solo por siempre jamás y con una culpabilidad monstruosa que no hacía sino crecer en él con el pasar del tiempo, como una de esas zarzas que no se pueden cortar porque tienen espinas por todas partes, y que crecen, quedas pero seguras, casi indestructibles, más fuertes cada día.

Encre de Chine fue a parar a sus manos, ese vestido de interior sedoso, verde, con motivos de pavos reales y pájaros de fuego que él habría reconocido entre un millón.

Se acordaba.

Fue la primera vez que se vieron, en una sala de fiestas congelada de Petersburgo. Ella se le había acercado al final de su discurso y le había dicho: todo, lo quiero todo, señor Rey de la Moda.

Y, al abrir su abrigo de visón, estaba desnuda.

Lo había vuelto a cerrar riéndose con una risa clara y despojada de miedo, y le había dado su tarjeta, diciéndole: hasta esta noche, traiga al señor Armand, su modisto.

Y se había dado media vuelta.

Poiret se preguntó si no habría soñado aquel sexo negro garabateado al carboncillo, la pirueta del abrigo sobre la piel de nácar de sus muslos, su risa de cristal precioso. Y él y Armand habían acudido esa misma noche, a una hora decente, a una hora a la que todavía se puede pretender visitar a alguien, para confeccionarle un guardarropa, había dicho ella, no quiero nada del pasado ni del presente, ¡soy una mujer del futuro! Y para recibirlos, se había puesto una bata Encre de Chine de la que él había sacado cinco ejemplares la semana anterior. ¿Cómo era posible que, en cinco días, aquella prenda hubiera atravesado los tres mil kilómetros que separaban París de San Petersburgo?

Esa era la magia Slavskaya.

Tras despedir a su mayordomo, había conducido a sus invitados al saloncito que se encontraba junto a su alcoba y, riéndose, se había sentado en un sillón Luis XV con una pierna en uno de los apoyabrazos, colgando en el vacío. Por la estupefacción, al modisto se le habían caído las tijeras, las cuales se habían plantado en vertical en la espesura de la alfombra persa...

Y es que, bajo la bata de seda que se amoldaba a su cuerpo, estaba desnuda...

Si el modisto, con mano temblorosa, hubo de tomar las medidas de una mujer desnuda que le sonreía con mirada burlona mientras se servía vasos de vodka,

Poiret tuvo que colmar la estancia con sus balbuceos, decirle qué asombrosos tejidos veía él para ella, mimarla con palabras de manera que ocultara mejor su turbación... Y, mientras la fría noche caía derramadamente sobre ellos, Poiret caminó de un lado a otro hablando de visones y cochinillas, de plumas de pavo real y de siluetas de botella, rozando con los dedos aquello que iba a engalanar...

Finalmente, Poiret se había sentado con una mano en la barbilla y había dicho: está bien.

Y el señor Armand se había marchado. La condesa, con los hombros acariciados por su Encre de Chine, había invitado a Poiret a sentarse justo ahí, delante de ella.

Habían hablado. De literatura, política, arte, ella desnuda delante de él; él sentado delante de ella, atónito, haciendo como si nada, fumando un puro tras otro, intentando no perder el hilo. Él le había contado todo, le había confiado sus proyectos más descabellados, la conquista de América, la creación de una línea de perfumes, su incipiente colaboración con Dufy y esa idea que siempre le había estado rondando por la cabeza: la de presentar un día su colección en tres chalanas que llamaría Amours, Délices y Orgues²⁰, las únicas palabras de la lengua francesa que eran masculinas en singular y femeninas en el plural. Un sueño infantil.

Ella lo había escuchado atentamente, con la cabeza inclinada. Y, a continuación, cuando él hubo terminado, le había tocado a ella.

Poiret se había acercado a la condesa, oliendo el perfume de sus cigarrillos, que encendía uno tras otro.

Con voz pausada, ella le había hablado de su infancia dorada en su dacha de Súzdal, una infancia tan bella... ¡Ay, Súzdal!, suspiraba ella, Súzdal, pequeña maravilla del Anillo de Oro, la ciudad con más iglesias que habitantes, la ciudad de los mil campanarios, la ciudad toda blanca, ¡si la hubiera visto usted, Paul! ¡Los molinos de Súzdal, el agua de Súzdal, las procesiones, las campanas, el viento gélido que quema la garganta y las sienas! ¡Qué triste estaba yo allí! ¡Y qué hermoso era a la vez! Para llegar hasta allí cogíamos el tren, luego una calesa y, finalmente, un trineo desde San Petersburgo, cosa que hacíamos cada vez que a mi madre se le antojaba, a pesar de la cantidad de

inconvenientes que aquello acarreaba. En fin, noches y días de viaje decididos en un arrebató, a la buena de Dios...

Y la condesa se arrellanaba en su sillón para que fluyeran mejor sus recuerdos, interrumpidos por las caladas que, a modo de menudos besos, daba a su cigarrillo. ¡Paul!, esa catedral de la Natividad que, con sus cúpulas azul noche y amarillo, descollaba entre todas las demás en belleza el primer día de primavera, cuando, de golpe, todo comenzaba a fundirse, la nieve, el barro, para marcharse a raudales por los arroyuelos transformados, de la noche a la mañana, en ríos congelados e infranqueables, esa catedral mística y exuberante, ¡cómo me gustaría enseñársela! ¡Súzdal! Y, sin embargo, mi ciudad es San Petersburgo, la de los palacios de Invierno y de Verano, de esas noches en blanco de junio en las que el sol no se pone, la ciudad del Nevá congelado en invierno, rígido, magnífico, San Petersburgo, de donde guardo los más hermosos recuerdos...

Y ahora, te toca a ti... Y lo miró con expresión ávida mientras le acariciaba la mejilla...

Como en sueños, ella le había contado su extraordinaria infancia dividida entre la morada de su madre, viuda *demimondaine* de un general del ejército zarista, y el Palacio de Invierno, donde, en una hábil coreografía de la guardia imperial y sus servidores más fieles, la zarina y sus hijos no se cruzaban nunca con la pequeña Svetlana y su madre, amante del zar, mientras ellas deambulaban a su albedrío por el castillo... Ella, hada en miniatura, bonita y orgullosa, muñequita a la fuga pirueteando en los aposentos vacíos del palacio y jugando al escondite con la guardia cercana al soberano... Ella conocía de memoria los nombres de todos sus miembros, sus grados, manoseaba los flecos de sus hombreras, se frotaba con sus tupidas barbas... Y el zar, de potente voz y trajes de gala, que la hacía saltar en sus brazos... Era como si, en ese glacial castillo de rincones polvorientos y lleno de excrementos de ratones, ella no hubiera vivido sino un sueño, como si allí ella hubiera tenido un padre, quince padres, mil padres, todos sonrientes y amables, cada cual más hermoso que los demás...

En esos momentos ella parecía dormir, sujetando el cigarrillo en el vacío, a unos milímetros de la alfombra, y murmuraba... El fin del sueño había

comenzado ese día de febrero de 1880 en que los revolucionarios habían tomado posesión de los sótanos del palacio para poner una bomba, debajo del comedor... Y ella, niñita ignorante e inconsciente, había oído la deflagración, había visto el caos, el polvo, el fuego, el humo, se había escondido mucho tiempo en una fresquera, no se atrevía a salir. Y, después del atentado fallido, el punto final del sueño llegó un año más tarde, con la injusta muerte de Alejandro II, el Liberador que había abolido la servidumbre de la gleba, en uno de los ineptos atentados del grupúsculo de Naródnaya Volia...

De repente ella abrió los ojos. Paulo —y él se había sobresaltado al oír ese apodo que, desde su más tierna infancia, nadie le había vuelto a dar—, Paulo, figúrate. Mi madre arrugando como una muñeca mecánica el periódico por el que se había enterado de la muerte de su amante, mi madre llorando con unos inconsolables alaridos la muerte de su amante, mi madre volviendo a coger el periódico hecho una pasa para ponerme frente a ella y decirme, pequeña mía, era tu padre... zarina... Eres una zarina, pequeña...

Paulo se quedó sin habla. Y luego, para cambiar de asunto y tantear el terreno, le había dicho, pero ¿y su marido? A él le había parecido ver el nombre «señora viuda de Slavskaya» en su tarjeta de visita, pero ya no estaba muy seguro. Ella había expulsado una larguísima bocanada y se había reído. ¡Ay, mi marido! Había apagado con aplicación su cigarrillo contra una piedra de la chimenea. ¡Mi marido se fue de mi vida casi tan pronto como llegó! Como comprenderás, Paul, un uniforme..., yo había crecido entre uniformes, me impresionaban, incluso los echaba en falta... ¡Qué estupidez! ¡Ay, cuánto me arrepentí de ese matrimonio! Apuré el cáliz de ese matrimonio... hasta los desechos...

Y su mirada se perdió un instante en las cortinas de algodón; luego cogió el jarrón sellado que se hallaba sobre la chimenea y se lo lanzó bruscamente.

—Aquí está mi marido...

Poiret recordaba todavía su reacción instintiva de retroceder cuando ella le había lanzado la urna funeraria a los brazos, lo poco que faltó para que se estrellara contra el suelo, cómo se había reído ella mientras recogía las cenizas de su difunto marido para, con un golpe seco, colocarlas de nuevo sobre el marco de la chimenea.

Y, con una sonrisa en los labios y las manos temblorosas, se había acurrucado en él, y él la había tomado en sus brazos.

Castamente.

Había regresado a las tres de la madrugada a su hotel, que estaba justo enfrente de la catedral del Salvador sobre la Sangre Derramada, cuya sombra se veía todavía dándole la espalda al sol de medianoche. Sin embargo, no fue hasta el alba, hacia las seis, la hora en que la bola roja besa el horizonte sin tocarlo y remonta, orgullosa de haber acariciado así la superficie de la Tierra, cuando le rondó el sueño, un sueño tan ligero como una pluma...

Su modisto no había parado, llamando a las verjas de las tiendas a las cuatro de la mañana, reuniendo todos los materiales y reclutando a todos con el fin de cortar, bordar, confeccionar el más hermoso guardarropa que San Petersburgo hubiera conocido jamás.

Poiret había regresado esa misma noche, a la misma hora, sin previo aviso. La condesa lo esperaba, vestida de él de la cabeza a los pies, y le había dicho: vayámonos, y lo había llevado de paseo bordeando las orillas del Nevá en una barca.

Y a esa hora en que el sol amaina su carrera y roza la línea imaginaria que separa el cielo de la tierra, él le hizo el amor, pues eso era lo que ella quería desde el principio y por eso lo contemplaba con ojos ávidos de borrachina de lujo: ¡ay, qué buenos sois los franceses! En el momento de gozar, él iba a retirarse cuando ella lo estrechó contra su cuerpo diciéndole que era estéril como un campo de remolachas en pleno invierno. ¡Divirtámonos!, ¡Dios mío, Paulo, divirtámonos! Y todo aquello terminó al amanecer entre las risas y los cantos de un mesón de mala fama del puerto, engullendo caviar mientras se echaban unos tragos de vodka con unos marineros que andaban por allí de juerga, ebrios los dos de amor y de fiebre.

Más que el alcohol, los embriagaba su amor naciente y el frío cortante de un verano que no llegaba nunca, de una primavera que no había eclosionado y de una noche que no acababa de extinguirse.

La condesa había mostrado al Rey de la Moda las noches blancas de San Petersburgo y estas habían dejado en él una huella indeleble.

Y esa huella le dolía hoy como el tatuaje de un animal marcado con un hierro

candente.

Poiret, con sus gestos de viejo, se puso la prenda que tantos recuerdos le traía, se sentó a la mesa de dibujo y colocó la cabeza entre las manos, con la nariz hundida en el magnífico tejido, para llorar en él hasta hastiarse.

²⁰ Esto lo hizo Poiret con motivo de la Exposición Internacional de Artes Decorativas celebrada en París en 1925. La decoración de las chalanas estuvo a cargo del Atelier Martine, fundado en 1911 por el propio Poiret, un estudio de decoración de interiores donde se producían piezas de cerámica, muebles, alfombras, cristalería, papeles pintados y tejidos que luego eran vendidos en la Maison Martine. Cada uno de esos tres barcos sirvió de escenario para exhibir sendas creaciones de Poiret en el mundo de la moda, la perfumería y la decoración de interiores.

Los pasos de Manon y Oriane resonaban en la sala de inmensos techos adornados con frisos rococós y trampantojos. Iban y venían cada cual por su lado, rozándose en mitad de la estancia, evitando ágilmente los obstáculos. Se habían instalado dos biombos japoneses en cada esquina. Ellas tenían que respetar las consignas al pie de la letra, había insistido la señora Poiret mientras, con experta mano, seleccionaba los brocados engarzados con diamantes y las estolas de seda, las chinelas con plumas de pavo real y los collares de turquesas del Caribe, los artículos que más se vendían y los que no se vendían en absoluto. Estamos frente a lo que el Rey de la Moda llama un «momento excepcional».

Poiret lo había consignado todo por escrito tras la visita a la *boutique* de la sultana de Jordania con su séquito.

Definición de «acontecimiento excepcional»: acontecimiento puntual que genera una cifra de negocios notable debido a la llegada improvisada de aristócratas parisinas, compradoras extranjeras o familias reales. Ejemplos de acontecimientos excepcionales: exposiciones universales, Juegos Olímpicos, inauguraciones presidenciales, bodas principescas, visitas de dignatarios extranjeros.

Procedimiento: Manon y Oriane (subrayado tres veces) desfilarán en este orden: sala principal, camarín, salón Camélia, Duchesse, Félicité. Material: biombos de Kioto, trabillas, perchas, hibiscos en macetas. Ropa: privilegiar prendas controvertidas, vistosas. Vestidos de noche. Los más caros. Mezclar pieles y trajes de verano. Sombreros, maquillaje, tacones. Descalzas, ponerse de puntillas para la ropa íntima de seda. Zapatillas de *ballet*. Música: violinista, cantante. *Lieder* de Schubert. Algunos de Fauré. Debussy.

Salario de Oriane y Manon: confidencial.

Una preciosa tarde estival del año pasado, Poiret las había cogido aparte. El sol entraba a raudales en la trastienda.

—Manon, Oriane —había dicho—, como sabéis, sois la nobleza y el orgullo de esta casa. En los momentos excepcionales, formaréis parte del decorado —había añadido acariciando el aire a su alrededor—, seréis un decorado cambiante, un vals suntuoso e infinito, un movimiento permanente de flujo y reflujo. Tendréis que estar presentes a la par que inaccesibles. Seréis unos muros de silencio y belleza, estatuas vivientes, *dufys* ambulantes. ¡Dufy o la estética de la desaparición! Se os verá y no se os verá. Trabajaréis desde la llegada de la primera clienta, esa que paga una fortuna para adelantarse a la apertura, hasta la última, que se entretiene y finge indecisión para no comprar más que una nadería. Las arruinaréis y las dejaréis prendadas. Dejaréis agotados a tres violinistas y a cuatro cantantes. Seréis mis esclavas, las esclavas de la moda. No seré tacaño.

Sacó dos joyeros.

—Aquí tenéis vuestro salario.

En cada estuche, había una magnífica pareja de pendientes de piedras preciosas: una de esmeraldas, la otra de rubíes. Las dos mujeres abrieron los ojos de par en par.

—Tomad.

Como si estuviera dando grano a unos canarios, en una palma de la mano le puso a cada una un pendiente. Manon y Oriane lo observaban sin comprender nada.

—Este es el cincuenta por ciento de vuestros honorarios por ahora. Para el otro cincuenta —dijo con gesto divertido, mientras guardaba los estuches en su bolsillo—, habrá que esperar todavía un poco.

Ese día, Manon y Oriane iban a ganar en doce horas lo correspondiente a un buen año de salario y se concentraban con los músculos prominentes bajo los velos, el cerebro en suspenso, como los perros de caza, y el ánimo dirigido a

un solo propósito: el segundo pendiente.

Reunir el par.

Oriane se agarrotó en seco. Dimitri, hecho un pincel, estaba sentado entre los clientes y la miraba fijamente, con los ojos enrojecidos. ¿Qué hacía él aquí? ¿Por qué había tenido que venir justo cuando estaba ella en pleno trabajo? ¿Acaso su desaparición al alba no había sido suficientemente clara? ¿No lo había entendido? Sus preciosos rizos le caían por los hombros y él la buscaba con la mirada, inclinado hacia delante, con una mirada casi acusadora, como si aguardara la respuesta a una pregunta que ella desconocía.

Afortunadamente, la multitud era compacta. Él acabaría yéndose. Además, ya no lo veía. Pasó al salón Duchesse para dirigirse al salón Félicité, última etapa antes de darse media vuelta y regresar a la entrada de la *boutique*. Llegó al pasillo que conducía al salón Héra y redujo el paso. El salón de la condesa, ese que ya no se tocaba. Ya no se utilizaría más, había dicho Poiret en un brusco arrebató de cólera. ¡Nunca más, ya lo habéis oído!

Inesperadamente, una mano firme la cogió por la cintura, y sintió que alguien abría una puerta. Se encontró en la estancia sumida en la oscuridad frente a Dimia, que la escrutaba sin decir palabra, a escasos centímetros de ella, con la mirada iluminada.

¿Por qué?, parecía decir mientras le tomaba el rostro en sus manos.

Como si de un icono se tratara, le acarició el tatuaje y la besó en los labios.

La señora Poiret, vistiendo una túnica que, con unos pliegues perfectos, le caía hasta los pies, recibía a las clientas, los mozos y las vendedoras, moviéndose a una velocidad vertiginosa mientras su marido, con las polainas desastradas, un pañuelo de seda fina sobre la boca, guardaba para sí su dolor a la espera de que este se aplacara en el taller de perfumes, sentado en un taburete que servía para atarse los zapatos. Esas damas, enfebrecidas por la espantosa noticia, habían afluido en tropel desde la apertura, adelantada dos horas por las circunstancias excepcionales. La *boutique* estaba abarrotada. Las cifras de negocio diario ya se habían triplicado, y eso que no eran ni las diez de la

mañana.

Dimia y Oriane, en lugar de darse explicaciones de una vez por todas, habían rodado entre zorros argentados, visones grises y conejos pintados de rojo.

Manon iba y venía por la *boutique* recalentada, mirando subrepticamente a su alrededor. Oriane había desaparecido. La multitud era densa. Denise Poiret chismorreaba con sus clientas, que era para lo que precisamente habían acudido.

—Veamos, señora de Solignac, un ladrón, pero ¿es que ha perdido usted la cabeza? —Su mirada se detuvo un instante en la estatua de Venus salida del agua que tenía delante—. Ese monstruo estaba entre nosotros. Es imposible que nadie viniera del exterior, habíamos puesto guardas en todas las entradas. Solo las joyas de los invitados ya valían decenas de millones. No, el asesino actuó desde el interior.

Se detuvo un instante saboreando su efecto. Las clientas, con gesto falsamente cándido, esperaban la continuación sin respirar.

—¿Se dan cuenta? La misma noche del lanzamiento de los Parfums de Rosine, ¡la primera línea de perfumería jamás creada por un modisto! ¡Qué coincidencia! Por cierto, a nuestras mejores clientas les obsequiaremos con ese frasco de coleccionista que regalamos a nuestros invitados. Nos quedan diez. —Con una gran delicadeza, sacó de una vitrina una botellita de Nuit de Perse—. Una edición única, no venal. ¡Por sí solo, el vidrio labrado ya vale una fortuna! Es de Lalique. Por añadidura, podrán ustedes decir que estuvieron allí. Iremos personalmente a entregárselos a su domicilio.

Paul Poiret había desaparecido sentado en su taburete. Solo su cabello raso sobresalía de las mesas atestadas de alambiques y elixires.

Al cabo de unos minutos, despeinada, con las mejillas enrojecidas y los ojos negros, Oriane salió del salón Héra para volver al desfile lo antes posible. Un recadito, le susurró a Manon cuando llegó a su altura.

Pero Manon no se tragó aquello. Conocía demasiado bien esa mirada opaca, esas manchas rojas esparcidas por su cuello y sus hombros, esa perla de sudor

en el canalillo, apenas visible.

Oriane tenía los andares tambaleantes de la reina que, tras pasar largos meses lamentándose de su cinturón de castidad, conoce de nuevo por una noche el ardor de su caballero.

Al instante, Dimia emergió del salón Héra y aprisa cogió el camino de la salida sin lanzar una mirada a Oriane, que lo entrevió de lejos empujando la gran puerta de la *boutique* mientras sacaba de su faltriquera el reloj de bolsillo.

El muy imbécil. No solo había hecho una tontería, sino que se había olvidado por completo de su cita con la policía.

Las diez y media. Justo a tiempo.

Ya se había ido la última clienta. El suelo estaba cubierto de medias agujereadas, de zapatos desaparejados, de sombreros abollados. La batalla había sido dura. La señora Poiret contaba las monedas y los billetes. Habían ganado en un día la suma de tres meses. Y aquello no era más que el comienzo.

Entre la masa informe de clientas, había reparado en unas mujeres menos elegantes que las demás que se habían cuidado de no comprar nada. ¿Periodistas?, ¿soplonas contratadas por la policía?, ¿bolcheviques? ¿Volverían? ¡Qué más le daba! Por más que pusieran la *boutique* patas arriba y la espieran todo cuanto quisieran, aquello no les permitiría hacer ningún avance. La casa Poiret había logrado su objetivo: se había vendido todo, las prendas más pesadas, las más pasadas de moda y las más caras.

Ella se había encargado de triplicar el precio de todo.

En un salón contiguo, con los pies ensangrentados, sudando la gota gorda bajo sus abrigos, Oriane y Manon por fin se sentaron, exhaustas, muertas, con agujetas.

Felices.

—Entonces, ¿qué tal el recadito ese? —le preguntó Manon a Oriane con una sonrisa burlona en los labios.

Oriane se masajeó los pies sin responder.

Había sido... No era el momento de hacer confidencias. Ni ahora ni nunca.

—Vayamos a hablar con él.

Se dirigieron al taller de perfumes y se acercaron lentamente al cuerpo postrado.

—¿Señor?

—¿Señor Poiret?

El Rey de la Moda no se inmutó. Cruzaron una mirada inquieta.

—¿Paul, se encuentra bien?

Aquel hombre que estaba de espaldas y desaparecía sentado en su taburete parecía haber perdido el sentido. La nuca que sobresalía del cuello immaculado estaba gris; el brazo, flácido. ¡Dios mío! Se aproximaron a la silueta informe. Manon le puso la mano en un hombro.

—Señor Poiret, ¿está usted satisfecho con nuestro trabajo?

Este se giró levemente, adormilado como un oso al que estuvieran sacando a la fuerza de su hibernación. Un débil fulgor brilló en el fondo de sus ojos. Les hizo una señal para que se acercaran.

—Por supuesto, por supuesto. Vuestro salario. No os habéis olvidado, ¿eh?

Se levantó a duras penas y caminó hacia una pequeña consola de olmo lacado de Shanxi de la que sacó dos estuches de terciopelo negro.

—No dudo que habréis hecho un trabajo sublime, como siempre.

Las dos jóvenes se miraron sin atreverse a abrir las cajas atadas con un lazo de seda.

A continuación, Manon se decidió.

Las dos rompieron a reír. Poiret se había confundido y le había dado el rubí a la pelirroja y la esmeralda a la rubia. Se intercambiaron los estuches y se dieron media vuelta riéndose.

Al pasar, Poiret rozó con un dedo el tatuaje de Oriane, como para conjurar su suerte. Con la caricia, ella se dio la vuelta y le lanzó un beso al aire.

Cuando se hubieron ido sus musas, Paul distinguió un cubo de retales y, tambaleante, se acercó para vomitar en él toda su pena.

Dimia se alzó el cuello de su abrigo de *tweed* y se sumergió en la vocinglera muchedumbre arremolinada frente a la comisaría. Unas voces aguardentosas se elevaban de la masa morena y negra. A un lado, había aparcadas unas carretillas y unas bicicletas. Un cochero hacía piafar a su caballo que, con las narices temblorosas, rascaba el suelo con impaciencia. Un grueso brazo manchado de sangre enarbolaba una pancarta que decía: «¡Abajo la gentuza!». Dimia consultó su reloj. Las once. Había llegado puntual. Dos agentes con cara de pocos amigos protegían la puerta. Él desarrugó la citación, y aquellos le hicieron señal de que entrara.

La comisaría, extrañamente fría y silenciosa, olía a café rancio y a papel mojado. Unos agentes iban y venían con paso pronto y nervioso. Un chupatintas con gafas inmerso en sus registros le indicó un banco con un gesto. Dimia se sentó y puso ambas manos sobre la empuñadura de cristal soplado de su bastón. Le gustaba el contacto tranquilizador de esa bola de cristal ligeramente achatada por los polos. Estaba confiado: la comisaría del distrito XVIII era una de las mejores de Francia. Pronto se haría justicia.

Un agente asomó la cabeza por el vano de la puerta del despacho de Champlain.

—¡Comisario, ha llegado Ostrov! Le está esperando en la entrada.

—Hágale esperar unos minutos —dijo Champlain con una voz hosca—. Tenemos todo el tiempo del mundo. A los sospechosos siempre hay que hacerlos esperar. Bertholet, recapitule la investigación.

Informe en mano, Bertholet se instaló frente a él. El comisario entrecerró los ojos.

—La pista de los feriantes no ha aportado nada. Muchos de ellos habían sido contratados para esa noche y pagados al contado. Desaparecieron del mapa desde por la mañana. En lo que concierne a los interrogatorios, casi hemos terminado. Slavski no estaba en la fiesta y pasó la noche con su esposa, Juliette. Esta ha testificado. Poiret hizo de las suyas toda la noche y tiene un montón de testigos. Los empleados estuvieron afanados trabajando toda la noche. Por el momento, la única que no tiene coartada es Denise Poiret. Se acostó pronto, según dice, con un tremendo dolor de cabeza y se tomó un veronal para dormir. Se despertó en el momento del descubrimiento del cuerpo.

El comisario hizo un movimiento de impaciencia.

—Ya le dije que fuera despacio con los Poiret. No se olvide de que estos cuentos de las coartadas tienen un interés limitado. La cosa se hizo en tres minutos. ¿Y el cuerpo? ¿Ha tenido tiempo de pasar por la morgue?

—Sí, las marcas de estrangulamiento son muy visibles en el cuello. Hubo pelea, eso es seguro. Al parecer, la condesa se golpeó la cabeza mientras forcejeaba. El médico ha observado unas contusiones en el cráneo que podrían explicarse por la presencia de un radiador al lado de la víctima. Asimismo, ha señalado que el aliento de la condesa olía fuertemente a alcohol.

—Es probable que estuviera completamente ebria en el momento del crimen.

—¡Algo más que eso incluso! Recuerde que encontramos una aguja labrada para el opio no lejos del cuerpo la mañana del crimen. Sin duda era suya.

—¡El opio, siempre el opio! —suspiró Champlain con semblante contrito—. ¿No irá usted a creerse todos esos cuentos? Lo que yo veo es que la condesa estaba fuera de combate antes incluso de que el crimen tuviera lugar. Luchó en vano, se golpeó con el radiador y murió estrangulada o se asfixió con la lengua. ¡Está claro, Bertholet!

Sin responder, Bertholet permaneció con los brazos cruzados encima del dossier. El comisario puso su mano a modo de altavoz y gritó:

—¡Crassille, haga pasar al sospechoso!

Un agente aporreó la espalda de Dimia y lo condujo hasta el despacho, que se hallaba al fondo de un pasillo estrecho.

—¡Señor secretario, lo estábamos esperando! ¡Siéntese!

Dimia reconoció la voz del comisario que había descubierto el cuerpo. Este apoyó la barbilla en sus manos juntas.

—Bueno, ¿entonces qué, amigo?

—¿Sí?

—Es alentador, ¿verdad?

Dimia vio de pronto un par de esposas encima de la mesa en mitad de un montón de papeles. Un joven delgado apareció en el umbral de una puerta contigua: el inspector Bertholet. Lo reconoció.

—¡Redondeando, quince millones de francos!

—Un verdadero golpe maestro para alguien de su edad, ¿verdad?

Los polis prorrumpieron en risas. El comisario acarició las esposas que había frente a él.

¿De qué golpe maestro hablaban? ¿Y qué relación tenía con el asesinato de Svetlana?

Dimia inquirió a los dos policías con la mirada. Estos cesaron su risa y se miraron fijamente.

—¡No! —soltó el comisario—. ¡No intente hacerme creer que no estaba usted al corriente!

Bertholet se acercó a su superior y bajó la voz, ingeniándose para que Dimia lo oyera:

—O bien ella no le había dicho nada, o bien es un actor extraordinario.

Champlain cruzó los dedos encima de la mesa.

—Pues bien, nos toca anunciarle la excelente noticia. Es usted el exclusivo y único heredero de la condesa. —Golpeó su escritorio con la palma de la mano mientras decía—: ¡Qué bien le ha salido la jugada!

Los dos policías estallaron de risa.

—Quince millones de francos contantes y sonantes para usted, una sustancial suma para que Poirot pueda desarrollar su taller de perfume, unas migajas para

su gobernanta y ¡ni un solo céntimo para su hijo! Sorprendente, ¿verdad?

Ambos se pusieron serios. El comisario cogió las esposas y las agitó en las narices de Dimia.

—¡Dimitri Ostrov, es usted el sospechoso número uno!

Dimia no rechistó. Sus ojos brillaban.

—¿Cómo pueden siquiera imaginar un solo instante que haya podido tocarle un pelo a la señora condesa?

—¡Se rumorea que no era solamente el pelo lo que usted le tocaba! —soltó el comisario—. Pero basta ya de bromas. ¿Confiesa usted su crimen?

—La confesión basta para declararse culpable, está en la Constitución —añadió Bertholet con tono sentencioso.

—Pero ¡están ustedes locos! ¡No pienso confesar nada de nada!

—Entonces, tendrá usted una coartada, ¿no es así?

—Pasé la velada con una joven —respondió Dimia con voz firme—. Una de las modelos de Poiret.

—¿Y cómo se llama la señorita?

—Bueno..., no lo sé. Me dijeron que se trataba o de Oriane o de Manon.

—¿Pasó usted la noche con una mujer cuyo nombre desconocía? ¡Y pretenderá que creamos esa coartada, ¿no?

Los dos policías se echaron a reír. Dimia se sonrojó.

—Hemos procedido asimismo a un detenido análisis médico —continuó el comisario aspirando su puro—. La historia del estrangulamiento con un collar no se sostiene, evidentemente. No cabe duda de que la condesa ingirió una gran cantidad de alcohol... ¿Le suena? Su ama le daba a la bebida, ¿verdad? Con la condesa borracha era más fácil solucionar su asunto. Así no chillaría... Y, además, ella lo conocía, incluso tenía una pequeña, ¿qué digo yo?, ¡una gran debilidad por usted!... Pudo hacer como si la abrazara, por ejemplo, y, en el último momento, ¡zas!

—¡Cállese de una vez!

Dimia se levantó, fuera de sí.

Bertholet le señaló con un gesto las esposas.

—Insulto a un agente. ¿Cuántos le caerán, jefe?

Dimia volvió a sentarse. ¡Menudos payasos!

—Hemos sabido también que la condesa acababa de regalarle un precioso piso con vistas a los Campos Elíseos. ¿Cómo justifica usted este gesto cuando menos... generoso?

—La condesa me había despedido. Era una forma de agradecimiento.

—¿Le regala una casa por despedirlo? ¡Esa sí que es buena!

Champlain se levantó pesadamente de su sillón. Todo estaba dicho.

—Le prohibimos salir de su distrito. Le avisaremos cuando haya alguna novedad. El procedimiento sucesorio está en suspenso por el momento, como es natural. Puede usted marcharse.

Mientras se iba, Dimia vio a las claras, de manera manifiesta, sobre el escritorio del comisario, un ejemplar de *L'Action Française* sobresaliendo de un decreto.

Si algo tenía que hacer era no ceder al pánico. Había entrado en la comisaría pobre y libre como el aire, y salía de allí casi rico a un palmo de ser guillotinado.

—Entonces, ¿qué piensa usted, Bertholet? ¿Tenemos a nuestro culpable?

—Probablemente, no —suspiró el ayudante—. Parece un hombre de espíritu débil, sensible y leal. Un romántico del siglo pasado y que parecía sincero defendiendo a su ama, un seductor. Un chico guapo no mata. Y eso explicaría por qué pasó la noche con una desconocida. Su historia se sostiene.

—¡Pamplinas! He conocido a actores sin par durante mi carrera, sobre todo entre los degenerados e invertidos. Y no olvidemos que es judío. Los judíos son arteros y solo piensan en el dinero.

Bertholet se retorció en su silla, incómodo.

—Móvil: herencia; ausencia de coartada, todo concuerda —prosiguió Champlain—. Y, por si fuera poco, nos acaba de anunciar que la Slavskaya le había comunicado su despido. De ahí el móvil: furioso contra la condesa que lo echa, su secretario decide cargársela para quedarse con la herencia.

—No nos lo habría dicho si ese fuera el móvil del crimen. Y, además, tenía pinta de ser el primer sorprendido al heredar. No creo que ella lo hubiera

puesto al corriente.

Champlain miró a su ayudante con desdén.

—Para ser franco, Bertholet, esta historia de la princesa rusa asesinada con su disfraz de Scaramouche no me interesa en absoluto. En cinco días, tendrá lugar la cita con el notario para la adjudicación de la herencia. Si le apetece, meta las narices ahí y busque a un culpable plausible. Si no, ya lo hemos encontrado, y se llama Dimitri Moiséyevich Ostrov. Le doy cuatro días. ¡Tampoco es cosa de dejar que este judío se haga millonario!

El comisario apagó su puro en un cenicero y salió refunfuñando.

Pensativo, Bertholet se acarició la perilla. Cuatro días. Eran pocos. Pero también significaba la oportunidad de su vida. En cuatro días podían suceder muchas cosas.

¡Y uno, y dos, y tres, *pli-é, pli-é, pli-é!* Las ratitas²¹ se afanan en sus ejercicios acompasadamente. *Ratita* es un nombre que a estas bailarinas se les ajusta como un guante: una *ratita* no puede vivir sin sus congéneres, no tiene una identidad propia, no hace sino pasar, ir y venir, se queda entre bastidores la mayor parte de su existencia, hace apariciones furtivas marcadas por los bastonazos.

Es como si ella ya no estuviera allí, como si su cuerpo anquilosado por el frío y el cansancio y sus pies ensangrentados en un calzado demasiado pequeño ya no respondieran más que a los gritos de la profesora sentada en la sala para el ensayo general, en la tercera fila.

Oriane ve delante de ella la nuca de esa pájara de Méline.

Se ajustan las sombras, los colores, el decorado. Unos técnicos se aceleran sin consideración por las bailarinas.

Se han puesto los trajes, las plumas en la cabeza, las flores. La pianista toca, rígida como una estaca. Unos pétalos rojos caen al suelo, pisoteados enseguida por cientos de puntas. Esperan a la Pachkova, que llegará más tarde, para su *pas de deux*. Esta no ensaya con el común de los mortales, solo se digna a aparecer para un número en solitario y pasa el resto del tiempo en su camerino estirando delante de un espejo durante horas.

Se dice que cobra caro a algunos de sus admiradores, que le dan dinero por el privilegio de sentarse en su camerino sobre un puf de pelo de cabra y deleitarse con el espectáculo de sus contorsiones. Algunas posiciones valen incluso más que otras.

Es un poco mejor que ser bailarina del vientre para Poiret.

La nuca de Méline tiembla a merced de los pasos de la danza, justo delante

de ella, escondiéndola casi por completo del público. Una bailarina supernumeraria: eso es lo que es ella. El último nivel del cuerpo de baile. Y, sin embargo, a pesar de las continuas vejaciones y de su exiguo salario, que no representa ni una décima parte de los generosos regalos de Poiret, ella lo necesita, necesita todo esto: a la Pachkova, las luces de la rampa, los calambres de los ensayos en salas mal acondicionadas, los aplausos ensordecedores de los espectadores que le llueven súbitamente en la espalda como una paliza, e incluso saber que unos hombres pagan una fortuna para ver a una *vedette* haciendo arabescos delante de ellos.

Tratar, varias veces por semana, con las estrellas, los camerinos atestados, el brillo transparente del monumental lustre que baña a la multitud.

Gracias a la danza, ella sabe lo que quiere.

Dicen que, diez años atrás, el cristal de ocho toneladas se cayó encima del público y causó decenas de heridos. Falleció una mujer.

El mismo lugar donde se halla Madame.

Ella nunca será bailarina principal, claro está. Pero esta escuela de danza habrá sido una buena escuela.

La escuela de la vida.

El grito de Madame penetra en el gélido aire de la sala vacía.

—¡Y uno, y dos, y... que no, que no! ¡Os he dicho un semicírculo! ¡Esto no es una reunión de catavinos! ¡El presidente del Consejo asistirá a la representación el sábado! ¡No somos un teatrillo de provincias! ¡Somos la Ópera, el corazón de la danza clásica del mundo entero! —Da un bastonazo en el suelo—. ¡Sois cisnes, no corderos! ¡Sylviane, estás demasiado erguida! ¡Mélaine, tres pasos a un lado, por favor, estás restando efecto! ¡Oriane, sonríe, cualquiera diría que estás yendo al cementerio! Esto no es el infierno, ¿a que no?

Oriane mueve los brazos y las manos mecánicamente, se pone de puntillas, gira y piruetea, salta y centellea. Sigue los moños que revolotean delante de ella, y uno, y dos, y tres, mira hacia delante, gira y vira, y la cabeza ya ha dominado el cuerpo, ha llegado delante, y *pointe*, y *tendu*, y *pointe*, y *tendu*...²²

La voz de la Lagneux interrumpe al piano.

—Señoras, diez minutos de descanso. ¡Ni uno más!

Todas las bailarinas cesan sus piruetas y se entretienen un poco por todas partes. Algunas se sientan directamente en el suelo, exhaustas; otras se dispersan por los bastidores. Hace dos horas que bailan sin interrupción. La vieja pianista cojea hasta ellos y levanta las pesadas cortinas de terciopelo rojo, desapareciendo acto seguido por detrás en un haz de polvo. Oriane se sienta en el borde del escenario, con los pies colgando en el foso de la orquesta, y se quita las puntas, que le hacen un daño terrible. Una enésima ampolla que no se cura. Menos mal que, el otro día, en casa de Poiret, pudo estar descalza toda la noche. Él se lo había pedido. Eso añadirá exotismo, le había dicho riéndose.

El bueno de Paul. Imposible decirle que no.

Ella se lo debe todo.

Incluso haber conocido, aunque demasiado tarde, al hombre de su vida.

Quita la bola de algodón cubierta de sangre sepultada al fondo de su zapatilla, la arroja al foso de la orquesta negro y vacío, y se masajea los pies liberados por fin. Deditos, no os alegréis demasiado rápido. La prisión volverá muy pronto.

Siente una presencia inesperada junto a ella: Méline.

Oriane contempla absorta su ampolla en carne viva, que acaba de estallar. La membrana desgarrada está pegada a la herida, y ella la araña con una uña. Méline aparece en su campo de visión, inclinada sobre ella.

—¡Oriane, no hemos charlado desde que estuviste en casa de los Poiret! ¿Qué tal fue? Parece que una condesa rusa fue asesinada... ¡Todos los periódicos hablan de ello! ¿La conocías? ¿Crees que fue un invitado quien la mató? ¡Qué emocionante!

Méline acude a las noticias, pececillo atraído por la lombriz podrida del pescador.

Oriane estira los elásticos de las zapatillas y hace unos preciosos nudos en forma de mariposa que desliza por debajo de la tela para que no sobresalgan. Hay que estar perfecta hasta en los más pequeños detalles, dice siempre Madame. ¿Por qué Méline la perseguía así? ¡Está hablando alto a propósito para que su voz se alce formando eco en la gran sala y que todo el mundo la

oiga!

Oriane se ata las zapatillas y Mélaïne comienza a hablarle de su apuesto marinero, que no se decide a pedirla en matrimonio. Los dedos de Oriane se crispan sobre los lazos. Levanta la cabeza hacia su interlocutora y le sonríe.

—Mélaïne, ¿me ayudas a levantarme? ¡Me duele tanto!

Esta le tiende la mano a Oriane, que se incorpora tan bruscamente que Mélaïne pierde el equilibrio y cae al foso.

—¡Mélaïne, Dios mío! ¿Te has hecho daño?

Oriane se asoma al foso sumido en la oscuridad.

Silencio.

—¡Mélaïne, no te muevas un ápice! ¡Vamos a ir a buscarte! ¡Socorro, hay una herida!

Oriane tensa el cuello. En la sombra, ve una silueta alargada en el suelo, rodeada de atriles volcados. Una carrera. Todas las bailarinas se asoman ahora al foso como ocas curiosas. Algunas han cogido las escaleras de los bastidores para llegar al foso, y al instante se forma una aglomeración alrededor del cuerpo. Se oyen jadeos, y Mélaïne sale cojeando, sostenida a hombros por dos maquinistas.

Al pasar por delante de Oriane, le lanza a esta una mirada asesina.

Pobre Mélaïne.

Las ocas se dispersan y la señora Lagneux vuelve con un bolsito de tela del que saca unas gruesas pepitas amarillas que lanza sobre el escenario como si estuviera dando de comer a las gallinas.

—Esta es la nueva resina, señoras, ¡dense prisa en extenderla! Y no olviden ningún rincón, ¡no vaya a ser que la Pachkova se resbale en el momento de sus *grands jetés*²³!

Oriane las aplasta con la punta de sus zapatillas mientras sueña despierta, en mitad de un crujido de caracoles triturados por un pie vengador. ¡Pobre Mélaïne, qué mala pata! Deberá aguardar al menos dos meses antes de poder volver a bailar. Una pierna rota, seguramente.

Todos los trozos están casi machacados, y solo queda uno, el más gordo, que reina en mitad del escenario como un meteorito.

—¡Oriane! ¡Oriaaaaane! —grita la Lagneux.

—¿Sí, señora?

—Sustituirás a Mélaine durante su ausencia. Todos los días menos los lunes y los martes, ¿entendido?

—Entendido, señora.

Sonriente, Oriane piruetea sobre sus pies ensangrentados y, con un crujido óseo, reduce a polvo la pepita dorada que destaca en mitad del escenario.

Para que veas, querer es poder.

21 En el original, *petis rats*, apodo que recibían las alumnas principiantes de danza clásica y que, a menudo, hacían de meras comparsas en el cuerpo de baile en la ópera parisina.

22 *Tendu*: en el *ballet* clásico, extensión al máximo de una pierna. *Pointe*: movimiento que se hace sobre las puntas de danza clásica. El *pointe tendu* se refiere a la posición en que la bailarina se sostiene sobre un solo pie, mientras que el otro solo lo apoya con las puntas, manteniendo el talón en el aire.

23 Gran salto de una pierna a otra.

Dimia, con la mirada sombría, regresaba a paso rápido del teatro Robert-Houdin, donde había pasado la tarde. Esa misma mañana, había salido con las manos vacías de la *boutique*: había errado el tiro, seguía sin coartada para la noche de la fiesta. Las mujeres de la recepción no habían querido decirle dónde vivía ella, le habían sugerido que le dejara una nota. Había tenido que describirla desafiando las risas disimuladas de aquellas mujeres con el fin de enterarse de su nombre. Se llamaba Oriane.

Su nombre era la última palabra que había dicho la condesa la noche de la fiesta.

El teatro no había conseguido distraerlo, al contrario de como había previsto. Sin embargo, solía disfrutar de aquellos momentos mágicos del cinematógrafo, sentado en la oscuridad en medio de perfectos desconocidos, complaciéndose con unas imágenes extraordinarias que bailaban en la pantalla al son del piano o de una orquesta. Pero hoy la magia de Méliès no había funcionado. *La sirena* era un amasijo de bobadas. La película contaba la historia de un hombre que pescaba un pez en un sombrero para acabar sacando de este unas liebres que enseguida daban paso a una sirena a la que se unían varias mujeres. Se parecía demasiado a la historia de su vida: una serie de trampas y fingimientos que, al final, eran la nada.

Una liebre en un sombrero.

Estaba sentado en el banquillo de los acusados.

Su amor de una noche se le escapaba.

Y la condesa estaba muerta y pronto enterrada.

El tiempo apremiaba. Esos dos charlatanes de policías no le decían nada de valor. Con todos esos casos de inseguridad y de crímenes pasionales, la

fiscalía estaba desbordada, los errores judiciales eran legión y el odio a los judíos, más fuerte que nunca, incluso en la administración del Estado. Encima del escritorio del comisario, había reconocido perfectamente un número de *L'Action Française*. El lema: «Todo lo que es nacional es nuestro». Traducción: abajo los alemanes, los judíos y todo aquel que, de cerca o de lejos, se parezca a un extranjero. Las finanzas del periódico no pasaban por sus mejores momentos y la redacción acusaba «al oro judío» de ser el culpable. ¿En qué se había convertido la Francia de las luces y la tolerancia, la de Voltaire y Zola, esa de la que él se había enamorado siendo muy joven? No había más que echar un vistazo al caso Dreyfus. Doce años para declarar una sentencia firme que no se proclamó hasta 1906, un año después de su llegada. Hacía de eso seis años. Como si dijéramos ayer.

Tendría que hacer las indagaciones oportunas por su cuenta. Olvidar su tristeza, ponerla a un lado. Y luego, dejarse de tonterías y no volver a pensar en Oriane. Fue directamente a su alcoba sin saludar a Astrid. Lo más simple era empezar por el principio: encontrar la pista del enamorado de Svetlana que le había enviado la gargantilla. Procedería a un registro de la casa como es debido.

Llamaron a la puerta. Astrid entró sin decir palabra y le tendió una carta ribeteada de negro y oro sobre una bandeja de plata.

—Si me necesita el señor, no dude en llamarme —dijo ella con el gesto fruncido y dándose media vuelta.

Dimia abrió el sobre. Una esquila anidada en el escudo de armas de la condesa.

*La condesa Svetlana de Slavskaya se conduele
por hacerle partícipe de su propia muerte
y lo invita a su entierro
el 4 de abril a las 10:30 h en el cementerio de Vallonaise.
La recepción tendrá lugar en el castillo de Larceny.
Ni flores ni coronas.
Firmado: Svetlana Ekatarina, condesa de Slavskaya.
Descanse en paz mi alma*

1869-1912

Dimia estalló de risa. Era la primera vez que reía desde la muerte de su condesa. ¡Se había atrevido a hacerlo! Era algo que, con cara de santurrón, ella ya le había mencionado seis meses atrás:

—Dimia, ¿y si organizara mi propio entierro? Yo misma firmaría mi esquela. De mi puño y letra. ¿Te imaginas la cara de mis invitados? Y, para fastidiarlos un poco más, ¡buscaré el cementerio más fangoso de toda la región!

Y se había reído por lo bajo de placer.

—Condesa, ¿cómo lo hará para la fecha y la hora? ¡No vaya a decirme que las tendrá previstas!

—Mi notario se ocupará de eso. Lo organizaré todo de antemano: el sacerdote ortodoxo, la lápida de mármol, el catafalco, los bullones de satén del ataúd, ¡quiero muchísimos bullones, que se ahuequen, que vuelen!

En ese parloteo inconsecuente, él no había visto sino un capricho más.

Tendría, sin embargo, que haber estado acostumbrado.

La condesa jamás tenía caprichos.

Solo deseos.

Y siempre los realizaba.

Dimia dejó la esquela. No debía dejarse distraer. ¿Por dónde comenzaría sus indagaciones? Fue al camarín de la condesa y barrió la estancia con la mirada. La cama para el opio, el tocador, el sillón, la poltrona, la chimenea, las botellas de alcohol. Apuntó al tocador con espejo, taraceado con madera de rosal y palisandro, con los pies rematados por juncos tan finos que daban la impresión de estar hundiéndose en el suelo, una pequeña joya labrada para siempre asociada a la perla de sus días. Se sentó al tocador.

Su corazón.

Tocó el plumero de un pincel, una caricia arenosa de maquillaje, cogió la borla, la impregnó en la nube de polvo y se dio unos toques con ella en la nariz. Olía tan bien. Oriane también olía bien, a una mezcla a miel, rosas, fresa, cenizas y viento de las estepas, y, en segundo plano, el embriagador olor de la semilla de la sarapia. Los Urales, Grecia, Manchuria, todo menos París y su miseria gris y azul.

Algo le vino a la memoria. La condesa había encargado hacer un compartimento secreto en su tocador para esconder las cartas de sus amantes, según le había dicho un día entre broma y broma. ¡Ay, si supieras, Didi! ¡Esas cartas podrían desatar una guerra!

Abrió un cajón revestido con tafetán malva, acarició el tejido que acogía su mano y con ella tocó la marquetería fina. No sintió nada, de modo que continuó con la punta de los dedos su lento trabajo de culebra, y por fin descubrió una minúscula junta que giró. Un compartimento recubierto de seda salvaje recorría toda la longitud del tocador albergando un estuche de terciopelo. Lo abrió con precaución. Una etiqueta con un sello violáceo se posaba sobre un lecho de seda.

HERMANOS ELIAS-GAMBERG, JOYEROS,
32 de Rue de la Grange-aux-Dîmes.

¡El estuche del collar! Llegaría hasta ese amante que ella jamás había querido presentarle, ese amante desconocido que, al regalarle a Svetlana aquel collar de diamantes asesino, había sellado para siempre su destino. En el hueco de la seda, la silueta del collar, odalisca lánguida que había partido dejando tras de sí una huella fantasma. Su mirada se detuvo de repente en una esquina blanca que sobresalía de aquello que parecía ser un bolsillo interior. Tiró de ella. Era una hoja, plegada en cuatro.

*Para mi princesa Zobeida,
en recuerdo de nuestras mil y una noches.
Quedo suyo afectísimo y seguro servidor.*

A continuación, venía la firma, ilegible, una avalancha de tinta china azul noche sobre la página blanca, alzando el vuelo como una hermosa pluma, inclinada hacia la derecha, extrañamente familiar.

Extrañamente familiar.

Dimia sacó su monóculo y examinó largamente el garabato.

Acto seguido, fue a buscar una de las invitaciones que Svetlana había

guardado con mucho cuidado en su cajón para burlarse de su hijo.

La puso al lado de la hoja.

Sí, eso era.

La firma pertenecía a Paul Poiret.

Dimia retrocedió. ¿Paul Poiret, amante de la condesa? Luego los rumores que corrían eran ciertos.

En ese instante, el picaporte giró e Ígor Slavski entró, resplandeciente, con un bastón de marfil labrado en la mano. Dimia metió la hoja en su bolsillo y dejó el estuche encima del tocador. Era inútil implicar al hijo en todo aquello. Slavski estaba evaluando, con expresión burlona, a ese joven con la nariz empolvada que caminaba hacia él mostrando un semblante grave.

—Mis sinceras condolencias, Ígor, por la adversidad que acaba de sufrir.

—Vamos —le contestó el otro con calma, como si desairara a un perro vagabundo—. Le concedo veinte minutos para que coja sus cosas y desaparezca.

Dimia se puso tenso.

—¿Irme? Pero... ¡si vivo aquí! ¡Desde hace siete años!

Slavski enrojeció hasta la raíz de su pelo y se acercó a él, bastón en mano.

—Pues bien, ya lleva usted aquí siete años de más.

Dimia se rio, desconcertado.

—Yo... Ígor..., siempre hemos tenido una buena relación... Nada más lejos de mi intención que sustituirlo... Pero bueno..., comprenda usted que estoy en mi casa...

Slavski sacó una afilada espada del interior de su bastón. Dimia se sobresaltó.

—¿Ves esta espada, lacayo? ¿Sabes para qué sirvió la semana pasada? Para decapitar a un jabato que tuvo la mala idea de ponerse en mi camino y para reventarle los ojos. ¡Así!

E hizo ademán de clavar la espada en los ojos de Dimia, que retrocedió lo justo.

—¡Está usted loco!

Ígor se acercó a Dimia sonriendo, espada en mano.

Dimia ya no se movía.

—Si estuviéramos en Rusia, te degollaría en el acto y nadie podría decir nada en contra.

Con un gesto brusco, Ígor rozó la mejilla de Dimia con la espada, raspándole la piel. Dimia se llevó la mano a la herida y profirió un grito. Estaba sangrando. Ígor lo asió de la corbata y lo empujó violentamente contra la pared. Un aplique eléctrico se desprendió y quedó colgando, pendiente de un cable.

—Si estuviéramos en Rusia —le murmuró al oído—, te reventaría.

Por la mejilla de Dimia caían lágrimas de sangre.

—Preparaste muy bien tu jugada —le dijo mientras apretaba—. Desde que te vi en el tren, sabía que ibas detrás de su dinero. Eres un perro, un perro de la peor calaña.

A lo lejos, comenzó a oírse el pesado y lento caminar de Astrid.

Slavski seguía apretando y bajando aún más la voz.

—¿Desde cuándo los asesinos se llevan las herencias? ¿Qué harías con ella, con todo ese dinero? ¿Se lo darías a tus amigotes revolucionarios? ¿A la judería internacional?

Relajó ligeramente su cerco y contempló a Dimia. Su mejilla estaba manchada de sangre. Le pasó el dedo por la herida.

—Hay que reconocer que mi madre tenía buen gusto. Estoy dudando.

Pasó su dedo ensangrentado por los labios de Dimia, que se tiñeron de rojo. Estos estaban ahora a unos milímetros de los suyos. Dimia permanecía inmóvil, aterrorizado.

—Esta boca... tiene un aspecto tan dulce..., tan... femenino...

Continuó manchando de rojo los labios de Dimia.

—Y estos rizos...

Enrolló un rizo alrededor de su dedo índice manchado y lo contempló, pensativo.

—Una pequeña maravilla... Quizá tú y yo nos hayamos perdido algo. Una amistad... profunda...

Soltó a Dimia y colocó su bastón espada en su vaina, profiriendo con voz

cantarina:

—¡Astrid, Astrid!

Esta entró en la habitación y soltó un grito al ver la cuchillada de Dimia, su boca pintarrajeada de sangre, el aplique colgando de la pared.

—Señores, ¿qué significa...?

Slavski se giró hacia la gobernanta.

—Astrid, acompañe a la señorita. El horario de visitas ha concluido.

Dimia prefirió marcharse sin dilación. Había tenido el tiempo justo para deslizar en su bolsillo el estuche de terciopelo.

Ígor Slavski, con su fusil en bandolera y un cuchillo en el bolsillo, conducía a toda velocidad por la carretera que conducía al bosque de Fausses-Reposes, pisando al máximo el acelerador de su motocicleta. Cincuenta, sesenta, setenta kilómetros por hora. Un conejo saltó justo debajo de sus ruedas. Aceleró maldiciendo al animal. La Harley iba dando bandazos con los baches del camino campestre, bajo la mirada solazada de los madrugadores campesinos que pastaban el ganado en los prados. En la cabeza, un único lema: «Una mente sana en un cuerpo sano». No era el momento de esperar a la próxima montería. Ígor tenía que ir enseguida a respirar aire puro al bosque so pena de hacer una tontería.

Una enorme tontería.

Aquello no era Rusia.

Aquello era Francia.

Un país donde se acogía a los judíos con los brazos abiertos.

Donde se absolvía a los oficiales judíos culpables de traición contra el Estado.

Asquerosos socialistas.

El interrogatorio de los policías estaba todavía muy fresco en su memoria. Lo que en este se dijo resonaba, en bucle, en sus oídos como una musiquilla: «Sabrá usted que el secretario de la señora condesa, su madre, el bueno de Dimitri Ostrov, es su principal heredero. ¡Eso no se lo había dicho ella!, ¿eh?».

Y por encima de los petardazos de todas las motos del mundo, en el ensordecedor estrépito de su insondable cólera flotaba ese pequeño «¿eh?» procedente de la boca del comisario, con todo su sarcasmo, un detalle que casi

no valía la pena mencionar.

Casi.

Todavía sentía la mirada socarrona de aquellos dos estúpidos policías en su nuca cuando salía de su despacho, y esa mirada proclamaba algo a voz en grito: desheredado. Desheredado. Su madre lo había desheredado como a un vulgar bastardo. Para colmo, por un judío de su misma edad que ni siquiera valía lo que una sogá para ahorcarlo. Aceleró, arrasando las malas hierbas de los arcenes, haciendo saltar por los aires terrones de tierra que acabaron estrellándose contra las cunetas. Esos dos payasos no perdían nada por esperar. Él sabría cómo vengarse y pondría en marcha a pleno rendimiento la mecánica perfectamente engrasada del clan Lansquenet.

La máquina iba al máximo, haciendo esfuerzos sobrehumanos para no flaquear. Un Lansquenet aniquilado por un *mujik*. Tocó el claxon, espantando a los últimos animales que aún no habían huido mientras él se les aproximaba.

El desprecio: no había nada peor para Ígor de Lansquenet.

Ígor ha aparcado la moto en la linde del claro del bosque, a salvo de las miradas. Una brisilla provoca un temblor en las hojas nuevas que tratan de salir de las camisolas de sus brotes. Ha amanecido. Inspira aire profundamente. Son las siete de la mañana. El silencio es total, el silencio bienaventurado de la naturaleza inviolada. Y con los primeros rayos del sol, será testigo del morir de la carne feliz de estar viva.

Se adentra en el camino forestal, con el fusil de caza golpeándole la espalda a cada paso y sus grandes botas negras hundiéndose en el barro fértil de la incipiente primavera.

Ya está. Ya ha llegado. No se ha cruzado un alma, ni una ardilla ni un gorrión, nada más que una brisilla que sopla en la buena dirección, hacia el este. La alcándara que acaba de avistar será perfecta, un montículo de mayor altura, con vistas desde lo alto al estanque, oculto por unos árboles y orientado en el sentido del viento.

Los animales no lo sentirán: él es el lobo.

¡Por fin! Ya no podía más. Los ciervos y ciervas han acudido, también unas ratas almizcleras, pero es a unas jabalinas y a sus jabatos a los que él aguarda desde hace una hora. Llegan con retraso. Se ha topado con ellos varias veces, ha visto la madriguera excavada en la tierra por la jabalina, esa suerte de caldera que mantiene caliente a los pequeños sobre un lecho de hojas. Seis hermosos jabatos, ya grandes, recién destetados, trotan alrededor de su progenitora obstaculizando sus pasos. Falta uno, ese al que hizo chillar la semana anterior durante horas delectándose en el dolor de su madre, que estuvo dando vueltas a su alrededor hasta marearse y tambalearse, asistiendo, impotente, a la agonía de su cría.

Las naricillas planas olisquean el agua y todos se ponen a beber dando grandes soplidos. Ahora es agua; pasados unos minutos, un buen baño de barro.

Hoy será la madre. Habrá que apuntar bien. Duda entre los ojos y la garganta. Si apunta a la garganta, la muerte sobrevendrá de manera instantánea. La sangre brotará sobre sus crías, ensuciará su pelaje todavía moteado como el de los cervatillos. Si apunta a los ojos, la muerte será más lenta, más gozosa. La jabalina dará alaridos, su grito de agonía resonará por todas partes, dilatando el espacio del bosque, y sus crías se desperdigarán chillando, abandonándola a su triste suerte sin lanzarle una sola mirada. Esos estúpidos pequeños morirán unas semanas más tarde, puesto que ya no tendrán madre. Le sobrevivirá quizá uno, más fuerte que los demás, que se convertirá así en un adulto duro y frío, sin miedo de nada, sin apegos.

Como él.

La sangre brotará de los ojos, la jabalina cegada por el sufrimiento y el derrame agitará la cabeza en todas las direcciones, dará unos pasos incoherentes, caerá tal vez en el lago y se ahogará.

Esa guarra se lo tendrá bien merecido. Una madre está hecha para matarla. Y es toda la raza la que lo merece también. La manada: uno de los raros ejemplos de sociedad matriarcal del mundo animal en la que los viejos

jabalíes se quedan solos, en la que las hembras imponen su ley y los desplazamientos al grupo entero.

Eso es lo que veremos hoy.

Hay tiempo, mucho tiempo. Se puede hacer que el espectáculo dure. El sosiego será más profundo. La calma después de la tormenta.

Vamos entonces a por los ojos.

Ígor se coloca el fusil en la mejilla y dispara.

De regreso, Ígor, orgulloso de su hazaña, siente ganas de pasar por el burdel Les Délices du Montparnasse, una casa de tolerancia a la que acostumbra a ir. Pedirá a Junon, la hermosa Junon, que hace las mejores mamadas de toda la ciudad y que tiene una lista de espera de varias semanas.

Pagará el precio que haga falta.

En el momento en que se la chupa, él le acaricia los labios que se acaba de pintar con un corazón rojizo y se acuerda bruscamente de la consistencia blanda y untuosa de los de Dimia.

El goce lo coge por sorpresa, demasiado rápido.

Solo ocho días.

Aunque ayer el vendedor intentó regatear, al final había podido sacar una buena suma por esos dibujos raros y esas acuarelas, haciendo que este compitiera con ese otro mercader de la Place des Lices tan corrupto como él y que, asimismo, había «olvidado» preguntar por la procedencia de semejantes hallazgos. Lo importante era la belleza del arte, ¿verdad? Mire esas volutas, ese drapeado y ahí, en la esquina, abajo del todo, la firma, no hay lugar a dudas, ¡es auténtico!

Quedaba todavía la última pieza, la más hermosa, la que valía más, pero le era imposible decidirse. Un precio buenísimo, sin embargo, el del anticuario de la Rue des Trois-Moulins, que le había ofrecido una fabulosa cifra con la que le daría para vivir un año si se administraba con cuidado. El resto serviría para invertir en el futuro. Su cabeza era una tierra en barbecho tan fecunda en ideas que merecían nacer y ser realizadas...

Observo esta hermosa pieza y sueño... la acaricio... Al menos, el que la realizó debía de ser un artista sólido... Es terrible, pero... debo deshacerme de ella... No debo volver hacia el pasado... No debo volver, so pena de convertirme en estatua de sal...

Es preciso cortar con todo... cortar todos los lazos...

Esa noche era la inauguración oficial de los Parfums de Rosine, de los que Las Mil y Dos Noches había brindado una idea escandalosa al público selecto de la capital. Poiret no faltó a su cita con el barbero: salió del establecimiento

con el pelo lavado, peinado, lustrado, brillante, enfundado en un traje que le hacía la cintura más fina y le otorgaba un porte altivo. Se miró en el espejo. No cabía duda de que tenía un aspecto estupendo, a pesar de sus patillas entrecanas y de ese asomo de calvicie. Incluso aquel atisbo de barriguita era del gusto de las mujeres. Ellas apreciaban sus modales perfectos, su tez sonrosada de hombre bien alimentado, sus uñas lisas y suaves como las conchas, sus trajes, que realzaban cada centímetro de un cuerpo que ellas imaginaban estar hecho para el amor.

Y, además, estaba el genio: eso atraía.

Se estiró el chaleco. Esa noche daba un discurso sobre el futuro de la moda. Uno de los más importantes de su carrera. La consagración de ese imperio que había tardado tantos años en erigir.

En el fondo de su ser, la pequeña vorágine de su pena quedaría confinada en una jaula durante unas horas.

Dimia, sentado sobre una colcha apolillada, miraba los tonos descoloridos de la ventana, las *boiseries* desvaídas, la lámpara de petróleo inestable, la aureola de mugre de los cristales: se acabó el cuento de hadas, los humeantes hervidores que Astrid le llevaba en una bandeja de plata, los *magrets* de pato devorados con la condesa los domingos por la mañana a escondidas de los sirvientes, que se habían ido a misa, las escapadas monegascas a ritmo de campaña napoleónica, los parasoles de seda de Samarcanda, la primavera eterna.

Al llegar había dejado su maleta roja sobre la acera y había contemplado con disgusto la fachada negra y estrecha del Hôtel des Roches, construido en piedra de lava, esa pequeña maleta de cuero rojo que Astrid, magnánima, le había dado a hurtadillas de Ígor y que representaba todas sus posesiones.

Expulsado una vez más.

Y esta vez, de su casa.

De-su-ca-sa.

Aquello no cesaría nunca.

Dios mío, haz que no esté en un hotel meretricio.

Le había parecido que la criada que le había abierto la puerta lucía un arreglo esmerado, incluso apetitoso, con su mandil blanco immaculado y su dulce sonrisa, pero la vieja madrastrona que había detrás del mostrador de caoba le daba mala espina: fornida y seca, con un marido gotoso que, aunque no salía de su cuarto, vigilaba, le había dicho con gesto sospechoso que debía respetar las buenas costumbres de ese establecimiento de buena reputación en todo el barrio desde..., bueno, estimado señor, desde mucho tiempo atrás, eso es.

Dimia, lanzando una mirada suspicaz al pasillo privado de la señora Feuillade adornado con una cortina raída de terciopelo rojo, había comenzado su lento ascenso a los bajos fondos de su vida en la tercera planta de esa pensión de la Rue de Mièvre, detrás de unas enaguas violetas que se contoneaban, haciendo crujir uno a uno los escalones carcomidos.

Dimia abrió la ventana, encendió el quinqué y se dejó caer encima de una silla de paja. Había perdido todo cuanto poseía.

Su condesa, muerta.

El hijo de esta, un loco, una fruta podrida. Se pasó un dedo por la cicatriz que trazaba una línea en su rostro. Svetlana había tenido razón desde el principio. ¡Y pensar que no la había creído!

Oriane, ¡ay!, Oriane. Le hacía bien recordarla. Un amor a flor de piel y hasta los huesos, un amor fugaz del que uno se acuerda mucho tiempo después. Y ahora, un rincón de felicidad en el tempestuoso cielo de su vida. No tenía nada de lo que arrepentirse.

Y Poiret, amante de la condesa. Casi lo había olvidado. ¡Al menos eso era una buena noticia!

Pero ¿entonces?

Dimia se incorporó en la silla.

Pues entonces alguien tendría un buen móvil para matar a la perla de sus días.

Ígor caminaba de arriba abajo por el camarín de su madre, colocando y recolocando objetos menudos. «¡Estoy en mi casa!», había dicho Dimia. ¡El muy sinvergüenza! ¡Como si los judíos estuviesen en su casa en alguna parte! Le daba igual. Tenía los días contados. Si él mismo era sospechoso, Dimia debía serlo aún más. Solo tenía que encontrar la manera de enchironarlo antes de que pasara por la notaría. Quedaban exactamente cuatro días. El broche final, quince millones de francos.

Mientras tanto, tenía que devanarse los sesos. Miró el revoltijo a su alrededor. Su mirada se detuvo en el tocador de la condesa, cubierto de un batiburrillo de perfumes, plumas y joyas.

Y se le encendió la bombilla.

Cogió un collar de perlas y se sentó, sorprendido, mientras las desgranaba.

Entonces, ¿era eso? Un pequeño detalle. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Un pequeño detalle y Dimia iría derecho al patíbulo. Una cabeza menos en el mundo, una boca menos que alimentar en nuestra sociedad perdida, vaciada de su sangre, explotada hasta la médula por pueblos infames.

Una cabeza judía, además.

Dimia seguía con el dedo las muescas que los clientes de paso habían hecho con sus navajas Opinel en la mesa del comedor. Por la ventana se atisbaba un caballo que trotaba solo, sin su cochero. Los policías no lo habían creído. Peor aún: se habían reído de él en las narices cuando les había enseñado la nota de amor firmada por Poiret de su puño y letra. ¿Poiret, un mujeriego? Vamos, hombre, había dicho el comisario riendo y golpeándose los muslos. ¡No nos está enseñando nada nuevo! Él había insistido, había hablado de la condesa. Los policías se habían mofado de él de lo lindo. La condesa, amante de Poiret, es usted el último en enterarse de la noticia. ¡Hasta el presidente del Consejo está al corriente! Así que había decidido jugarse el todo por el todo, mencionándoles a aquel desconocido con ropa de calle que había visto del brazo de la condesa la noche de la fiesta, poco antes de que ambos desaparecieran en mitad de la multitud. Había sido como ladrar en el desierto. Era incapaz de describirlo. No se había atrevido a disparar su último cartucho, el más vil: Denise Poiret, asesina de la amante de su esposo. Los dos policías lo habían despedido con un gesto despectivo y le habían confiscado el estuche y la nota. La investigación no había avanzado nada.

La criada le trajo una cafetera humeante.

—Señorita, ¿podría sentarse un instante?

Aquello le salió impensadamente, ante la sonrisa dulce de la sirvienta, su precioso gorrito blanco con un ribete de encaje y el pelo rebelde que sobresalía de este.

Ella miró furtivamente a su alrededor.

—Es que... no me lo permiten, compréndalo. Si llegara la dueña...

Dimia le posó una mano tranquilizadora en su brazo rollizo.

—Se lo ruego —dijo él con una voz dulce mientras se ponía los guantes—. Unos minutos.

La joven colocó la cafetera delante de él, luego el platillo, la cuchara, la servilleta, los terrones de azúcar, la jarrita de leche y casi habría querido limpiar la mesa, traerle un vaso de agua o una galleta para no tener que decidir.

Dimia ya se había levantado para acercarle una silla.

Al menos era galante. A ella le gustaban sus modales aterciopelados, sus grandes manos y su voz cantarina con una sombra de acento desconocido. Ostrov. Eso sonaba a ruso. Seguro que él no era como los demás. No llevaba manchas de vino en el frac ni se perdía en cumplidos vacíos mientras se comía con los ojos su corsé. Ella miró a su alrededor. El comedor estaba vacío. La Feuillade se había ido al mercado con su cesta, que iba golpeándose contra sus orondas pantorrillas de granjera. Ni siquiera había aparecido ese tumbacuartillos de Truy para beberse su medio litro de vino.

Dimia miraba fijamente el precioso gorrito con encaje.

—Si el señor lo dice... Pero ¡solo unos minutos!

Se sentó delante de él. Los guantes blancos del señor Ostrov se movían de un lado a otro, como dos palomas cortejándose.

—¿Qué tomará usted hoy, señora condesa? —dijo con una sonrisa.

La criada lo miró desconcertada. ¿Condesa? ¿Había oído bien?

—¿Té? ¿Café? Vamos, señora, el tiempo apremia. Está usted invitada a la merienda de la baronesa de Kent. No se mueva, condesa.

Se fue a la trascocina para, enseguida, reaparecer asomado por el marco.

—¿Cuántos azucarillos, uno, dos? ¿Una jarrita de leche?

Regresó rápidamente bandeja en mano.

—¡Señora condesa, a su servicio!

La dejó encima de la mesa, se sentó y se quitó los guantes con un gesto preciso.

—¡Y un café cortado para la señora, sí!

Le sirvió el café.

—¿Cuántos azucarillos? ¿Dos? ¡Dos, el número bendecido por los dioses, sutil y sofisticado! ¡Con una manchita de leche!

Con la mano temblorosa, tendió la bebida a la sirvienta, que lo miraba sin comprender. ¿Un loco manso?, ¿un loco peligroso?, ¿o un hombre de mundo? El vapor del café caliente le acariciaba la barbilla. Dimia entrechocó su taza con la de ella.

—¡Beba por mí!, ¿qué digo?, ¡por nosotros, señora condesa Aristie du Montier!

Cogió la taza de Aristie y la acercó a los labios de esta con precaución mientras aguardaba sus reacciones. Finalmente, el semblante de Aristie se iluminó. Empuñó la taza y se la bebió de un trago. Este joven tenía razón: no todos los días se presentaba la oportunidad de ser condesa. Eso marcaba la diferencia con todos los estúpidos que por allí desfilaban. Y, aun así, los estúpidos no eran los peores.

Charlaron. Aristie se lamía los dedos pringosos de azúcar, mirando de reojo a ese apuesto joven que la trataba como a una gran dama. Dimia no paraba de hablar mientras removía su café, sin beber una gota, concentrado en la palabra «condesa», que se perdía en los recovecos de sus recuerdos.

Cada segundo, cada minuto pasado en compañía de una condesa, aunque fuera de pacotilla, era para él precioso.

Al sonar el ronco cascabel de la puerta de entrada, Aristie se levantó de un brinco. La señora Feuillade apareció arrastrando tras de sí su enorme cesta, de la que sobresalía una tripa de salchichón. Aristie recogió todo con la cabeza agachada. La dueña lanzó una mirada suspicaz a Dimia y, luego, a su mesa: dos tazas, dos platillos.

—Póngalo en mi cuenta —le dijo a Aristie—. Mi amiga vendrá mañana a la misma hora. ¡No me falle!

Al marcharse, deslizó unas monedas en la mano de la sirvienta arrebolada y subió la inestable escalera que conducía a su cuarto.

Cerró la puerta y se derrumbó encima de la cama, llorando.

Eran las cinco.

Eran las cinco, y no tenía aceite de copra, y la condesa no estaba ahí, cerca, al otro lado del pasillo, y él necesitaba a la condesa, a Oriane, a Aristie, necesitaba todo el amor de todas las mujeres.

21:00 horas. Poiret llegó con un clamor amortiguado. Unas quinientas personas, por lo bajo. El palacio del Trocadero resplandecía. Para la ocasión, se habían dispuesto a cada lado de la inmensa sala unos maniqués de tela que exhibían las últimas creaciones del maestro.

Es él, el gran Poiret, el único, el Rey de la Moda en persona, murmuraban detrás de los abanicos, que se agitaban a toda velocidad impregnados de Nuit de Perse. El aire estaba saturado de incienso y especias. Se degustaban al máximo los canapés, se acariciaban delicadamente las muestras de tejidos, las tarjetas de visita y las copas de champán pasaban de mano en mano.

Todo era ligero, arrebatador, embriagador.

Denise Poiret, luciendo sus mejores galas, era la mujer más celebrada y la más feliz del mundo. No se movía, con la cabeza ceñida por una larga cinta de esmeraldas, mirando fijamente a su marido.

Luego, se hizo el silencio. El Rey de la Moda acababa de subir al escenario. Todas las mujeres allí presentes contenían la respiración, evitando incluso guiñar los ojos para no perder un ápice del espectáculo.

El Rey de la Moda.

Seis días. La mano acariciaba el billete comprado hacía unos meses. Había que aguantar, no flaquear. No cambiar de idea en el último instante por un mero capricho. Y ese imbécil había venido. No le faltaba más que eso. Tendría que habérselo imaginado. Tormento. Un solo golpe en la puerta, y ese perro estaba ahí, en el umbral, sonriente, explicándole todo con su melosa voz. Tuvo que ceder. Pero no fue sino otro contratiempo más. ¡Había tantos...! Se acercaba la aurora, el albor de una nueva era llena de promesas y aventuras. No iba a cambiar de planes. Ese billete, sobre el que meditaba como sobre una Sagrada Escritura, le daba acceso a su nueva vida. Nueva York, el góspel, los taxis amarillos, los department stores, las enormes estaciones de tren y el puerto, sobre todo el puerto, con esos barcos de inmigrantes que quedaban varados en Ellis Island igual que las descomunales ballenas a las que se destripaba en cuanto llegaban.

Pero yo no iré en uno de esos barcos. Yo iré en un transatlántico.

Era cierto, un billete de tercera clase no llevaba muy lejos. Pero todo dependía del árbol al que se arrimara. Las cosas se podían hacer bien.

Conocer por casualidad a una criatura ociosa y sola... Únicamente había que saber reconocerlas.

Ocho días de travesía.

El tiempo suficiente para hacer amistades.

Alguien estaba llamando a la puerta del cuarto de Dimia. La señora Feuillade, en el umbral, acogió con expresión reprobadora su pelo alborotado y su

camisa con el cuello abierto.

—Un telegrama —dijo ella cortante.

La mujer le tendió un papel plegado por la mitad y se dio media vuelta. Era la primera vez que recibía un correo neumático. Lo desplegó.

*Cita esta noche, 22 horas, frente a la Ópera.
Firmado: una amiga que lo quiere bien.*

Se rio. ¡Oriane! En la *boutique* debieron de decirle que andaba buscándola. Él había dejado su nueva dirección, por si acaso, lo que demostraba que, en ocasiones, merece la pena insistir. De pronto, le quemaron los labios, y en esas pocas palabras encontró la caricia de su boca, el brillo felino de sus ojos en la penumbra, el olor a malva de sus cabellos, la malvarrosa de su cuerpo... ¿Era razonable todo aquello? ¿Acaso de veras estaba de humor para entregarse a los juegos amatorios?

Puede que un día... puede que un día todo volviera al orden. Lo declararían inocente, él volvería en sí, saldría de aquella pesadilla... Podría invitar a Oriane a su casa, a su nuevo piso en los Campos Elíseos... un día... La condesa no estaría en contra, eso lo tenía por seguro... Es más: ella lo felicitaría... Su cotorreo le bailaba en la cabeza. ¡Ay, Dimia, qué guapo eres!... Y vas a encontrar la horma de tu zapato..., te lo aseguro, Dimia.

De súbito, la voz de la condesa resonó en sus oídos, penetrante y clara, como si estuviera animando a un *jockey* en la línea de llegada. ¡Venga, Didi, acude a esa cita, ve! ¡Después de tanto tiempo!

Luego todo volvió a sumirse en el silencio. Se vistió con el único traje que había traído consigo y se examinó de arriba abajo en el espejo roto. Todavía distinguió la risa cristalina de la condesa, su voz de pito. Puesto que la condesa así lo había decidido, iría a ver a su sílfide.

Svetlana no le guardaría rencor. Al contrario, se quedaría aliviada.

En el momento de salir, se sentó durante dos minutos, tal y como dictaba la costumbre rusa en los inicios de un viaje. Acaso fuera el comienzo de una nueva era.

Oriane baila y hace piruetas en mitad de la pista, bajo los cegadores focos, gira, gira, sonríe con una sonrisa congelada y extraordinaria, divina, r e,  qu e feliz es!

Todo el mundo la mira. Le gustaría que ese momento no terminara jamás. Las pupilas están fijadas en ella y brillan en la penumbra.

De golpe, se oye un crujido y se rasga el velo. Baja la cabeza, luego el cuerpo, barre el suelo con la mano, se cree que los aplausos son solo para ella.

Hoy habr a alcanzado la celebridad.

Oriane Soyer, primera bailarina de una noche y principal atracción del espectáculo.

El sol estaba cayendo y una corriente de aire frío arremolinaba la hojarasca. Los transeúntes alzaban sus cuellos y alargaban el paso en tanto que los comerciantes recogían sus puestos, ahuyentando, a fuerza de insultos, a las mujeres de mala vida que deambulaban por allí. Dimia caminaba recto. Un hombre con los dedos quemados asaba castañas a la entrada del metro. Un niño lo llamó a voces para venderle los periódicos vespertinos, mas él no veía nada, no oía nada, no tenía hambre, no quería hablar con nadie, no quería informarse de nada. La duda lo asaltó de improviso, una duda que él conocía bien, esa corta comezón detrás de la nuca... Ese telegrama, ¿y si fuera falso? ¿Por qué Oriane no había firmado? ¿Podría tratarse de una trampa? ¿La Organización?, ¿o Ígor? Ese tipo quería su cabeza. Las sombras a su alrededor se alargaban en el fango del ocaso. Caminaba cada vez más aprisa, sujetándose el sombrero con la mano. Place de l'Opéra. «Una amiga que lo quiere bien». ¿Acaso podía haber alguien más ingenuo que él? Lo asaltarían, lo agredirían a traición y *au revoir*, los agresores huirían tranquilamente en coche.

Ese era el espíritu de los tiempos modernos.

Oyó unos pasos por detrás, aceleró. Una farola de gas se apagó a su paso, y él se sobresaltó. Alargó aún más su caminar, pero el tipo pareció acelerar al mismo ritmo. Se puso a correr y dio la vuelta a una esquina. Su agresor le daría alcance de un momento a otro. Dimia divisó una puerta iluminada por una bombilla pintada de rojo, la abrió y se adentró en ella.

¡Uf!

Los pasos del hombre pasaron de largo, tranquilos.

Se había librado de una buena.

Eso sí, siempre y cuando no lo tomaran por un ladrón. Miró a su alrededor. Había unos sugerentes grabados colgados de la pared, encima de apliques que derramaban una luz anaranjada. Por encima, en la primera planta, el suelo crujía y, difusos, se percibían el arrastrar de sillas y el entrechocar de copas. Muy lejos, un fuerte olor a tabaco flotaba en el aire mezclado con aromas a jazmín y a mimosa. Dimia oyó el crujido de un vestido. De pie en las escaleras recubiertas con una alfombra roja, una mujer vestida de bailarina de cancan lo miraba de arriba abajo.

—¡Mirad, un visitante!

La mujer descendió las escaleras y se acercó a él.

—¿Cómo te llamas, tesoro?

Dimia no respondió.

—¡Venga, guapo, vamos a recorrer la propiedad! ¡Dado que esta es tu primera vez, correrá a cargo de la princesa!

Cogió a Dimia por la cintura y quiso arrastrarlo por las escaleras que conducían a la sala de fiesta. La mujer olía a vino tinto y a cigarrillo.

Dimia consiguió soltarse y huyó a todo correr.

En la Place de l'Opéra, los botines de cordones vienen y van golpeando la calzada bajo la luz azulada de las farolas. En unos instantes, la florista cerrará su puesto y empujará su carreta en dirección a los muelles. Con manos cansadas, selecciona algunos tallos todavía frescos para atarlos en ramos que dejará secando bocabajo, tira las yemas que no se han abierto, las yemas rotas y las flores marchitas en la alcantarilla, justo al lado de la joven. Esta pasa de largo y contempla los pocos escaparates todavía abiertos: los de una modista, un lutier y un anticuario.

Puede que a él le haya surgido un contratiempo.

O que esté absorto en la lectura de un libro de lo más apasionante.

Su mirada recorre el esplendor del edificio, sube hasta las torretas con esculturas de ángeles que alzan el vuelo, vuelve a sumergirse en la oscuridad del asfalto. El último quiosco de periódicos está cerrando.

De noche todos los gatos son pardos.

Ella sigue esperando, dando vueltas, escuchando atentamente cada ruido, acechando cada silueta, caminando de un lado a otro, luchando contra el frío.

De noche todos los gatos son pardos.

Entonces, de pronto, se da cuenta.

Él no acudirá.

¿Cómo ha podido ser tan idiota?

Se da media vuelta, furiosa consigo misma.

Dimia regresó al hotel a paso fatigado. ¡Un prostíbulo! ¡Lo que le faltaba! No había tenido ánimo para llegar hasta la Ópera. ¿Por qué Oriane no había firmado el correo neumático? ¿Y si, al final, aquello apenas importara de veras? Mañana iría a la *boutique* para explicárselo todo, le compraría un ramo de flores blancas, como las de su corona el día de la fiesta. Mañana. Era cosa de escasas horas. Nada más girar por la Rue de Mourgon aminoró el paso. Un gentío se apiñaba en el Hôtel des Roches. Había un furgón policial. ¿Qué pasaría? Al verlo entrar, la señora Feuillade retrocedió y le hizo una señal de que subiera a la primera planta.

La puerta de su habitación estaba abierta, vigilada por Bertholet, que se apartó para dejarlo pasar. Champlain y otros policías se encontraban en el interior. El comisario se le acercó.

—¡Mi querido amigo, lo estábamos esperando!

Lo esposó con presteza.

—En nombre de la ley, Dimitri Ostrov, lo arrestamos por el asesinato de la condesa de Slavskaya, emblemática mujer de la diplomacia franco-rusa. ¡Hemos encontrado en su habitación la prueba!

Champlain le mostró un magnífico collar, resplandeciente con mil fulgores en mitad de la monotonía del cuarto.

El collar de diamantes por el que todo había sucedido.

—¿Cómo explica usted la presencia de la gargantilla en su armario? Hemos recibido una carta anónima que lo denunciaba. ¡Vamos, a la comisaría!

La fila india bajó a trompicones hasta la planta baja. Champlain iba a la cabeza y Bertholet, a la cola. Dimia vociferaba, pero sus palabras se estrellaban contra un muro de silencio burlón.

En la recepción, a Dimia le dio tiempo de distinguir la ceja alzada de la dueña, su silencio cargado de indirectas, y luego, en el momento en que trataba de cruzar la mirada que se escondía tras ella, aquellas pestañas avergonzadas cerrándose.

Bertholet metió a Dimia de un empujón en el simón que los llevaría al calabozo, sin atreverse a mirarle a los ojos.

Un joven tan prometedor y con un brillante porvenir, pero cuya vida era ahora mero pasado.

Tenía que ser duro haber estado tan cerca de quince millones de francos.

TERCERA PARTE

Ígor Slavski releía por décima vez el mismo artículo de *L'Action Française*.

REDADA EN BATIGNOLLES

A raíz de los trágicos acontecimientos de Las Mil y Dos Noches, fiesta orientalista y decadente organizada por el gran modisto Paul Poiret, la prefectura de policía ha echado el guante al asesino de la condesa Svetlana Slavskaya. Se trata, en efecto, de su propio secretario, Dimitri Ostrov, judío ruso presuntamente bolchevique, que, según parece, estranguló a sangre fría a la que lo había sacado del arroyo. El asesino ha sido enviado al calabozo antes de su traslado a la prisión de la Santé. ¡Una vez más es justo deplorar, en estos tiempos turbados por la inseguridad de nuestras ciudades y campos, el indignante laxismo de nuestro gobierno con respecto a esa ralea semita!

Al rayar el alba había comprado todos los periódicos. Todas las ediciones. Ese artículo era su favorito. ¡La «ralea semita»!, ¡qué hermosa expresión!

Recortó todos los artículos que trataban el caso. Los leería cada noche, antes de contar sus millones como quien cuenta ovejas para conciliar el sueño. Con Dimia entre rejas, el testamento sería anulado, y él heredaría todo. En cuanto cobrara el dinero, se desembarazaría de su esposa y de los Lansquenet. Se lanzaría a la política. Su época tenía necesidad de él. Se sentía preparado, preparado para afrontar el mundo tal y como era de veras. Con su madre muerta, ya no restaba obstáculo alguno entre su misión y él. Tan solo tendría que encontrar una causa.

Su causa.

¿Cuál? Dispondría de mucho tiempo para estudiarla una vez que fuera rico.

Amorosamente acarició el pelo negro y rizado de su chaleco, que lo envolvía como un animal de compañía. El astracán: no había nada mejor. Se mataba el cordero nonato de la raza karakul en el vientre de la madre. Ni siquiera era la piel de un bebé. Era la piel de un feto.

Con los ojos entrecerrados, dibujó con el compás en una esquina del mantel de cuadros rojos y blancos unos hermosos rosetones superpuestos unos a otros. Cruz de vida, cruz de muerte, el sol poniéndose o despuntando el día. Todo dependía del lugar en el que te pusieras.

¡Ay!, él lo presentía.

Estaba hecho para hacer grandes cosas.

La rueda de la historia estaba en marcha y, por fin, rodaba en la buena dirección.

En ese mismo momento, en el taller de la cárcel, Dimia fabricaba muñecas en mitad de hileras infinitas de carne brillante y piernas desarticuladas, mirando de reojo al otro lado de la inmensa sala separada por una estufa de hierro fundido el rincón de los plumajeros, que cortaban y entrelazaban plumas de gallo, de pavezno, de pavo con el fin de guarnecer los sombreros, sujetadores y baratijas de esas señoras que ignoraban el infame origen de sus atuendos. Había que trabajar, les habían dicho los carceleros cuando llegó allí junto a otros pobres infelices tan azorados como él.

Los despertaban a las seis de la mañana, momento en que penetraba por la ventana de rejas una luz pálida y apagada, con un café cenagoso mezclado con achicoria y una rebanada de pan duro; a continuación, una vez finalizado el aseo, debían abrillantar el suelo de sus celdas, tan exiguas como el culo de una botella. Dos días en ese régimen le habían dejado ampollas en las manos; él, que jamás las había utilizado más que para abrir libros. A última hora de la mañana era el turno del taller. La cena se servía a las cuatro de la tarde, bajo un sol lívido, una comida frugal que constaba de trozos de carne de segunda flotando en un caldo de lentejas para evitar las anemias.

No le habían concedido el derecho de telefonar a nadie.

Si la condesa hubiera seguido viva, lo habría sacado de inmediato.

Las cabezas de las muñecas se solapaban, tumbadas bocarriba, con los ojos azules la mayoría de las veces abiertos mirando el vacío. Su única esperanza era Poiret. Y ni siquiera. Con las manos temblorosas, cogió una cabeza e introdujo un palo en la abertura, empujando bien para asegurar que este se hundiera hasta el fondo. A continuación, perforó el cráneo con la ayuda de un alfiler y pasó los pelos por todos los agujeros, uno a uno. A lo lejos, amontonados en un rincón, montañas de zapatos, un amasijo de miembros. Todo el mundo seleccionaba en silencio. Los detenidos se equivocaban, comenzaban a hacer montones, destruían los de los demás. Los semblantes eran de hastío, inexpresivos. Delante de aquellas obscenas muñecas con las piernas abiertas y un agujero perforado con una aguja a modo de vagina, Dimia se estremecía como al comienzo de un presentimiento demasiado extraño para no ser verdad.

Se acordaba de la noche que pasó en una cárcel rusa sin calefacción por aquellas escasas y desafortunadas octavillas que había tenido la mala idea de imprimir. Por la mañana, cuando el conde de Volinka fue a buscarlo, este mostraba la expresión grave de un hombre al que se ha traicionado. Encontró a Dimia casi muerto de frío.

Además, estaba la sangre en la nieve.

Esos ojos vacíos de las muñecas le recordaban la sangre que se había derramado en la nieve.

Era como la huella de una ausencia corporal.

Y aquello era indeleble.

Febrero de 1903. Imperio ruso

Un joven ruso de dieciséis años muere asesinado.

Al cabo de unos días, una joven se envenena.

Tal y como explica acto seguido el periódico local, la raza maldita necesita la sangre de los niños cristianos para preparar el pan ácimo de la Pascua.

Tarde del 19 de abril de 1903

La salida de la misa de Pascua está llena de bálsamo e incienso, de oraciones y cánticos.

En las casas, los picos y las palas aguardan pacientemente, los látigos y los cuchillos, los martillos. Solo unos pocos revólveres. Algo poco habitual.

Eso es.

Las chiquillas se aferran a los pantalones de sus padres.

Noche del 19 de abril de 1903

La cocinera de los Volinka camina aprisa por el barro primaveral, recogiendo las faldas. Unos minutos más tarde, el conde, con una voz seca, ordena a sus fieles guardianes, Sarah y Moseï Ostrov, que cierren todas las ventanas, todas las puertas, todas las aberturas, portales, hojas, tragaluces, verjas de jardín, cualquier cosa que comunique con el exterior. Y que nadie salga. Sobre todo, que nadie salga. El conde oculta tras su espalda las manos, que tiemblan, y recorre la gran sala de baile.

En la medida en que no salgan, no tendrán por qué inquietarse. Estarán

protegidos por la hacienda, por su amo, por esa burbuja tan cálida de los Volinka.

Pero si salen, entonces...

Si salen, él no podrá hacer nada por ellos.

En el interior, la ley del conde, la música y el baile, los intermedios y los preludios. El encaje, los flanes azucarados, la mantequilla, las reverencias, los manteles de ganchillo.

En el exterior, la ley del pueblo y la de los lobos grises que se acercan lentamente, inofensivos y pelados, como perros vagabundos.

A un kilómetro de allí, la aldea cambia y bulle, se troca de repente en una escena de sangre y muerte inmersa en el silencio. La guardia del zar no aparece por ningún lado. No hay nadie alrededor, únicamente una muchedumbre a lo lejos, curiosa, que oye los sordos disparos, la rotura de cristales, que entrevé las miradas brillantes de los hombres lobo.

Noche del 19 al 20 de abril de 1903

En mitad de la noche, unos débiles golpes en la puerta de la casa de los guardianes, débiles, cada vez más débiles hasta que el ruido se extingue. Los padres se despiertan sobresaltados. ¿Qué pueden hacer? Se miran en silencio, encienden una vela escondiendo la mecha con la palma de las manos. Una gota de sudor perla la frente del hombre. De buenas a primeras, la mujer se decide y baja. El conde ha dicho que nadie salga, pero no ha dicho que no se deje entrar.

Se acercan a la maciza puerta de madera y pegan la oreja a ella. No saben qué hacer. No saben quién está ahí ni por qué. Oyen un gemido al otro lado, luego dos, más débiles, luego nada más. Ponen la otra oreja. Una respiración ronca al otro lado.

Un ruido desacostumbrado ha despertado al joven, que se levanta y descende él también de puntillas, hipnotizado por esa enorme puerta de roble.

Finalmente, un hilo de voz atraviesa el hedor a roble podrido.

Han entreabierto por fin los postigos, han asomado la cabeza de soslayo, han visto el montón, diminuto, delante de la puerta, pegado a la puerta, fluyendo

como la cera de una vela contra ella, una babosa aplastada.

La mujer profiere un grito.

De un puntapié, abren la puerta atascada por la nieve fundida, los mórbidos despojos del principio de la primavera.

El hombre se derrumba en el suelo de tierra batida, medio congelado, medio muerto, con el rostro enrojecido, de un carmesí luminoso en la penumbra, como un rostro de vacaciones, como si riera.

Desde lo alto de las escaleras, el joven contempla la escena sin moverse. Es su tío quien yace en el suelo, bañado en su sangre, con el rostro destrozado, sorprendentemente sano y hermoso.

Dimia tiene quince años y medio.

Por la mañana, encienden una vela cuya efímera lágrima se confunde con las trémulas tintas del alba, más allá del jardincillo hortense de lechugas congeladas y coles petrificadas que han crecido durante el invierno.

La madre llora en silencio sobre el cuerpo exangüe de su hermano.

Más tarde, durante el día, tal y como acostumbran a hacer, Piotr y Dimia van a revolcarse en la hierba y la nieve grisácea del final del invierno. Es preciso actuar como de costumbre, como siempre, le han dicho sus padres. Esencial. Hacer como si nada hubiera ocurrido, disimular. El conde ha venido a hablar con ellos. Nada trascenderá. No habrá una línea en los periódicos de mañana ni se pronunciará una palabra sobre el suceso. Se limitarán a ir a ver en familia los cuerpos apilados y tendidos los unos junto a los otros sin nada que los recubra en la plaza de la aldea. No habrá nada que decir, nada que pensar. Los dos amigos cogen las primeras flores de primavera dañadas por la escarcha y se las lanzan al rostro.

De repente, Dimia se queda congelado.

Un largo reguero de lágrimas carmesíes tiñe la hierba y la nieve para llegar hasta su puerta.

Pulgarcito.

Pulgarcito con las lágrimas de la sangre de su tío.

Dimia se enjuga la cara con la nieve con el pretexto de sentir un calor repentino y conduce a Piotr hacia el gran abeto que hay al otro lado para jugar con el trineo.

Poiret, con los ojos hinchados, leía el periódico. Denise, loca de contento, giraba a su alrededor haciendo caso omiso de su mohín de disgusto.

—Corazón, el contable nos ha traído los datos de las ganancias que hemos tenido en los últimos días. ¡Hemos triplicado nuestra cifra de negocios! Y esto no es más que el principio. ¡Abriremos nuevas *boutiques* en Mónaco, Niza, Deauville! ¿Por qué no en el extranjero? ¿Qué país te atraería más? — Reflexiona—: ¡Seguramente de Rusia podemos olvidarnos! ¡Menudos pueblerinos habrá allí!

Poiret frunció el ceño y cerró el periódico.

—Denise, ven aquí.

—¿Corazón?

Ella lo miró con sorpresa, se arrodilló delante de él y puso su gesto más dulce. Él le cogió las manos.

—Mi querida Denise. —Su mirada era severa—. Has de saber que soy un artista y no un boticario. —La sonrisa de Poiret se alargó—. Y un artista necesita una mujer que lo represente, ¿verdad? —le dijo, dándole unos golpecitos en la nariz—. Una mujer a su altura. Rusia es el país más extraordinario que existe. Si no has comprendido lo que me une a él, no has comprendido nada de mi arte. Tengo migraña. Vete a la *boutique* a desempeñar tu cometido. Y no olvides —añadió mirándola fijamente— que eres y siempre serás el escaparate de la casa Poiret.

Denise Poiret se dio media vuelta y salió de la estancia, tropezándose a su paso con la gobernanta, que los había espiado por la puerta entreabierta.

Enseguida, a lo lejos, se oyeron unos gritos procedentes de las cocinas.

Paul se ajustó el monóculo sin pestañear y releyó por tercera vez el suelto de

L'Aurore de Paris. Sin duda, el protegido de Svyeta era ese «presunto bolchevique» que acababan de arrestar por asesinato. El móvil: el dinero. La condesa lo había hecho su legatario universal. Una descomunal incongruencia por su parte. Y eso que él la había advertido, Svyeta, a ver, no lo conoces, te topas con él en un tren y, ¡hala!, ¿lo conviertes en tu secretario personal? ¡Y la muy cándida de Svyeta, que, en uno de esos accesos de locura tan frecuentes en ella, le había hecho jurar que se ocuparía de él como si fuera la niña de sus ojos si a ella le sucedía algo! Se lo había dicho hacía tan solo unas semanas, como si presintiera que algo así sucedería. Paulo, me lo prometes, ¿verdad? Mi Paulo el Chistoso. Si no me lo prometes, vendré a atormentarte, a comerte los dedos de los pies mientras duermes, ¡como la vampiresa de *Las mil y una noches*! ¡Venga, prométemelo!

Y él se lo había prometido, alzando la mano como si estuviera ante un tribunal, te lo prometo, mi querida Svyeta. Y ahora, escupe, había añadido ella. ¿Que escupa? Él la había mirado, sorprendido. Sí, eso es, escupe, mientras ella le tendía la palma de su mano mirándolo con ojos burlones. Escupe.

Y él había escupido.

Y, al punto, ella se había enjugado la mano con una piel de chinchilla de diez mil francos.

Y se habían reído como dos colegiales que hubieran hecho novillos.

¡Cómo añoraba su impertinencia! A su alrededor, todo el mundo le regalaba el oído, se postraba ante él cantando su genio. Solo ella sabía la verdad: que su genio iba acompañado de un montón de sandeces; que el éxito de su ropa tenía que ver, sobre todo, con unas fabulosas puestas en escena y con la novedad de sus creaciones porque, en realidad, no sabía coser; que era un mal gestor y que dilapidaba su dinero descontroladamente; que, si seguía por ese camino, el Rey de la Moda acabaría mal.

Solo ella lo sabía.

Aquella esquila cómica únicamente exigía la complicidad de su notario. Aun así, ¿habría podido ella organizar hasta el final su propia muerte? ¿Y si hubiera pagado por todo el asunto? De ella uno se podía esperar cualquier cosa. Para colmo, el hombre al que él debería haber protegido estaba entre

rejas. ¿Qué le dictaba su conciencia? ¿Hacer que lo liberaran con el propósito de respetar la última voluntad de su querida Svyeta? Podría utilizar a sus contactos, al prefecto, entre otros. Y si eso no bastaba, intentaría ascender hasta el ministerio. Pero, puesto que ya tenían a un culpable, ¿por qué habrían de buscar a otro?

¿Por qué? Sin embargo, la respuesta era sencilla. Él se había pasado la noche llorando. En su vientre había sentido los puñetazos de la pena, la injusticia. La angustia lo atenazaba al pensar que ella estaba muerta mientras él disfrutaba de la vida.

Alguien había matado a su Svyeta, en su casa.

Su querida Svyeta.

Y todo era por su culpa.

Nadie había acudido para comerle los pies por la noche.

Porque él lo había prometido.

Dimia no era culpable, era un joven hombrecillo del siglo pasado del que ella se había encaprichado porque siempre se sentía sola, desesperadamente sola. Sin duda él le había salvado la vida, le había hecho olvidarse de su idea de arrojarle al Sena desde el puente Alexandre III, ese puente que ella detestaba porque le recordaba el final de su infancia.

Haría que lo liberaran de inmediato.

Le debía eso a su princesa rusa.

Poiret volvió a ver a su mujer girando a su alrededor como una galaxia vacía de sentido. ¡Se la veía tan contenta desde el asesinato...! ¿Podría ser a causa de los celos? ¿Por qué no?

Cerró el periódico y se levantó. Decididamente, necesitaba tomar el aire.

Se vistió y salió de la casa. Todavía no se había retirado la alfombra roja, manchada, que rodeaba el edificio. Los curiosos se detenían desde entonces a todas las horas del día y de la noche, atraídos por el olor del escándalo. En poco tiempo, su residencia se había convertido en «La hora del crimen». Había una pareja pegada a la verja de puntillas para ver. ¿Ver qué? Suspiró y se puso en camino, jugueteando con su bastón por delante de él. ¿Adónde ir? No lo sabía. Disimularía. Sí, justamente eso. Desde hacía unos días no hacía otra cosa que disimular. Su amiga más querida había muerto en un terrible

crimen. Y su mujer ya no era tal en esos momentos tan difíciles para él.

Más bien al contrario, no hablaba más que de frivolidades.

Giró sobre sí mismo como la minúscula muñeca de una caja de música, por poco lo atropellan, sacó un puro del bolsillo, mordió un extremo y, de pronto, lo vio claro: iría a pie a casa de su amigo pintor, en Montmartre. La atmósfera cargada de su taller le inspiraba, el caos de la sala de dibujos, aquella polvorienta resaca en la que rodaban los sombreros, las frutas podridas y los violines desafinados de sus naturalezas muertas. Era como entrar en un molino. Su modelo favorita, Odette, deambulaba siempre por allí medio desnuda con una bata de seda, lo que le procuraba a Iván una buena clientela. Las hermanas Cone de Baltimore, Etta y Claribel, millonarias y filántropas, le compraban sistemáticamente todos sus lienzos y, en unos días, la mayoría de las imágenes de la fiesta partirían en barco rumbo al otro extremo del mundo.

El Arte: su referencia en caso de desorientación máxima del ser.

En ese rato, Denise canturrea mientras recoge los platos rotos. El servicio de mesa de Catalina la Grande. Por lo menos, del siglo XVIII.

Sonríe.

La venganza es un plato que se sirve frío.

Unas horas más tarde, Poirot llegó con unos bocetos y unas pinturas aún frescas bajo el brazo que alineó sobre una mesa de caballete de su estudio como quien coloca unas cebollas para que se sequen. Y, al igual que las cebollas, estos le harían llorar. Había seleccionado todas las obras en las que se hallara siquiera la sombra de Svetlana.

Se sumió en la contemplación de su amor.

Segundos, minutos, horas.

De pronto, se sobresaltó. Ahí había algo interesante. Muy interesante.

Hundió el dedo gordo en la verde pradera del lienzo. Su dedo apenas se

quedó pegado: estaba casi seco. Sacó su monóculo y examinó la pintura fresca.

Al menos solo lloraría con un ojo.

Eso era.

En la sombra, disfrazado de faquir, se percibía la silueta, discreta pero inimitable, de Ígor Slavski, el hijo desheredado.

Que no había sido invitado.

Tan cerca del objetivo.

Fundamental no dejarse atrapar.

Caminar hacia delante, siempre.

La maleta está lista.

El dinero y las joyas, todo va cosido en los forros y el fondo de los bolsillos.

No juntarse con malas compañías en el camino.

Aquí está el billete, encima de la cómoda.

Lo miro todos los días, lo toco, le doy la vuelta una y otra vez, admirable síntesis de la vida que allí me aguarda.

En unos días, el gran día.

Felicidades al menos.

A pesar de todos los contratiempos de estas últimas semanas, el plan no se ha torcido ni un ápice.

Bertholet silbaba *Mad'moiselle voulez-vous* apoyado en el único árbol del cementerio, a la espera de que comenzara el servicio fúnebre. El sacerdote ortodoxo al que se había hecho venir de manera expresa desde Súzdal llegaba con retraso, y la gente se impacientaba en ese campo lleno de fango donde el cortejo se iba formando lentamente en mitad del barro primaveral. Esa elementa de la Slavskaya, se decía toda aquella gente trajeada, negra como una bandada de cuervos, zigzagueando con zapatos de vestir para evitar los hoyos y las ramas podridas llenas de enormes gusanos blancos. A lo lejos, los disparos de los cazadores estallaban en el aire fresco, haciendo que los

perezosos faisanes y las palomas anidadas en los graneros se sacudieran. Los tacones se hundían en la tierra mollar; los bastones, en los terrones de las toperas, y las ruedas de los automóviles, en la hierba fresca y tierna. Todo estaba envuelto en un olor a purín y a narcisos mientras la condesa, en su ataúd, recibía a sus invitados por última vez.

Champlain, desaparecido desde hacía días por estar pisándole los talones a Bonnot, le había confiado oficialmente la investigación. ¡Como si aquello fuera a cambiar algo! Era él quien hacía todo el trabajo desde el principio. Al comisario le traía sin cuidado el informe, solo le interesaba «el caso». Veintiocho miembros de la banda ya habían sido arrestados. Pues muy bien, ¡que el caso Bonnot durara cuanto fuera posible! Bertholet estaba completamente decidido a llevar a cabo una investigación digna de ese nombre. No creía en absoluto en la culpabilidad de ese dandi de Dimia. A este lo habían metido en un calabozo de la comisaría a la espera de trasladarlo a la cárcel de la Santé, con el semblante desconcertado de quien se acaba de caer por la boca de una alcantarilla. Bertholet tenía poco tiempo para arrojar luz a esa historia. Efectivamente, el análisis de la lista de invitados no había dado ninguna pista concluyente. Y las huellas de los allegados de Poiret enviadas al servicio antropométrico se estaban haciendo esperar. Pero había una novedad. En cuanto el coche del comisario había girado por la esquina de la calle, él había telefoneado a su amigo Gaston Émilien, de los Renseignements Généraux²⁴. La pesca había sido cuando menos fructífera: la condesa Svetlana Slavskaya, alias Iekatarina Chirkova, no era más condesa que usted o yo, sino la hija de una *demimondaine* que vivía en el círculo de Alejandro II. Al parecer, su madre, una viuda joven y guapa, era la amante del zar, y la echaron cuando tuvo lugar el atentado revolucionario del Palacio de Invierno en 1880. La razón de la presencia en Francia de la falsa condesa seguía siendo confusa. Espía del zar, comunista o *flâneuse* de lujo, todo era posible.

En lo tocante a Dimia, este había crecido en las tierras de un aristócrata ruso que lo había criado como si fuera su hijo hasta que el joven se vio implicado en un caso de panfletos comunistas, de ahí su salida precipitada hacia Francia cuando se descubrió el pastel. Un tío muerto en un pogromo. Ningún antecedente penal ni en Rusia ni en Francia, salvo ese breve episodio

bolchevique.

Tampoco había que descartar la red del opio. Corrían habladurías acerca del Faubourg Saint-Honoré. Se sospechaba que algunas residencias de lujo albergaban tanto lugares para el almacenaje como fumaderos. El nombre de Poiret se había pronunciado varias veces en los últimos meses sin que nadie se ocupara de ello. ¿Podría tratarse de un contrabando entre China y París que pasaría por Rusia?, ¿por qué no? Puede que la condesa sirviera de intermediaria, engrosándose así los bolsillos. Émilien había avisado a los chicos de la Brigade Mondaine y del Deuxième Bureau²⁵. La policía militar, ahí es nada.

Qué suerte que el comisario se hubiera ido a cazar sus conejos de monte. A su vuelta, ya estaría todo terminado.

Cuando el sacerdote llegó con la cruz ortodoxa de tres travesaños, todos los asistentes se quedaron paralizados. Slavski, lloroso, había sacado un gran pañuelo blanco y se enjugaba las mejillas. Poiret, solemne, aún más gordo que de costumbre, miraba con estupor la inscripción de la tumba: «Condesa Svetlana Slavskaya, 1869-1912». Denise, rígida y digna, con un sedoso cielo de verano enrollado alrededor del cuello, había deslizado el brazo bajo el de su marido para sostenerlo, destacando con una hopalanda de armiño azul noche, magnífico gabán para una Nochevieja o un estreno en la Ópera, aún más elegante que de costumbre, ajena al barro y los caracoles. La ceremonia se desarrolló en el más absoluto silencio. El sacerdote balanceaba los incensarios, pronunciando a media voz unas palabras que nadie comprendía. A la salida del cementerio, Poiret cogió aparte a Bertholet.

—Es evidente, inspector, que no es el jovencito el que ha hecho esta jugada. Suéltelo lo antes posible después de la prisión preventiva reglamentaria. Estoy siguiendo una pista.

Le deslizó un boceto bajo el brazo y señaló en dirección a Ígor con la cabeza.

—De estar yo en su lugar, me ocuparía de aquel caballero. Mírelo aquí en este dibujo, disfrazado de faquir la noche de la *garden-party*. No estaba invitado. Y con motivo de la fiesta hice venir para la ocasión a un productor de cine que la estuvo filmando. Podemos ver las bobinas cuando quiera.

Hágame una señal. Le ayudaré.

Y, poniéndose la mano en el corazón, dijo:

—He hecho una promesa.

Bertholet regresó a la comisaría con los zapatos todavía llenos de fango de su paseo matinal. Unas bobinas de cine no vendrían mal, ¿quién sabe?, podría ver en ellas cosas que se le hubieran escapado. El joven Ígor había sido captado por el pincel de un pintor, de modo que ¿por qué no por una película? Decididamente, el caso estaba dando un giro bastante extraño. Cuando llegó al despacho del comisario, una joven que sollozaba tras un pañuelo de cuadros ya estaba allí sentada. Puso el boceto que Poirot le había dado encima de su mesa de trabajo y se sentó frente a ella.

—Buenos días —dijo ella con voz entrecortada.

Su cara le recordaba a alguien, pero ¿a quién?

—Soy la sirvienta del Hôtel des Roches Noires, donde antes de ayer arrestaron a ese joven que, por cierto, ¿cómo se llamaba?

—¿Dimitri Ostrov?

—¡Sí, eso es! ¡Ay, comisario, qué contenta estoy de haberlo encontrado!

—¿Y bien, señorita? ¿Su nombre?

—Aristie Dumontier. Vengo para...

Unas lágrimas cayeron formando grandes manchas grasientas sobre el papeleo amontonado en el escritorio.

—Yo no quería..., pero... el señor iba tan bien vestido, mucho mejor que el señor Ostrov... Y luego..., cien francos, ya sabe, ¡cien francos! Meses de salario, ¿cómo iba a negarme? Me dijo que quería darle una sorpresa... No fui más allá... No se quedó más de dos minutos...

—Pero ¿de qué está hablando?

Bertholet golpeaba impacientemente el lapicero en la mesa. No podía perder el tiempo con lloronas.

—Ese señor Ostrov... Él... él sin duda ha sido la víctima de un complot... Nunca me habría imaginado todo esto, el arresto, la cárcel, me he enterado

después por los periódicos... Tuve miedo, ya me entiende, ese tipo elegante, al irse, me amenazó, me dijo que no le dijera a nadie que había entrado en la habitación 14..., que era un secreto bien guardado..., que podría tener problemas si me mezclaba en lo que no me incumbía porque él conocía a gente de «las altas esferas»... Cuando la dueña me enseñó el artículo, no podía creer lo que veían mis ojos. Así que he venido en cuanto he tenido un momento libre.

—¿Está usted diciéndome que alguien le pagó para introducirse en la habitación del señor Ostrov en su ausencia, justo antes de su arresto?

Aristie asintió con la cabeza.

—¿Podría usted describirme al sujeto?

—Bueno, era un hombre apuesto. Ojos verdes, tez pálida, pelo rubio. La cara fina, alargada. Alto. Una voz hermosa, también. Llevaba unos guantes café con leche.

O bien se estaba equivocando de medio a medio, o bien la sirvientita llorona estaba haciéndole un retrato de Ígor. Cogió el boceto que había puesto encima del escritorio y se lo enseñó.

—¿Reconoce usted a este hombre?

La mujer abrió los ojos de par en par.

—Pero ¿cómo diantres ha podido usted...? ¡Sí, es él!

Ella se mordió el labio inferior. Era inútil prolongar la entrevista: si lo hacía, la muchacha comenzaría de nuevo a lloriquear. Bertholet sabía suficiente por el momento. Sacó de su bolsillo dos monedas de oro que deslizó por la mesa hasta ella.

—Por el desplazamiento. Y por su discreción, por supuesto. Lo que me acaba de contar no puede trascender en ningún caso. Podría ser incluso peligroso.

—Pero... ¿no me va a arrestar?

Bertholet soltó una carcajada.

—¡Arrestar a un testigo! ¡Estaría bueno! Regrese a su casa. Ya la llamaremos.

Aristie salió de la comisaría, con las dos monedas tintineando en el fondo de su bolsillo, todavía asombrada por su suerte.

Perplejo, Bertholet miraba el esbozo que representaba a Ígor: de modo que el joven había sobornado a la sirvientita para penetrar en la habitación de Dimia e introducir allí el collar de diamantes. Era él el autor de la carta anónima que acusaba a Dimia del robo de la joya... ¿Qué ganaba él con todo eso? La fortuna de su madre, nada menos... A raíz del encarcelamiento de Dimia, el testamento había quedado anulado e Ígor se había convertido desde entonces en el único heredero. ¿Qué podía él hacer en ausencia del comisario? Si Aristie decía la verdad, se podría arrestar a Ígor por soborno y complot. Su testimonio bastaba para soltar a Dimia. El aristócrata modélico contra el joven judío bolchevique. Uno tenía el apoyo del clan Lansquenet; el otro, el de la casa Poiret. Qué duda. Ambos formaban un todo indisociable, como si fueran la cara y cruz de una misma moneda. Estaba cantado: Champlain se pondría de parte de los grandes para no tener que escuchar a los pequeños. Ya lo oía diciendo: ¡nada menos que una criada, Bertholet, ni se le ocurra! ¡Estamos hablando aquí de la familia Lansquenet, no lo olvide!

Y soltaría una risotada acariciándose la panza.

Por el otro lado, Poiret, el ministerio.

Pero bueno, ya que hoy era él quien tenía las riendas, no las soltaría en mucho tiempo. Un trineo de perros lo conduciría hasta el Polo Norte, allí donde convergen todas las agujas de la Tierra.

La verdad.

Iría ya mismo a casa de Ígor para efectuar un registro y, si encontraba lo que pensaba encontrar, liberaría a Dimia. Quizá Poiret podría acogerlo un tiempo para tenerlo vigilado. Este le había ofrecido su ayuda esa misma mañana. Había que velar por Dimia. Había que evitar que nada le ocurriera.

¡Con todo lo que sucedía en nuestros tiempos!

Uno no podía estar tranquilo.

24 Los RG o Renseignements Généraux eran los servicios de inteligencia, dependientes de la Dirección General de la Policía Nacional francesa.

25 La Brigade Mondaine, que tuvo diferentes nombres, era una brigada de la moral y se ocupaba tanto de la prostitución y el proxenetismo como de cuestiones morales y la represión del tráfico de estupefacientes. El Deuxième Bureau o Segunda Oficina del Estado Mayor francés es el órgano del servicio de información del Ejército francés.

Slavski abre un ojo, luego los dos, barre el cuarto con la mirada. Esta noche ha dormido en el lecho de su madre. Como un bendito. ¡Por fin la consagración, la verdad desnuda!

Hoy, el gran día.

El judío está entre rejas.

Él heredará.

Hoy.

El Antiguo Testamento contra el Nuevo.

Consulta un reloj en el que unos querubines, encerrados en un corro mecánico bajo un globo, giran sobre sí mismos como perros rabiosos.

Las ocho y diez.

Hoy tiene ganas de hacer números. Coge un folio de papel y hace sus cálculos. A las diecisiete horas, heredará quince millones de francos. Son las ocho y diez de la mañana.

Mantengamos la calma. Empieza a garabatear:

8 horas y 10 minutos más 9 horas hacen 17 horas.

9 horas menos 10 minutos hacen...

¿Cuántos minutos hay en 9 horas? 9 horas por 60 hacen 540 minutos; menos 10 minutos, hacen 530 minutos.

Se incorpora, contempla la cifra con satisfacción: ¡530 minutos de gloria antes de embolsarse ese premio gordo! ¡Qué poco es eso! En 530 minutos habrá ganado quince millones de francos. ¿Cuánto es eso por minuto?

Inhala, exhala. Sin duda, ya cuenta con varios cientos de francos; de lo único

que ha de ocuparse es de hacer que se muevan sus pulmones, involuntariamente.

15.000.000 dividido por 530 igual a...

Eso le lleva diez minutos largos, sacando la lengua para verificar una y otra vez.

28.301,89 francos por minuto.

Deja su portaplumas y se estira. Seré bueno, redondearé a 28.300 francos. Veintiocho mil trescientos francos cada uno de esos minutos.

Ígor Slavski fija la mirada durante un rato en uno de los querubines. Y cuando este da una vuelta completa sobre sí mismo, profiere un grito de alegría.

De pronto, suena el timbre abajo. Y luego, una estampida. Bertholet y dos agentes irrumpen en la habitación.

—¡En nombre de la ley! ¡Ígor Slavski, está usted detenido!

Ígor mira con desdén a Bertholet, que le pone las esposas. Lo último que ha de hacer es reaccionar. No dejarse llevar, en ningún caso, por esos accesos de ira que le hacen perder la cabeza.

—¡Soborno, robo y complot! ¡Hemos registrado su apartamento de la Rue de la Pompe! ¡De momento, al calabozo de la comisaría!

¿Al calabozo? ¿Con esas meretrices consumidas por la sífilis y los mendigos de los muelles del Sena? ¿Al calabozo él, el heredero de una fortuna colosal? Slavski inspira profundamente. Es indispensable que no siga su instinto; indispensable que no se abalance sobre Bertholet para arrancarle los ojos y estrangularlo hasta que su tez adquiriera el azul de la muerte.

Rodeado por seis agentes que han venido de refuerzo, sale esposado de la que casi ha sido su casa.

—¡Les estoy diciendo que no he sido yo! ¡Yo sé quién ha matado a la condesa! ¡Lo vi todo! Fue...

El nombre se pierde en mitad de un espantoso estruendo. Un cortejo de

coches guarnecidos con cintas pasa tocando el claxon y por poco los atropella.

Una boda.

Bertholet empuja a Slavski al interior del furgón y lo mira irse lentamente hasta que el simón tuerce la esquina de la calle.

Una cosa buena hecha. Y, mira, uno menos que causará problemas.

Dimia entornó los ojos al volver a ver la luz del sol, aún desconcertado por su suerte. Llevaba en la mano la bolsa de yute que contenía sus escasos efectos, había recobrado su sombrero, el bastón y los guantes y rasgado la etiqueta con su número de prisionero. Un carcelero dormido había acudido para llamar a su puerta temprano esa mañana y lo había conducido al despacho de un brigadier que, con voz monótona, le había anunciado la buena nueva. Dimia no podía creer lo que escuchaba. ¿Le estaban engañando, era un error, una broma muy pesada, una estrategia más para hacerlo confesar? Había firmado todos los papeles, recuperado todas sus pertenencias y empujado la chirriante puerta de la cárcel.

Seguramente, se habían rendido ante la evidencia.

Libre.

Era libre.

Poiret y Bertholet caminaban de un lado a otro delante de la entrada de la prisión, no lejos del De Dion-Bouton negro y crema del gran modisto. Nada más verlo, Poiret se acercó a Dimia y tomó las manos de este en las suyas.

—¿Le debe usted al inspector Bertholet un gran favor! —dijo con un tono alegre—. Le ofrezco alojamiento unos días, el tiempo para que se reponga de sus emociones. ¡Es una orden del señor inspector! Está usted paliducho. —Le dio un toquecito en la mejilla—. Necesita un baño caliente con sales. Tengo unas muy buenas, de Parfums de Rosine. Eso hará que se recupere. ¡Simon! —gritó, girándose hacia su chófer—. ¡A la comisaría del distrito VIII! ¡Dejaremos allí al señor inspector y, a continuación, iremos a casa! ¡El señor Ostrov se instalará con nosotros hasta que tenga mejor cara!

Dimia se sentó en el banco trasero, entre Bertholet y Poiret. El coche arrancó

con un estallido. Dimia, zarandeado a izquierda y derecha durante los continuos giros secos que, sin aminorar la velocidad, daba Simon, tenía la impresión de ser un juguete en manos de otros, una caja de música que los demás se divertían en dar cuerda a su antojo. Sin que él pudiera cambiar nada. ¿Libre? ¿Era libre? Atrapado entre Poiret y Bertholet, no se sentía más grande que un ratón con el que el gato ha decidido seguir jugando un poco más.

Dimia, envuelto en una nube de vapor con aroma a flores campestres, se relajaba en un agua perfectamente templada, renovada cada diez minutos por un empleado de la casa que parecía salido de una revista de moda. Poiret le había prometido llevarlo al notario para la adjudicación de la herencia, que había sido aplazada unos días, cita de la que saldría, había añadido Poiret alisándose el cuello, casi tan rico como él.

Algo difícil de creer cuando se está desnudo como un gusano en una habitación desconocida, cuando en la cabeza todavía resuena el ruido de las cadenas del carcelero, cuando permanecen el tufo a pis frío de la celda y los mórbidos montones del personal, y cuando uno no se ha aseado desde hace una eternidad. Y también cuesta creer que uno deje todas sus pertenencias en un hotelito con una guapa jovencita y que esta te traicione por un par de cuartos. Poiret le había contado todo lo relativo a Aristie. Y también lo de Ígor. El futuro diría si ese hombre de mundo al que había admirado durante años era un matricida o una mera sabandija. Lo importante era que estuviera entre rejas.

Y él, limpio de toda sospecha.

Cogió un jabón al agua de rosas y se restregó bien para brillar como un buen jamón bien fresco.

Al cabo de una hora en el salón Pavo Real, tapizado con plumas en trampantojo de tintes profundos, Dimia, con el pelo engominado, bien afeitado, hojeaba el cuaderno de bocetos de Iván. El faquir era Ígor, desde luego; él

también lo había reconocido. Los ricos y vivos colores habían captado perfectamente la turbación y la belleza de aquella noche trágica. De pronto, mirando el boceto se fijó en una pareja que, en un caos de piruetas, curvas y trazos violentos, retozaba.

Lo examinó con mayor atención.

Esa blusa, ese pantalón bombacho. No cabía la menor duda: era él.

Y luego, detrás, en la sombra, abrazada por él, sin ambigüedad ninguna, lánguidamente agarrada a su cuello, su princesa de *Las mil y una noches* mirándolo con gesto de plenitud.

El gesto de plenitud del amor.

Sílfide.

Dimia tosió.

—Paul, dígame..., ¿hace mucho tiempo que Oriane está a su servicio?

Poiret posó *La Gazette de la Mode* en sus rodillas y levantó la cabeza, sorprendido.

—¿Oriane? ¿La conoce?

Dimia apartó la mirada.

—Claro..., la he visto en la *boutique* en diversas ocasiones... Y la noche de la fiesta... simpatizamos.

Poiret se echó a reír.

—¿Conque era a ella a quien buscaba usted al amanecer? ¿Y qué era lo que quería saber?

Dimia se ruborizó.

—Bueno... ¡no lo sé! ¡Nada en especial!

Y volvió a enfrascarse en su periódico.

Poiret colocó la revista en el velador.

—La vi por primera vez en la Ópera. Estaba al fondo del todo, una enorme «ratita» que, sin mí, no habría hecho otra cosa que pudrirse eternamente, incrustada en el moho del telón del escenario. La convertí en una mujer de verdad, en la quintaesencia de la inspiración. Es una de mis mejores modelos. ¡Mi musa! Le debo mucho.

—Y... la señora Poiret... ¿no siente celos?

Poiret se rio a carcajadas.

—¿Denise? ¡Qué ideas tiene! Denise, querido amigo —prosiguió mientras se rizaba el bigote—, está celosa de todo y de nada. Mire, por ejemplo, ese tiesto —dijo, señalando con la cabeza un magnífico eucalipto que atravesaba la ventana de lado a lado—, pues bien, ¡un día perdió los estribos porque le parecía que yo lo miraba demasiado!

Dimia dejó el cuaderno de bocetos y se dirigió a la puerta.

—¿Adónde va?

—A casa de la condesa, a buscar unos efectos.

—Bertholet me ha dado órdenes de no dejarlo ni a sol ni a sombra. Lo acompaño.

Dimia lo observó, extrañado.

—Como guste.

Fue a coger su maletín rojo y lo vació, prometiéndose no olvidar que estaba bajo arresto domiciliario.

Al salir, Poiret lanzó un discreto vistazo a la elegante silueta que tenía a su lado. Percibía que, bajo su techo, el joven estaba recobrando la buena cara. Algo de la condesa subsistía, sin duda, en ese porte altivo, esa altura, esos rizos, esas hermosas manos... Era como si no hubiera perdido del todo a la condesa.

Astrid acogió a Dimia con una exclamación de sorpresa, amplificada por la silueta de Poiret, que se perfilaba netamente por detrás de la de su joven amo.

—Vengo a coger algunos efectos. Ante todo, avise a la policía si alguien se presenta aquí.

En su cuarto reinaba un buen caos. Sus pertenencias habían sido apiladas, pilas de zapatos y calcetines por un lado, pilas de sombreros, camisas y pantalones del otro. Como si Slavski hubiera querido deshacerse de él metódicamente. ¿Qué llevarse? ¿Qué dejar? Poiret lo sacó de su indecisión.

—¡Venga, joven! ¡Coja al azar unas cuantas cosas y no se preocupe! ¡Le confeccionaré a medida un nuevo guardarropa!

Habían regresado de la Villa de la Tour-Madame, como le gustaba a Poiret

llamar a la morada de la condesa, cogidos del brazo. Los montones de ropa habían devuelto el entusiasmo a Poiret, que no dejaba de mirar a Dimia de la cabeza a los pies.

—Gírese un poco, joven, ahí, sí, eso es.

Dimia giró sobre sí mismo. No podía negarle nada a su benefactor. Este lo estaba desnudando con la mirada, fascinado, con la mano en la barbilla.

—Me está dando usted una idea, ¡es más!, ¡una magnífica idea! ¡Será usted mi primer modelo masculino, así de sencillo! Desde mañana mismo, lanzaré una nueva colección. ¡Se llamará «El hombre del mañana»! ¡Un hombre con gancho, con clase! Y usted será ese hombre.

Y Poiret desenfundó su metro para tomarle las medidas, en tanto que Dimia se dejaba hacer, dudoso de ser ese que el modisto tenía en mente.

—¡Dimia, es usted el futuro del hombre!

Poiret se frotaba las manos, persiguiendo su idea genial lo mismo que un cachorro persigue un ratón de madera.

El Rey de la Moda estaba entusiasmado.

Aquel joven lo había devuelto a la vida.

Ha llegado el gran día. Tren nocturno y, después, el salto al vacío. Por encima de todo, no fallar. Eso sería una idiotez como una catedral.

Esta noche, esta noche partiré; esta tarde, pondré la llave debajo de la puerta. Lo dejo todo, qué más da. Muebles, fotos, libros, la ropa de diario. Solo he cogido las prendas más bonitas y más ligeras, así como los recuerdos. Cuando se percaten de mi partida, ya estaré lejos.

De todos modos, no van a avisar a la policía criminal.

Champlain, que había regresado la noche anterior, examinaba el correo amontonado en su ausencia. El caso Slavskaya había tomado un extraño giro desde su partida. Bertholet, sin consultarle, había liberado a Ostrov y arrestado a Slavski so pretexto de que la criada del Hôtel des Roches acusaba a este de complot y de que lo habían identificado en un dibujo de Iván, lo que probaba su presencia en la fiesta. En su apartamento de la Rue de la Pompe, se habían encontrado recortes de periódicos que habían servido para escribir la carta anónima que denunciaba a Ostrov, así como un amasijo de cuadernos llenos de artículos de *L'Action Française* sobre el peligro judío, instantáneas de cadáveres con pies de foto en cirílico, además de panfletos políticos sobre las Centurias Negras, un movimiento ruso antisemita. Había un cuaderno especial dedicado al señor Ostrov constituido por sueltos de prensa en los que se relataba su arresto, con palabras subrayadas en rojo, enmarcadas con lapicero, y signos de exclamación anotados en los márgenes.

En otro tiempo, habría reprendido severamente a su ayudante y habría liberado a Slavski de inmediato. Pero todo esto era ahora bastante engorroso con su ascenso a la vuelta de la esquina. Quizá tendría que acelerar las cosas,

máxime cuando Dimia estaba alojado en casa de Poiret, que contaba con famosos apoyos. Iría a sacar a Slavski de su agujero para interrogarlo y tomaría una decisión. Habría que ver lo que este tenía que decir en su defensa. Los Poiret contra los Lansquenet. Era muy difícil tomar partido.

Suspiró. ¡Qué duro era todo esto! Todavía no había llegado nada en el correo de hoy. Su ascenso se estaba haciendo esperar. A veces, lo único a lo que aspiraba era a la paz, una paz colmada de poesía, con maceteros de begonias y unas fabulosas vistas al Sena. Buscó su tabaco por todas partes y, finalmente, lo encontró en uno de los cajones de Bertholet. Un informe colocado bajo el cartapacio de piel llamó su atención. La etiqueta decía «RG». ¡Mira tú por dónde!, los Renseignements Généraux! Encendió tranquilamente su pipa. Su mirada recorría la letra fina y larga de su ayudante igual que un galgo que se apresura para llegar a buen puerto. Ahí tenía lo que Bertholet había pergeñado durante su ausencia. ¡Los servicios de inteligencia! No creía lo que veían sus ojos. ¡La guerra de policías!, ¡eso debía de habersele escapado a Bertholet!, lo mismo que un eventual ascenso que se iría al traste. ¡Y pensar que había puesto en él toda su confianza, que le había confiado ciegamente ese espinoso dossier...! Abrió los ojos de par en par. En los garabatos del informe acababa de leer la expresión «Deuxième Bureau». ¿La policía militar? ¡Era el colmo!

Si su traslado era a lo sumo cuestión de días, el de Bertholet se convertía meramente en un fabuloso espejismo.

Entretanto, Oriane, en la *boutique*, colocaba los prototipos encima de la mesa del taller y, disimuladamente, deslizó en el bolsillo de su abrigo el prototipo de un sombrero de plumas de pavo real, la creación más reciente del señor Poiret. Modelo Veronés. Era ligerísimo, precioso.

Paul se lo perdonaría.

Lanzó un último vistazo a ese taller que tantas cosas había visto y se marchó sin darse la vuelta.

—¡Les digo que fue ella! ¡Yo la vi!

Slavski miraba desdeñoso a los policías.

Su voz rebotaba en los tabiques de la sala de interrogatorios. Champlain y Bertholet observaban a Ígor con semblante dubitativo. ¿Se estaría tirando un farol? ¿Era una maniobra a la desesperada o una pista capital que hacía dar un giro copernicano al caso?

—¡Les estoy diciendo que fue ella!

—Claro que sí, claro que sí, por supuesto —respondió el comisario, estirándose las puntas del bigote—. Fue ella, y yo, y Bertholet también.

Bertholet escribía a máquina la declaración.

—¡Les repito que la sorprendí mientras estrangulaba a mi madre!

—¿Una mujer? ¿Desde cuándo las mujeres son asesinas? ¿Y por qué no se lo impidió?

Bertholet escribió: «cómplice de asesinato».

El golpeteo de las teclas se escuchaba claramente en el aire viciado, alzándose hasta el techo como unas notas musicales discordantes.

Bertholet miró a Ígor:

—¿Y por qué robar un collar que (según pensaba usted de todas formas) acabaría heredando?

—No fui yo quien robó el collar, fue ella. La sorprendí por casualidad mientras forcejeaba con mi madre y esta cayó. Oí un ruido sordo. —Slavski se interrumpió y miró al cielo—. ¡Que en paz descanse! Si hubiera sabido que estaba muerta... En esto, llegó Dimia. Esa degenerada aprovechó la confusión general para robar el collar y huir. Me entregó el collar unos días después a cambio de mi silencio. Eso es todo.

Robo... Encubrimiento... Chantaje... Bertholet tecleaba a toda velocidad.

—¿Por qué no intervino usted? ¿Me está diciendo que asistió al asesinato de su madre sin mover un dedo?

—¡Jamás se me ocurrió pensar que estuviera muerta! Saben ustedes perfectamente que era alcohólica. Creí que las dos se habrían peleado, nada más. Nada que fuera tan grave, ¿no?

—¿Quiere usted hacerme creer que no había comprendido la escena a la que asistía? Hace un minuto me ha dicho que la había visto estrangulando a su madre. ¿Me toma usted por un pardillo?

A Slavski se le demudó el gesto. Aquello le olía a chamusquina.

—¿En qué momento salió usted de la casa?

—Justo después del robo.

—¿Por qué no le facilitó el trabajo a la policía si sabía de qué se trataba?

Slavski callaba. La respuesta saltaba a la cara. ¿Por qué? ¡Pues para heredar, claro está!

El comisario fue más allá. Estaba lanzado. Y cuando él estaba lanzado, nadie podía detenerlo.

—¿Los pogromos le suenan de algo? ¿Las Centurias Negras? ¿Por qué colecciona usted todo lo concerniente a eso? ¿En cuántos pogromos ha participado usted, señor barón de pacotilla? ¿Qué hizo usted para que su madre lo desheredara de esa manera y, antes que a usted, prefiriera a un jovencito al que había conocido por casualidad en el Orient Express?

Una gélida mirada se posó en el comisario.

—Que yo sepa, nada ilegal —repuso Slavski.

Y el silencio se instaló.

Bertholet se aclaró la garganta de repente, incómodo. ¿Cómo se había enterado Champlain de los pogromos? Eran los servicios de inteligencia los que habían investigado el nebuloso pasado de Ígor. Todavía no le había dicho a Champlain que también los RG andaban trabajando en el caso. Su jefe debía de haber encontrado el dossier en su escritorio. Aquello no parecía incomodarle. ¡Mejor! Retomó su trabajo de escriba. ¿Asesinato? Encerró la palabra entre signos de interrogación.

—¿De qué me está acusando exactamente? —prosiguió Slavski con una voz

llena de desprecio—. ¡Gracias a usted, el degenerado de Dimitri se está pegando la gran vida! ¡Un bolchevique! ¡Unos insignificantes policías como ustedes me tratan de matricida, a mí, barón de Lansquenet!

Champlain se puso rígido.

—¿Ha oído eso, Bertholet? ¿Unos «insignificantes policías» como nosotros? Que esto figure en la declaración. —Se levantó—. ¡De hecho, será la última palabra! Vaya usted a contarle sus cuentos chinos a los jueces, si quiere. ¡Por el momento, regresa al calabozo, a la espera de la cárcel!

Ígor se abalanzó sobre el comisario, profiriendo un grito ronco.

—¡Imbéciles!, ¿no les estoy diciendo que yo no hice nada? ¡Que fue esa mocosa!

Hincó los dedos en el grueso cuello de Champlain tratando de estrangularlo, movido por una fuerza imprevisible, con los ojos inyectados en sangre. En una fracción de segundo, sus manos se habían enrollado alrededor del cuello que se le brindaba a la vista y apretaba como si su vida dependiera de ello. El comisario abrió de par en par sus ojos atónitos y una boca de la que no salía sonido alguno. En dos zancadas, Bertholet los alcanzó y, con un hábil porrazo en una sien, tumbó a Ígor antes de esposarlo. Champlain recobró poco a poco la respiración, aspirando aire a bocanadas entrecortadas por accesos de tos.

¡Justo a tiempo!

La cosa no había durado ni un minuto.

Volvió el silencio. Ígor jadeaba sentado en el suelo de tierra con la mirada taciturna. Champlain se acariciaba el cuello amoratado por las huellas de los dedos que se le habían clavado como un tenedor. Bertholet acariciaba su porra, felicitándose por su presencia de ánimo.

—¡A la trena! ¡A fe mía que es usted un peligro público! —dijo finalmente Champlain con una voz ronca, mientras empujaba de un capirotazo a Slavski hacia la salida.

En el umbral, Bertholet finalizó mentalmente su lista. *Insulto a un agente... Agresión a un agente... Intento de homicidio...*

¡Menudo historial!

Bertholet se sentó a su mesa a la espera del comisario, que había ido a humedecerse un poco la cara para reponerse de las emociones. Este no le había felicitado. Probablemente a causa de la impresión. Lo haría en breve. ¿Quién sabe? Quizá lo condecoraran. ¡Un minuto más, y su jefe la habría palmado! Todo había sucedido en décimas de segundo. Podría decirse que había tenido buenos reflejos. Le había salvado la vida a su jefe.

Champlain regresó enseguida y se sentó enfrente de su ayudante blandiendo un telegrama.

—¡Vea esto, Bertholet, ha llegado! ¡El reconocimiento! ¡Mi traslado! Y justo en el momento en que cierro el caso. Mañana mismo haré que trasladen a Ígor a la prisión de la Santé, y no se hable más.

Bertholet se retorció en su silla, repentinamente incómodo.

—Pero, comisario..., ¿y la nueva pista? ¿No va a interrogar a esa mujer?

—¡Por supuesto que no! ¡Meras palabras dichas por decir, la maniobra de un hombre desesperado, nada más! ¿Se da usted cuenta? ¡Una mujer!

—Pero, al menos..., por deber...

—¿Deber? ¿Qué deber? ¡No sabe usted lo que quiere! No puedo continuar dando bandazos así. Ha liberado usted a Ostrov y ha hecho que se encarcele a Slavski, y eso está bien ¿verdad? Los cargos que hemos acumulado contra él son ahora abrumadores. Intento de homicidio de un representante de la ley. ¡Es gravísimo! Pero, ya que habla usted del deber, Bertholet, abordemos de pleno el asunto.

Se inclinó sobre él y se acarició la barriga, como cada vez que se disponía a echarle un rapapolvo a alguien.

—¿Quién le ha dado permiso para contactar con los Renseignements Généraux?

Su intuición no le había engañado. Cuando se trataba de jerarquía y de protocolo, el comisario era muy susceptible. Bertholet se encogió en su silla.

—Era imposible localizarlo a usted... Tenía pensado hacerlo...

—¡Quería usted suplantarme!, ¿es eso?

—¡Ni mucho menos! Las informaciones eran importantes. Los pogromos, el pasado de la condesa, el de Ostrov...

—¡No en mi ausencia! ¿Acaso yo, el comisario principal de la comisaría del distrito VIII, una de las más prestigiosas de París, no voy a estar al corriente de que los servicios de inteligencia están siguiendo el caso? ¿Qué pensó usted de mí cuando me llamaron? —Bertholet lo miraba con los ojos desorbitados—. Se lo voy a decir, señor agente: ¡un imbécil!

Dio un puñetazo en la mesa.

¿Señor agente? ¿El comisario había dicho «señor agente»?

—Lo ha oído bien —añadió Champlain como si le hubiera leído el pensamiento—. Le presento a nuestro último miembro: el señor Antoine Bertholet, agente antropométrico, encargado de señalar el cuerpo del delito, clasificar las huellas digitales y demás mieles. Asumirá usted sus nuevas funciones en el acto. Comience por clasificar uno a uno los recortes que hemos requisado en casa de Slavski: nombre del periódico, del periodista, número de líneas, número de página, fecha y número del ejemplar. Cuando haya terminado, las huellas dactilares cuidadosamente catalogadas de todos los cretinos de Las Mil y Dos Noches, y ¡que viva Francia! Ya puede empezar. Ahora trabajará en la sala común.

Bertholet se dirigió hacia el armario para coger la caja con los cuerpos del delito y comenzar a clasificarlos en la sala grande, que olía a pies y a vino peleón. De regreso a la casilla de partida. ¡Con lo orgulloso que estaba él de ser inspector y de tener su mesa en el despacho del comisario mientras los demás criaban moho en el registro...!

Sonó el teléfono. Champlain, con el semblante contento, hizo una señal a Bertholet para que este se quedara y descolgó.

—¡Comisario Champlain al aparato! ¿Dígame? Ah, sí, los Renseignements Généraux, sí, es muy oportuna su llamada, mucho. —Lanzó una mirada burlona a Bertholet—. Por supuesto, ya veo. Apenas con los dedos de la mano, sí, eso es. —Escuchó un rato largo—. Sí, sí, comprendido, perfecto, señores. Gracias por habernos avisado.

Colgó, triunfante.

—Sus amiguitos de los servicios de inteligencia también abandonan el caso. ¡Ese cuento suyo del comunismo internacional es un disparate! ¡Al parecer, Trotski ha afirmado últimamente que los bolcheviques se pueden contar con

los dedos de una mano! ¡Los dedos de una mano! Se ha acabado esta broma del comunismo. ¡Venga, Bertholet, que le vaya bien!

Y sonrió con gesto satisfecho.

Bertholet llegó a la sala común ante la mirada perpleja de sus compañeros. Degradado. Lo habían degradado. ¡Después de haberle salvado la vida al comisario y de haber trabajado tantísimo en el caso! Decididamente, Champlain era mucho más corrupto de lo que había imaginado. ¿Cómo podía haber creído ni un solo instante que se uniría a él, que trabajarían juntos? Se puso a clasificar los objetos con las manos temblorosas. El estuche vacío del collar, la lista de invitados, los recortes de periódico, el disfraz de faquir... La joya estaba segura, guardada en la caja fuerte. ¡Y pensar que el comisario no quería ni siquiera ir a interrogar a esa mujer! Un corrupto. Lo sorprendente de toda esa historia era que no quisiera poner en libertad a Slavski, a pesar de la cantidad de apoyos con los que este contaba... Era por orgullo, sin duda, pues Ígor los había tildado de «insignificantes policías»... Slavski había perdido una buena ocasión para callarse.

Bertholet cogió el joyero, meditabundo. El collar, ese que había sido la causa de todo... ese con el que todo había comenzado. Contempló el estuche un buen rato, repentinamente cansado de la vida.

¡Vaya!

El estuche se estrelló contra el suelo embaldosado y surgió de él una foto como un pajarito salido de su jaula. ¡Cucú! Había caído bocabajo, como las rebanadas untadas. Bertholet le dio la vuelta y, atónito, abrió los ojos de par en par. ¡Conque era eso! ¡Si se hubiera esperado...! Miró a su alrededor. Nadie le prestaba atención. Rápidamente, guardó de nuevo el estuche en la caja, y la foto, en su bolsillo, y a hurtadillas se escapó por la puerta trasera, sin hacer ruido.

La foto mostraba claramente que Poiret estaba mucho más implicado de lo que parecía en esta turbia historia.

De modo que la aguja señalaba a los Poiret.

No tenía nada que perder y todo por ganar.

Poiret, agujas en mano y metro al hombro, estaba prendiendo con alfileres el dobladillo de Dimia mientras silbaba cuando la gobernanta anunció al inspector Bertholet.

—Señor Poiret, ¿podría hablarle en privado? —dijo, lanzando una mirada a Dimia.

Poiret pinchó sus agujas en un maniquí de tela e invitó a Bertholet a sentarse. Dimia pasó a la sala de al lado dejando la puerta entreabierta. Se sentó y desplegó el periódico.

DÍAS SANGRIENTOS EN FEZ

La ciudad de Fez se incendió ayer a causa de una desavenencia entre la potencia colonial y su tierra de acogida. La judería del Mellah fue pasto de un formidable incendio en el que se quemaron cientos de viviendas y templos, forzando a la multitud a ocultarse en el zoológico del sultán. Se calcula que son miles las víctimas y personas que actualmente se encuentran sin hogar. El Gobierno francés ha expresado su reprobación vehemente y desea que la población árabe del protectorado continúe en buenas relaciones con la población judía local.

Dimia sintió un escalofrío de repugnancia. ¿Todavía? ¿Incluso en Marruecos? ¿Acaso lo que su pueblo estaba viviendo en Rusia no era suficiente? ¿Pertenece él entonces a la raza de los malditos?

Prosiguió su lectura, fascinado.

Mientras tanto, Bertholet colocó una pequeña foto de bordes dentados como

una tarta de manzana en las rodillas de Poiret. Y Poiret contempló la foto.

Él y Oriane con traje de gala, el del *ballet* de *Sherezade*, el mismo que la condesa había elegido para Dimia. Él con el traje de Nijinsky, el mismo que había llevado Dimia la noche de la fiesta.

La verdad es que le quedaba un poco ceñido.

Oriane, siempre magnífica, con su mirada de reina y su gracia de estatua, con sus velos de princesa de *Las mil y una noches*, de Zobeida.

Svetlana había muerto con ese vestido.

—¿Entonces? —dijo Bertholet.

Dimia levantó la cabeza de su periódico y aplicó el oído. Poiret pareció retraerse un instante, como un caracol al que se le tocan los cuernos.

—¿Dónde ha encontrado usted esta foto?

—Lo sabe tan bien como yo. En el estuche del collar que sirvió para estrangular a la condesa. Nos debe usted una explicación.

—Una explicación, pero... Esos vestidos de Bakst me los dio el propio Diaghilev... Lo conozco bien... Compartimos las mismas ideas, ya sabe, sobre el arte total... Simplemente estábamos probándolos para la fiesta...

El tono de Bertholet se tornó inquisitivo.

—Pero entonces, ¿por qué esa foto se hallaba en el estuche del collar con una nota de su puño y letra? ¿Y por qué está posando así con Oriane, en una postura un tanto... lasciva?

Con gesto cansado, Poiret dejó caer al vacío un extremo de su cinta métrica y se la enrolló, como un nautilo. Dimia aguzó el oído.

—Es lo propio del ballet de *Sherezade* y de los cuentos de *Las mil y una noches*, ¿no? El lujo, el erotismo, la danza, todo mezclado... Léon Bakst, el diseñador de vestuario preferido de Diaghilev, es un puro genio. ¡Esos rusos no dejarán nunca de sorprendernos!

—No intente cambiar de tema. Hay algo más. Deslizó una foto suya y de Oriane en el estuche de una joya que la condesa lucía la noche de la fiesta y que, por lo que dijo, usted le había regalado. Ahora bien, hemos encontrado las siguientes palabras: «Para mi princesa Zobeida, en recuerdo de nuestras mil y una noches», así como una foto de usted con una joven modelo vestida, precisamente, de Zobeida. Una elección, cuando menos, asombrosa. ¿A quién

está protegiendo, señor Poiret?

Poiret se echó a reír.

—¡Esta condenada de Svyeta! —Al oír esto, Dimia dejó el periódico y se acercó a la puerta—. ¡Creo incluso que sabía perfectamente que este collar no era para ella!

—Creía que le había regalado usted el collar a la condesa porque ella era su amante...

—Las cosas son más complicadas, mire usted... —Poiret comenzó a hablar deprisa—: Oriane, como comprenderá..., una mujer de semejante belleza... En nuestro oficio..., nosotros, los artistas... Digamos que me puso contra las cuerdas. Es mi colaboradora de siempre. Me ha ayudado mucho en mi trabajo, anticipa lo que va a gustar, adivina el mercado antes que nadie, me da consejos de mujer, aprende el arte sobre la marcha. Tiene la ambición de montar su propia casa... En Francia, eso es difícil... Una mujer en el oficio de la moda es lo nunca visto... Las mujeres son consumidoras, no creadoras de nuevas tendencias... —Se animó—. Me hizo comprar un collar de diamantes que ella misma había elegido. Svetlana me sorprendió en el momento en que envolvía la joya para dársela a Oriane. Siempre llegaba de improviso a mi taller. Se sentía como en su casa. Me lo cogió de las manos, desenvolvió el paquete, encontró la nota, «a mi princesa Zobeida, en recuerdo de blablablá», me besó dándome las gracias... ¡Y ya conoce usted lo que sigue! La foto estaba metida en el estuche, ella no la vio. ¡O bien la vio y no quiso hacer caso! Era su forma de ser. Me vi metido en un buen berenjenal. Pero ¿qué podía hacer?

Se rio.

—¿De modo que era usted amante de la condesa y de Oriane?

Dimia abrió los ojos de par en par.

¿Poiret amante de Oriane?

—Yo era amante de Svetlana desde hacía mucho tiempo, es cierto. —Su mirada se ensombreció—. Pero Oriane... es mi modelo principal. Mi musa. Es de todo punto diferente.

—¿Por qué nos ocultó esto?

—¿Qué habría cambiado?

El modisto estalló de risa y prosiguió.

—¡Menuda enredadora! Svyeta me castigó pero bien. Se puso el collar de inmediato; me dijo gracias, Paulo mío, gracias, mientras se enrollaba en mi cuello como una boa. ¡Yo no tenía escapatoria! Mi querida Svyeta, siempre con la palabra justa para burlarse. Y esa palabra me costó un millón de francos. ¡Pasé un cuarto de hora de espanto cuando tuve que decirle a Oriane que no tenía su joya!

—¿No ha sospechado un solo instante de Oriane? El móvil es obvio: los celos. Podría haber actuado en un arrebato de cólera al ver a la condesa llevando el collar que usted le había prometido.

Poiret miró a Bertholet con sorpresa.

—¿Oriane? ¿Una asesina? ¡Está usted de broma!

Dimia ya no aguantó más. Aquello era demasiado.

—Su historia brinda un móvil a Oriane: el de recobrar lo que era suyo. Ve a la condesa durmiendo la mona en la sala de vestidos, se abalanza sobre ella para recuperar su propiedad, le sigue una lucha, y ya conoce usted el final. Homicidio involuntario, en el mejor de los casos; voluntario en el peor. Lo mínimo que le caerán serán diez años.

—¡Está usted desvariando!

—Desvarío, efectivamente, a menos que su musa, como usted la llama... Es sorprendente, pero sucede que Ígor está intentando convencernos de que fue ella quien cometió el asesinato. Según dice, la sorprendió al amanecer estrangulando a la condesa y robándole el collar.

Poiret se sobresaltó.

—¿Oriane, la asesina de Svetlana? ¡Jamás! Es una mujer caprichosa, una mujer de recursos para la vida. Impulsiva, infeliz. De humilde cuna y hecha para las grandes cosas. Pero ¡no es una asesina!

Poiret estaba de color carmesí.

El rostro de Dimia se perfiló al fondo del salón. Los dos hombres lo miraron con asombro.

—Solo queda hacer una cosa —dijo él con voz ronca—. Interrogar a Oriane.

—¿Ahora? —Bertholet consultó su reloj—. Son casi las siete... No podemos hacer registros una vez caída la noche.

Dimia no podía esperar al día siguiente. Era ahora o nunca.

—Paul vendrá con nosotros. Así se sentirá en terreno amigo.

Bertholet hizo un gesto con la cabeza a Poiret.

—¿Qué cree usted?

Poiret ya había salido para llamar a un simón.

Él también necesitaba despejar la duda.

La portera barría el rellano mientras miraba a los tres hombres con expresión desconfiada.

—Policía —dijo Bertholet mostrando su placa—. Estos son mis ayudantes. Estamos investigando a Oriane Soyer.

—¡Vaya por Dios! No la han pillado por unas horas.

Retorció su bayeta y la puso en el cubo, luego hizo ademán de cerrar la puerta. Bertholet adelantó un pie en el vano.

—¡No tan rápido! ¿Sabe adónde ha ido?

—¡A ver si ahora se piensa usted que me tenía de confidente! Ella no hablaba con nadie, entiéndalo. Comentó, eso sí, algo sobre un barco rumbo a América... El transatlántico más grande del mundo, decía ella. Así era la chica: lo exageraba todo.

—¿A qué hora se marchó?

—Tren nocturno hacia Cherburgo, a las ocho, creo. Llevaba mucho tiempo preparándose. El baúl estuvo en mi garita desde anoche. —Le dio un puntapié a la escoba—. Sí, eso es, las ocho.

Los tres hombres se miraron. Dimia sacó su reloj de bolsillo. Las 19:25.

—¿Creen que tenemos tiempo?

19:58. El tren emitía unos chirridos dulzones que le provocaban náuseas. «Hay que estar perfecta hasta en los menores detalles», le decía siempre Madame. Llevaba dos años ahorrando para aquel gran viaje y se había obsequiado con un compartimento de lujo, primera clase, mermando enormemente su presupuesto. Merecía la pena. Hasta había pantuflas y toallas bordadas. Una

verdadera fortuna. Pero la belleza se pagaba cara, muy cara. Al día siguiente tendría que estar perfecta para su entrada en escena. Una representación única sin ensayo general. Impensable llegar con el rostro demudado, como un capullo de rosa arrugado. Aparecería de manera inopinada, como una azucena de perfume tan violento que embriaga. Una ligera colación —tampoco se trataba de gastar más de la cuenta yendo al vagón restaurante— y se metería en la cama, mecida por el susurro del viento y el runrún de la locomotora, para estudiar tranquilamente la lista.

La lista, copiada a mano, con su escritura alargada y fina, acompañada de fotos y recortes de periódico. Todos los pasajeros masculinos ilustres del transatlántico estaban en ella. Tendría que saber quién, cuándo y cómo. Encontrar la presa, el títere ideal. Aunque fuera un tipo calenturiento que quisiera entrar en calor en un barco rumbo a los polos.

Se cercioró de que tenía todos los papeles —desde ese momento era la señorita Clarisse de Sarthois— y se enfundó un quimono de seda mientras contemplaba su cuerpo de ninfa en el espejo. Se metió entre las frías sábanas. El tren se puso en marcha con un largo gemido de vapor, y abrió su cuaderno con una sonrisa en los labios, haciendo caso omiso de la náusea que, como una ligera bruma, invadía su cuerpo.

Los tres compañeros atravesaron el umbral del 107, sin aliento y confusos. Habían perdido el tren por unos minutos. Poirot los guio en silencio hasta el salón, donde una sirvienta llegó enseguida con café y puros.

—Ya no la alcanzaremos. El próximo tren hacia Cherburgo sale mañana a mediodía, y el paquebote suelta amarras a las ocho de la tarde.

Bertholet dio un puñetazo contra el reposabrazos de su butaca, estremeciendo las tazas de porcelana fina. Sus últimas posibilidades de promoción desaparecían al mismo tiempo que el tren camino de Normandía. ¡Por unos minutos!

Poirot, impenetrable, fumaba un enorme puro, con los ojos cerrados.

Dimia, de pie, caminaba por la habitación a pasos largos.

—Inspector, ¿no podría decirles a sus amigos de los servicios de inteligencia que detengan el transatlántico?

Bertholet se encogió de hombros sin responder.

Dimia se golpeó la frente.

—Paul, ¿dónde están aparcados sus coches?

Poiret abrió un ojo.

—En el pabellón del jardín. ¿No se le habrá ocurrido hacer el trayecto en automóvil?

—¿Quiere usted saber la verdad, sí o no?

Al cabo de unos minutos, se encontraban ante los dos coches del Rey de la Moda, un De Dion y un Léon Bollée.

Dimia se acercó al De Dion rojo y acarició el capó.

—¡Aquí está nuestra solución!

—¡Ni lo sueñe! ¡Hay casi cuatrocientos kilómetros desde aquí hasta Cherburgo! ¡Y tampoco tenemos la certeza de encontrar gasolina por el camino! ¡Estos automóviles no están hechos para trayectos tan largos! ¡Por si fuera poco, por caminos campestres!

—¿Qué velocidad alcanza?

—Cincuenta kilómetros por hora, pisando a fondo el acelerador.

—¡Cincuenta por diez, quinientos, con eso tenemos tiempo de sobra para llegar a buen puerto! ¡No se hable más!

Dimia manejó la manivela. Poiret y Bertholet se dejaron caer, inquietos, en las suaves banquetas de cuero ablandadas a martillo, hipnotizados por la súbita energía del joven. Dimia se colocó al volante, y el coche arrancó con un petardeo.

Circulaban a toda máquina en el De Dion descapotado, azotadas sus cabezas por las ráfagas de viento, desorientados, hambrientos, sucios y desgredados. Ahora que caía la noche, que no sabían si dormirían ni cuándo encontrarían gasolina, se arrepentían de haberse dejado arrastrar a esta aventura. La ciudad había dado paso a las grandes extensiones desiertas perforadas por lúgubres árboles. Dimia estaba congelado.

¿Cómo había podido Oriane?

Matar a la condesa. A su condesa.

El viento se colaba de rondón por todas partes.

Su vida se descarriaba en todas direcciones, como si estuviera tomando continuamente una gigantesca curva.

Tal vez se había enamorado de una asesina.

La asesina de quien para él era la persona más querida del mundo.

Seguramente Slavski estuviera fabulando. Querría evitar la soga, nada más. En unas horas, vería a Oriane y ella se lo relataría todo. Le daría cuenta y razón de todo. Lo tranquilizaría.

Sus dos pasajeros no decían ni pío, con los dedos congelados crispados sobre sus sombreros, silenciosos ante la avalancha de ruido y humo, de gasolina y estiércol que los asaltaba. Dimia pisó el acelerador.

Ella movió sus menudos pies repitiendo su nuevo nombre: ¡Clarisse Sarthois, encantada! Los tenía bonitos, él ya se lo había dicho. Se rio. ¡Su querido Paul siempre tenía una palabra amable para ella! A veces, detrás de las cajas de

ropa, de una bobina de tela, se abalanzaba a sus pies y se ponía a masajearle el dedo gordo recitándole picardías eróticas. ¡Qué tonto era! ¡Y divertido! ¡Y cuánto lo iba a echar de menos! No había podido despedirse de él. Le había entrado miedo en el último momento.

Pero se estaba distrayendo del tema.

Si quería pasar los siguientes siete días acurrucada bajo sábanas de seda, no tenía que perder el hilo.

Repasó la lista acompañada de fotos.

Miembros de la aristocracia inglesa: lord y lady Noël Leslie, el conde y la condesa de Rothes, sus padres y su prima, Gladys Cherry, el barón Cosmo Duff-Gordon y su esposa Lucile. El *sir* era un rentista escocés y campeón de esgrima. ¡Vaya! Interesante. Pero el pájaro estaba cazado, y su esposa, en las fotos, tenía cara de pocos amigos. Oriane puso morros. Siguiente.

El coronel Archibal Gracie IV, escritor y *businessman* estadounidense. ¿Por qué no? Buena presencia, mirada penetrante, pelo moreno ligeramente rizado, como su precioso juguetito de la fiesta. Pensativa, Oriane acarició la lista. Suspiró. Él no había acudido a su cita en la plaza de la Ópera. Eso podría haberlo cambiado todo. Había perdido su oportunidad. Así que aquello no sería sino otra pesadumbre más. Se lamió el dedo índice y pasó la página.

El vizconde William Pirrie, presidente de Hardland & Wolf, la compañía de astilleros que, entre otros, había construido el Titanic. ¡Un armador, qué buen partido! Encima era irlandés, tenía que dejarlo en la lista. Hizo una crucecita junto a su nombre. Siempre y cuando no vaya acompañado, claro.

En la página siguiente, había puesto a los peces gordos. El coronel John Jacob Astor, multimillonario, y su mujer, de dieciocho años, Madeleine, embarazada de su primer hijo. Su parienta efectivamente viajaba con él, pero no podía descartar a uno de los hombres más ricos del mundo. Además, ella estaba embarazada. Una mujer a punto de alumbrar, por joven que sea, tampoco es muy apetecible. ¡Qué majadería hacían las chicas teniendo hijos! Otros estadounidenses: Benjamin Guggenheim, magnate y hombre de negocios; Isidor Straus, propietario de los grandes almacenes Macy's, y su esposa Ida; George Dennick Wick, cincuenta y ocho años, industrial. Oriane hizo un mohín de repugnancia. Cincuenta y ocho años: ¡un viejo! En el espejeo de la ventana

recubierta de tul, vio de nuevo la dulce sonrisa de su príncipe ruso. Pero volvamos a lo que estábamos. Una crucecita. No debía dejar de lado ninguna pista. La belleza física, en comparación con toda una vida, no tenía mayor importancia que lo que había comido ese mediodía.

Lo que contaba era la libertad.

Oriane examinó la lista, de repente interesada. Ahí estaba quien podría servirle. Karl Behr, campeón de tenis y banquero. Veintisiete años. Rubio, apuesto. Corría el rumor de que se había embarcado en el Titanic para insinuarse a una amiga de su hermana. Un donjuán que parecía tener un gran temple, como ella. Deportista, esbelto, dandi. Puso dos cruces muy marcadas junto a su nombre. El siguiente.

J. P. Morgan, financiero, banquero, coleccionista. Estudió su foto. ¡Puf! ¡Qué feo era! Pero tenía una fortuna colosal. Un genio de los negocios. Panza y setenta y cinco años. Era tan viejo que quizá hubiera esperanza. Seguramente el pantalón casi ya no se le moviera. ¡De todos modos, sería duro! Oriane suspiró. Su misión no era fácil. Dos cruces también.

Milton S. Hershey, industrial y filántropo estadounidense a la cabeza de la mayor chocolatería del mundo. Un comerciante de chocolate no podía ser malo. Examinó la foto. Unos bonitos ojos verdes. ¿Qué edad tenía? Cincuenta y cinco años. Otro viejo. Dos cruces.

Bruce Ismay, hombre de negocios británico, descendiente de una gran familia de armadores. Director de la compañía marítima White Star, la propietaria del Titanic. En la foto, el venenoso encanto de los lobos. La mirada fría, un aire desabrido, un bigote con las puntas curvadas hacia arriba. Personaje impopular, severo con sus empleados. Había decidido en 1907 construir tres paquebotes gigantes: el Olympic, el Titanic y el Gigantic. Un lujo y seguridad sin par. Un inglés, ¿por qué no? Tenía perfectamente calados a esos ingleses francófilos a quienes el acento francés volvía locos, había estudiado las entonaciones, las sonrisillas maliciosas, las boquitas de piñón y ese cimbreo de caderas que desataban erecciones y encendían las miradas... Qué bien conocía a los ingleses.

Sería el *maiden voyage* de su barco. *Maiden voyage*²⁶. Viaje de doncella, de virgen. La virgen atemorizada: sabía cómo hacerlo. Esposa de armador, ¿por

qué no?

La palabra *armadora* entraría por fin en el diccionario.

26 Viaje inaugural de un barco. *Maiden* significa, efectivamente, «doncella». En inglés en el original.

Los tres hombres llevaban circulando horas sin parar. Dimia conducía, sentía náuseas, paralizado por la noche helada, el entrechocar metálico del automóvil y el polvo asfixiante de unas carreteras apenas alquitranadas. Bertholet, mapa en mano, lo guiaba bien que mal. Ya se habían perdido tres veces, habían tenido que desandar el camino, habían discutido escandalosamente y por fin habían acabado callándose. Ya no tenían nada más que decir. Eran tres imbéciles corriendo hacia su perdición, y lo sabían.

Poiret estaba sentado detrás, petrificado como una estatua. Había tirado la toalla. Fin de partida. Por primera vez en su vida se sentía viejo. Ese jovencito, Dimia, con su gesto determinado y su porte de príncipe, la pasión en las pupilas y la ira quemándole los poros, le había dejado hecho un desastre. Era él diez años atrás. Dimia se dirigía hacia la luz, la que fuera, mientras que él estaba zozobrando, de manera lenta pero segura. La verdad es que sin la condesa y Oriane, sin las dos fabulosas orquídeas de su jardín secreto, todo acabaría por resquebrajarse, independientemente de que se tratara o no de un asesinato.

Acababa de completar la primera mitad de su vida y su lento descenso a las tinieblas había comenzado, lo quisiera o no.

Bertholet, con una sonrisa en los labios, ya estaba viendo la cara del comisario cuando le ofreciera todo bien guisado, como en bandeja, un hermoso asado de Oriane Soyer, asesina de la condesa de Slavskaya.

Poiret y Bertholet enseguida se durmieron, mecidos por el coche. Bertholet se imaginaba que dormía a pierna suelta en su cama, esposando una y otra vez a Oriane en su sueño, repitiendo, incansablemente, en el nombre de la ley, Oriane Soyer, ¿quiere usted desposarme? Poiret no soñaba, se limitaba a

roncar como un animal bajo la gran guía de la Estrella Polar. Todo se iba a pique en medio de un fuerte olor a gasolina y un ruido propio del fin del mundo.

Oriane, presa del insomnio, releía su lista. Henry D. Wellington. Magnate del petróleo. Se había olvidado de este estadounidense. Viudo. Una de las mayores fortunas del planeta. Sin hijos. De momento, tenía todas las cualidades. Oriane estudió la foto. Un físico del montón, un bastón. Había leído en alguna parte que se había lesionado en un astillero: una grúa que había explotado. Desde entonces cojeaba, algo que podría resultar práctico: no la perseguiría por todas partes. Una fortuna reciente en los dirigibles, el futuro de la aviación.

Ni siquiera quiso saber su edad.

Henry D. Wellington, cuatro cruces.

18:45. El De Dion, a toda máquina, petardeaba en mitad de la densa muchedumbre que había acudido a contemplar el monstruo de cuatro chimeneas que escupía llamas al sol rojo del atardecer. Poiret acariciaba nervioso el faldón de su americana. Bertholet urdía un plan, con las manos temblorosas.

—El embarcadero debería estar ahí —gritó—, a la izquierda, ¡gire!

—Es más fácil decirlo que hacerlo, no hay quien los mueva.

¡Piii, piii! Dimia accionó su sirena de niebla, inmersa en el clamor de la multitud, y, enseguida, sonó la primera sirena del barco.

—¡Ya casi hemos llegado!

Dimia tocaba el claxon sin parar. Todos tenían los ojos fijos en el gigantesco casco del animal negro que proyectaba su extravagante sombra en los muelles. Nada en el horizonte: ni una Oriane ni una sílfide; ni una beldad desnuda ni una cortesana; ni una modelo ni una asesina, nada más que una multitud compacta, excitada como con la llegada de las fieras a la arena de un circo romano. Las gaviotas, buitres silenciosos revoloteando sobre la muchedumbre, ignoraban soberbiamente la agitación que tenía lugar por debajo.

—¡Tenemos que ir hasta allí a pie!

Dimia detuvo el motor y los tres hombres abandonaron el coche en mitad del muelle para precipitarse hacia el embarcadero.

—¡Es ella, allí en lo alto!

Poiret señaló con el dedo al enjambre de pasajeros hacinados en el puente superior.

—¡El sombrero! ¡Es el mío, lo confeccioné hace unos días! ¡Modelo Veronés, la pluma de pavo real recta! ¡Es ella!

Dimia y Bertholet levantaron los ojos al cielo. Se veía una minúscula silueta indolente acodada de la que sobresalía una pluma azul noche con reflejos esmeralda, fina como una cuchilla de afeitar. Los tres agitaron los brazos. Iban a retirar el embarcadero. El navío, ahora separado de su base de lanzamiento, se disponía a partir rumbo a las profundidades del océano, hasta esa tierra de América codiciada por todos.

Los tres hombres corrieron hasta la primera barrera.

Bertholet, sin aliento, tendió su tarjeta de policía al empleado.

—¡Policía! ¡Detengan el barco! ¡Hay una asesina a bordo!

El empleado, sacando pecho con su uniforme de botones dorados, miró desdeñoso a aquellos desconocidos cubiertos de polvo que olían a fuel y a campo, y que hablaban todos al mismo tiempo. Un hombre azorado, pero de punta en blanco; un joven febril y trajeado, ¿y ese que decía ser comisario parisino, con un viejo uniforme y una gorra de obrero? ¿Así vestían en París a los polis? Giró la cabeza hacia el casco del barco y se encogió de hombros, señalando con un gesto fatalista las lustrosas pasarelas del navío.

—¿Cómo quieren que avise al capitán?

La palabra *capitán* le hizo estallar de risa, luego se acordó de que, en cualquier caso, se hallaba ante un representante de la ley y recobró la seriedad.

Desconcertados, los tres hombres miraron fijamente la pluma azul.

Las últimas anclas se levaron, las últimas amarras se desataron cayendo en un agua llena de manchas de aceite multicolores y de peces asfixiados que flotaban, espejeando, bocabajo.

La sirena del barco resonó una última vez.

La pluma azul desapareció, y los tres hombres, al unísono, profirieron un grito de rabia.

Oriane fumaba en la pasarela superior, luciendo el sombrerito de Poiret que había hurtado el último día, por impulso, todo había que decirlo, con la pluma azul sobre la frente que se meneaba a cada respiración, a cada movimiento, por imperceptible que fuera, de su radiante rostro... Desde la víspera estaba lidiando con una ligera náusea... Debía de ser el balanceo del tren por la noche y, ahora, la vibración del paquebote...

O podía no ser eso.

¿Cuándo la había contraído? ¡Qué extraña era la vida!

Cerró los ojos y dio una larga calada a su cigarrillo.

Ya está, ya estoy aquí. Me sujeto fuerte a la barandilla del transatlántico más grande del mundo, me apoyo en ella, elegante. Mejor hacer como si nada, como si todo fuera normal, perfectamente normal. Abajo he pasado un calor tremendo. Esos ignorantes no querían dejarme pasar a primera clase. Por fortuna, un *gentleman* acudió en mi ayuda y los convenció. Un hombre sensible al sombrero Veronés y a los zapatos de armiño, acostumbrado a socorrer a jovencitas en apuros. Me ha creído cuando le he explicado que mi sombrero había rodado más allá de las señales de prohibido, en segunda clase, y que había tenido que ir a cogerlo. Ha discutido unos instantes con los empleados, que me cortaban el paso y que luego me han dejado entrar. De todos modos, es aberrante tener que necesitar a un hombre para hacerse oír. Su besamanos ha sido demasiado cariñoso al final.

Pero lo más duro ya está hecho.

Ahora tendré que apresurarme. No me puedo permitir un solo error.

Nada de dormir en tercera esta noche.

Ni esta noche ni las siguientes.

Ni nunca más.

Deberá verme con mi mejor cara, quedarse cautivado en el acto. Por suerte, Paul me enseñó ademanes, a realzar mi belleza, la riqueza de mi ropa y también todo lo que complace a estos señores. La boca, me decía, enséñame tu boca. Tus labios, oh, sí, tus labios de rosa, enséñamelos, que dé la impresión de que te abres entera a mí, que se piense en ti como un orificio galante, eso es, un orificio galante y elegante, que los hombres te escuchen bebiéndose tus palabras, mirando fija y desesperadamente tus labios para adivinar en ellos sus contornos, el terciopelo, que se imaginen locuras en tu boca, oh, cielo mío, mi pequeña Oriane.

Ese bueno de Paul. Le debo casi todo...

Alzó la cabeza hacia las chimeneas del barco, rojas y negras, amenazadoras. El barco más grande del mundo, el único de cuatro chimeneas, un *ocean liner* hecho para las personas como ella, las intrépidas, las aventureras. También las ricas.

En efecto, con lo de la condesa no se había cubierto de gloria. Un accidente lamentable, pero un simple accidente. ¿Quién la creería? Los policías habían tomado sus huellas y solo era cuestión de días que las identificaran. Debían de estar por todas partes. ¡A saber lo que esas novedosas técnicas podrían revelar! Y, pasara lo que pasara, ese sádico de Slavski acabaría denunciándola, por más que le hubiera asegurado que no diría nada a la policía. Ella le había entregado el collar a cambio de su silencio.

El muy cerdo.

Ese collar era su mayor pesar. Paul se lo había prometido. Él había ido a verla, todo avergonzado, y le había dicho, mira, Oriane, tengo un problema, tendrás que esperar un poco... Y le había creído, hasta que vio el pecho arrugado de la Slavskaya adornado con la gargantilla la noche de la fiesta. La condesa yacía debajo de montones de prendas, durmiendo la mona. Lo único que ella quería hacer era recuperar lo que era suyo. Dar al César lo que es del César... Fue en ese momento cuando todo dio un vuelco. La pilló

desprevenida. Cuando intentó arrancarle el collar, la condesa se despertó de su letargo alcohólico y luchó con todas sus fuerzas... Y luego, de repente, ¡pum!, se golpeó la cabeza con el radiador y volvió a caerse, toda floja, como una muñeca de trapo. Pero Oriane no se dio por vencida. Ese collar le pertenecía de pleno derecho. Estaba desabrochándose cuando llegó Dimia. ¡Dimia! ¿Qué estaba haciendo él allí? Oriane se escondió detrás de una cortina y aprovechó la confusión general para recuperar lo que era suyo y desaparecer antes de que llegara la policía. La escalera de servicio, una ventana abierta, y la princesa de *Las mil y una noches* ya había volado. ¿Slavski se estaba marcando un farol cuando decía que la había visto robando la gargantilla? ¿Quién sabe? No tuvo más remedio que darle el collar unos días después.

Ese perro le había robado el capital de su empresa de moda, el comienzo de toda una mecánica que debía ponerse en marcha en cuanto pusiera un pie en América. Por culpa de ese cerdo de Slavski, había tenido que vender la blusa de Dimia, que le había robado mientras él dormía, esa que ella quería guardar como recuerdo...

Qué lástima...

Aquella noche había sido tan diferente...

Dio una calada a su cigarrillo y contempló el hervidero de gente que se apiñaba en el muelle.

Un coche se abría camino con dificultades en mitad de los curiosos.

Oriane exhaló el humo de su cigarrillo lentamente, como un yogui en la postura más jubilosa y difícil posible. A veces la vida nos hace pasar al lado de lo esencial... De ningún modo podía abandonarlo todo por él..., por una sencilla quimera... ¿Cómo podía confiar en los hombres?

Aplastó su cigarrillo y sacó del bolso un artículo de periódico que desplegó con cuidado, como si estuviera hecho de una lámina de oro. Abajo, unos minúsculos puntos en la multitud, los curiosos miraban las chimeneas del paquebote, con las cabezas tan inclinadas hacia atrás como para descoyuntarse las vértebras. Tenía cuatro minutos para decidir adónde ir a pescar el pez más gordo de su vida. Era indispensable que no se equivocara. Debía meterse en la piel de un magnate estadounidense. ¿Qué haría ella en su lugar? Releyó en diagonal algunos artículos relativos al barco. Se hablaba de dos espacios, el

Café Veranda y el fumadero. Miró distraídamente por la borda, vio el automóvil deteniéndose y tres siluetas bajándose de él. Todo le parecía sumamente lejano, como a mil mundos de su cuerpo, el muelle, el puerto, la ciudad y Francia...

Europa...

La ligera náusea volvía a invadirla, como una marea infinitesimal...

Si la vida pudiera ser diferente, más dulce, más amable con ella... Con Dimia quizá... Un porte, una elegancia natural que lo hacían interesante, que le labraban un porvenir, ¿verdad?... Y romántico, estaba segura de ello, con un romanticismo sentimental carente de todo pensamiento deshonesto...

La sirena del barco resonó justo a su lado, haciendo vibrar el lustroso suelo a sus pies. ¿Y si le hubiera pedido a Dimia que la siguiera?

Los tres hombres, plantados delante del automóvil, hacían aspavientos a un pasajero que debía de encontrarse en la misma pasarela que ella. Entrecerró los ojos para ver mejor, pero el sol ya estaba poniéndose. Imposible distinguir nada. Lanzó una mirada más a la multitud apelotonada a los pies del barco, llenándose por última vez de su presencia sofocante y absurda en mitad de aquel paisaje marino hecho de yodo y de viento, anacrónico como esta costa de Normandía al contrario que su vida parisina. Las tres hormigas negras gesticulantes se habían abierto camino hacia el embarcadero y trataban de atravesar la barrera del equipaje. Los motores giraban a pleno rendimiento, y una nube acre se alzaba en el cielo gris.

Entonces, ¿café o fumadero? El fumadero era más viril, ¿no? Al Café Veranda iría mañana por la mañana, para el desayuno, con él a su lado.

Un café era para galantear a una mujer o para despertarse.

Un fumadero, para alardear con otros hombres de sus éxitos y conquistas.

Ella necesitaba un hombre viril.

Ella necesitaba un hombre.

Venga, el fumadero.

Echó una última mirada a la vieja Europa. La multitud delirante agitaba sus pañuelos y bastones, lanzando al aire sus sombreros como para decir adiós a su pasado, adiós a todas las locuras que ella había hecho, a todas las que no volvería a hacer jamás. Como si millones de personas hubieran venido

expresamente a saludarla por última vez. Su último paso por escena, los últimos aplausos antes del telón.

Se colocó los guantes blancos y, con gesto cansado, se despidió de la muchedumbre anónima como una soberana: adiós a sus recuerdos y sus remordimientos, a sus penas y alegrías, a sus lloros y sus risas, también a Dimia, su amor de una noche quien, para siempre, a pesar de él y a pesar de ella, sin que ni siquiera él lo supiera, había cambiado su vida.

Se adentró en el navío. El olor a pintura fresca y a cera se le metió en la garganta. Se acabó el carbón que se consume y el pescado podrido. Había nacido Clarisse Sarthois.

Las tres hormigas dejaron de gesticular en ese mismo instante.

En el fumadero lo reconoció de inmediato: estaba a unos metros de ella arrellanado en un sillón de cuero, dando una enorme calada a su puro mientras departía con sus conocidos, fingiendo ignorar ese momento mágico de la partida, escondiendo el nerviosismo que inspiraba a todos el zarpar del transatlántico más grande del mundo.

Henry D. Wellington, futuro marido.

Oriane caminó, profirió un débil grito y se desmayó delante de él de suerte que su guante blanco rozara como un suave cachete en el hombro de su presa.

Clarisse de Sarthois, para servirle.

Su nueva vida acababa de empezar.

En ese mismo momento, el navío se estremeció.

14 de abril de 1912

16:00 horas GMT. Dimia, vestido de Poiret de la cabeza a los pies, llega al notario tras haber entregado sus últimas monedas al autobús que lo ha traído hasta aquí.

16:35 horas GMT. Después de unas firmas, Dimia sale millonario, con una carta de la condesa en el bolsillo. No tiene un céntimo y regresa a su casa a pie.

16:50 horas GMT. Dimia empuja el pesado batiente de madera de moabi de esa casa que vuelve a ser la suya.

17:00 horas GMT. Dimia llama a Astrid y le pide que le traiga un té. En el borde del tocador se halla el aceite de copra.

17:01 horas GMT. Dimia saca la carta de la condesa que le ha dado el notario.

Mi querido Dimia:

Esta misiva será breve. No quiero hacerte perder el tiempo. Puesto que tienes esta carta en tus manos, yo estoy bajo tierra y, desde ahora, tú eres rico. Era necesario confesarte algo con el fin de poder morir en paz. No soy esa que has creído que era. No soy la condesa de Slavskaya, aunque sí hija de zar. Bueno, tal vez. No todo lo que te he dicho era falso.

No te contaré mi vida, mis alegrías y sinsabores. Mis alegrías las conoces, y quería darte las gracias por haberme apoyado tan a menudo, por haberme protegido de mí misma. Mis sinsabores más grandes habrán sido el padre y, a continuación, el hijo. Pero no me obstinaré en los detalles.

Solo has de saber que crie a un monstruo y que me he pasado la vida expiando ese pecado.

Has de saber también que he sido feliz a tu lado. Gracias a ti he pasado los momentos más bellos del veranillo de mi vida. ¡Cómo nos hemos reído juntos! Te quiero como a un hijo, como a un marido, todo eso a la vez y mucho más que eso todavía. Ahora que ya me he ido, olvídate. Haz tu vida. Para mí, este es el final del viaje. El médico me ha dicho que no me queda mucho tiempo más, seis meses a lo sumo, que el alcohol y el opio, de los que he abusado toda mi vida, pronto me resultarán fatales.

Además, ya estoy cansada. Lo sé, todavía soy joven, y si estuvieras aquí te apresurarías a arrojarte a mis pies para suplicarme que me quedara. Pero mis tiempos felices pertenecen al pasado. Tengo el sentimiento de haber vivido cien vidas en una. Es en su último veranillo cuando la gente bien nacida decide desaparecer. Me consuela saber que en este cabal instante derramas una lagrimita por mí. ¡Yo me río de la cara que pondrá mi hijo cuando se vea desheredado!

Tienes que hacer grandes cosas, Dimia. Mi dinero te facilitará la tarea. Y, además, gustarás. No te equivoques. Retoma el camino de los destinos lejanos, continúa con tus andanzas. No estoy segura de que Europa sea esa tierra de asilo con la que soñabas cuando nos conocimos. Sueño para ti con trenes y transatlánticos, mujeres ociosas que te tomarán bajo su cuidado para llevarte al otro extremo del mundo.

No vengas demasiado pronto a reunirme conmigo.

Con todo mi afecto,

IEKATARINA CHIRKOVA

17:15 horas GMT. Dimia contempla en el espejo su reflejo de joven millonario, preguntándose si, finalmente, todo eso no ha sido más que un descomunal malentendido entre Oriane y él.

18:00 horas GMT. El Titanic se adentra en las aguas oscuras, traicioneras y gélidas de Terranova.

02:37 horas GMT. Dimia da vueltas mientras duerme, molesto por la fría quemazón de la lengua de su princesa de *Las mil y una noches* recorriéndole la nuca.

02:38 horas GMT. El Titanic choca con un iceberg.

*Veinticinco años más tarde
12 de noviembre de 1938,
explanada de la casa de subastas Drouot*

Poiret, despeinado, erraba, cuaderno de bocetos en mano, llamando a los apresurados transeúntes, asiéndolos de la manga para pedirles unas perras a cambio de un dibujo, de una caricatura... Un artículo de periódico sobresalía de su bolsillo, amarillento ya por el fulgor de la luna. Se encaminó hacia un banco de madera azul pálido y se dejó caer en él. Aquel azul cerúleo desentonaba en esa calle gris y ruidosa. ¡Qué azul! Un tullido sin piernas pasó en su carreta, con los brazos magníficamente musculados, los ojos mirando al vacío. Enganchadas a las ruedas, ondeaban dos banderitas tricolores. La víspera se había celebrado el armisticio. ¡La Gran Guerra lo había cambiado todo! Desde entonces, se querían cosas útiles, prácticas, cortas. Por culpa de esa maldita guerra, la casa Poiret había iniciado su lento descenso a la bancarrota. Se habían acabado las plumas de pavo, las florituras, las incrustaciones de oro y de esmeraldas, los satinados, el exotismo, Rusia, Japón, Irán o China. Bastaba una guerra mundial para que ya nadie quisiera nada procedente del extranjero... Su marca había sido copiada sin vergüenza alguna en los Estados Unidos y, a continuación, en el mundo entero. Habían circulado birriosos patrones y falsas etiquetas impresas en prendas de pésima calidad que aceleraron su caída... Sobre todo, en los Estados Unidos... Le habían dicho que las falsificaciones que más le habían perjudicado procedían de Nueva York...

Qué tiempos crueles...

Con sus uñas manchadas y amarronadas, que se habían tornado más gruesas, Poiret rascó con expresión pensativa la pintura del banco que se desconchaba y descubrió un magnífico amarillo yema de huevo. Serviría para hacer una preciosa blusa. Un hallazgo este banco. Instalémonos en él, hagamos como si estuviéramos en casa. ¿Dormir al raso esta noche? Quizá. Bajo la mugre de los días difíciles, las noches parisinas aún seguían teniendo para él cierta poesía. ¡Cuán diferentes eran de todas las noches de tempestades, orgías, orgasmos y locura que había vivido tiempo atrás!

Un recuerdo.

Los simones y los cascos huecos de los caballos, resonando en el adoquinado, tan románticos, se habían acabado.

Poiret dejó el sombrero a su lado. Ese sombrero era su último amigo. Un sombrero de copa, forrado con una seda rarísima comprada en un bazar de Casablanca del brazo de su Denise durante su luna de miel. Había pasado tiempo desde entonces... Voló, fue un espejismo, su fortuna dilapidada, las mujeres desaparecidas, todas las mujeres... Oriane, Denise, Manon ¡y las demás!

Svetlana, a tres metros bajo tierra.

Oriane, a tres metros bajo el mar.

Manon, casada con un ricachón.

¡Y Denise, ay, Denise!

Se había dejado engañar como un tonto.

Tras el escándalo de su divorcio y la quiebra financiera de su casa de modas, Poiret se había alejado del mundo sin hacer ruido. Un admirador secreto continuaba ingresándole dinero. Todos los años, el día de su cumpleaños, recibía de los Estados Unidos un enorme sobre lleno de miles de dólares. Jamás los había cambiado, echándolos en un cajón a medida que los iba recibiendo, contemplando con delectación esa pila de riqueza que se acumulaba. Seguía teniendo, pues, a alguien que pensaba en él allende los mares. Los demás, en cambio...

Miró la calle, que era un hervidero de piernas de mujer. Ahora ellas se atrevían a todo, incluso a exhibir las pantorrillas. ¡Qué horror! Rara vez se veían ya penachos, ni sortijas, ni bastones ni monóculos. Apenas acababan de

desaparecer los bigotes. Las mujeres se dedicaban a la alta costura. Coco Chanel hacía estragos con su *petite robe noire*, sus trajes de punto, su Número 5. ¡Qué nombre tan estúpido para un perfume! Pero eso gustaba: la sobriedad era ahora sinónimo de elegancia. Sus primeras dificultades financieras habían coincidido con el lanzamiento de ese perfume sintético, sin profundidad.

Era él, Poiret el Magnífico, quien lo había lanzado todo, quien lo había iniciado todo y, a continuación, le habían copiado todo para acabar suplantándolo a él.

¿Adónde habían ido los arabescos de la Belle Époque? Ya no se podía soñar tranquilo.

Qué extraña es la vida, pensaba al tiempo que seguía con la mirada a los transeúntes que ni siquiera lo miraban de reojo, a él, el Rey de la Moda que había electrizado a multitud de mujeres en el mundo entero; que había viajado por doquier en busca del tejido más sedoso, de la armonía de colores más imprevista; que había hollado Francia con Colette para el vestuario de *La vagabunda*; que había organizado la inenarrable fiesta de Baco, con trescientos invitados y novecientas botellas de vino, con la Duncan en persona y sus Isadorables, quienes habían cantado y bailado sobre las tablas; él, que había solazado a la multitud de la exposición internacional de artes decorativas con tres chalanas sobre las cuales había presentado su colección; que había inventado el perfume de moda, la fotografía de moda, en definitiva, ¡todo!

¡Ay, las chalanas! Amours, Délices y Orgues... Su última genialidad.

Ahora que estaba perdido para siempre, era un desecho humano a quien nadie veía, a quien se esquivaba como se esquivo el tocón de un árbol.

El año en el que él había quebrado, 1929, la gente se había deshecho de kilos de sus creaciones.

Kilos.

Para hacer con ellas felpudos y rellenos de cojines.

Sonríe.

Sonríe y saca de su bolsillo el recorte de periódico que tantos recuerdos le trae. *La Gazette de l'Hôtel Drouot*. Lo había recortado cuidadosamente con sus tijeras favoritas, esas que llevaría encima hasta la muerte y gracias a las

que, tiempo atrás, hiciera maravillas directamente sobre un cuerpo cuando, en congregaciones que semejaban las de los fieles en las misas, ante una multitud atónita, como un prestidigitador, cortaba en menos de cinco minutos un vestido de gala o un abrigo de automóvil... Desplegó el artículo. En él se anunciaba la subasta del legado de Bergeron. Desde hacía veinte años los grandes aficionados aguardaban la muerte del último descendiente de esa familia de mecenas para que por fin saliera a la luz la más vasta colección de arte y de moda de Europa. El vendedor de periódicos que había más abajo en esa calle, y que lo conocía, le daba *La Gazette* siempre que su nombre se mencionaba en ella. Todavía tenía admiradores.

Hoy se vendía algo importante: la parte superior del traje que había llevado Dimia en Las Mil y Dos Noches, así como el tristemente célebre collar de diamantes que había sido el origen de todo. Alisó el papel con la palma de la mano. ¡Cuántos recuerdos! Una historia rocambolesca digna de sus memorias, *En habillant l'époque*²⁷. Un éxito que fue destruido con el tiempo. ¡Hacía tanto de aquello! Como si hubiera vivido dos vidas, una tras otra, sin ningún vínculo entre ambas. Todos sus colaboradores, todos sus amigos y su familia lo habían abandonado, de manera lenta pero segura, uno a uno. ¡Un tío Goriot²⁸ moderno, eso es lo que era él!

En su autobiografía había pasado el caso Slavskaya por alto, por consideración a sus dos musas, tan diferentes la una de la otra: la joven Oriane, hermosa y ambiciosa, que tenía todo por ganar en la vida, y la vieja Svetlana, más hermosa aún y de vuelta de todo, que ya no tenía nada que perder. Acaso aquello era lo que había dado renombre a la casa Poiret, esa tensión entre esos dos destinos femeninos tan opuestos y, sin embargo, tan próximos. Nunca se había sabido si Oriane había muerto o no en el naufragio del Titanic. Su nombre no figuraba en la lista de pasajeros. Pero las huellas dactilares encontradas junto al cuerpo de la condesa eran las suyas, e Ígor había testificado contra ella. Aquello había bastado para que la condenaran en rebeldía. A él todavía le costaba creer esa historia. ¿Oriane, una asesina? Seguramente habría querido recuperar el collar —¿se podía imaginar muy bien su enfado!— y le habría seguido una pelea. El caso fue archivado enseguida; Ígor, liberado.

Bertholet le había contado el final de la investigación. El comisario había sido destituido de sus funciones con el desmantelamiento de la red de opio del Faubourg Saint-Honoré. Era cómplice y cerraba los ojos a cambio de una buena suma de dinero. A Bertholet lo habían puesto al cargo de la brigada de estupefacientes recién creada. ¡A dos pasos de él! Los Poiret habían quedado limpios de toda sospecha y la casa no se había resentido por aquello. Bertholet había acabado en el Ministerio de Asuntos Exteriores y Champlain en una oficina de mala muerte.

Gracias a los Lansquenet, él había logrado seguir durante algún tiempo el rastro de Ígor, quien había tenido un extraño destino. Se decía que se había lanzado a una carrera militar; que había hecho maravillas en la guerra a las órdenes del mariscal, el gran vencedor de Verdún; que, tras el armisticio, había sido condecorado por sus hazañas y el servicio rendido a Francia; que había corrido inmensos peligros, que había demostrado un coraje absoluto; que, luego, de buenas a primeras, había desaparecido del mapa. ¡Pam! El pájaro se había esfumado. ¿Se había puesto a sueldo de los teutones? ¿De Stalin? Eso era lo que se rumoreaba. Hablaba perfectamente alemán y ruso. Además, tenía buen genio. El espía ideal. Los Lansquenet, mortificados, habían relegado al olvido a su joven protegido, declarándolo desaparecido. Un mero suelto en los periódicos. Acto seguido, anulada la unión con Juliette, esta había vuelto a casarse con un señor de edad respetable procedente de una buena familia francesa, católica y con varios siglos de antigüedad.

Y Dimia, ¿qué había sido de él? La colección «El hombre del mañana» y sus extravagantes fotos, publicadas en *Vogue*, habían sido un fiasco, pero ese hombre y su físico a lo Pushkin habían gustado. Leyó su nombre varias veces en las revistas de cotilleos. En la actualidad, era un cotizado actor de cine: la fiesta lo había lanzado. Nada más ver la película de *Las Mil y Dos Noches*, Roger Félix lo había contratado en el acto. Cuando él mismo había tenido problemas financieros, Dimia incluso le había ofrecido dinero, pero él se había negado a aceptarlo. Por orgullo. Y se habían perdido de vista.

Sin embargo, a pesar de toda la miseria del mundo que llevaba en sus adentros, a pesar de sus uñas amarillas, endurecidas, de su espalda encorvada, de sus ojos cada vez más viejos y que ya no veían bien, Poiret empezó a

reírse, con una risa invisible y silenciosa que salía de las profundas entrañas de su ser, una risa que venía del pasado, de ese pasado calavera hecho de comilonas y chifladuras, de excesos y de orgías, esa risa que, un día, en otro tiempo, hacía tantísimo tiempo, había sido la suya...

De haber alzado la cabeza en ese momento, habría visto a un hombre con la más hermosa indumentaria pasar de modo apresurado, con la gaceta *Les Échos de Paris* cuidadosamente plegada bajo el brazo, seguido de su secretario personal desalmándose detrás de él e intentando bien que mal caminar a su altura.

Seguramente no lo habría reconocido.

²⁷ Publicadas originalmente en 1930, en español aparecieron con el título de *Vistiendo la época* en la traducción de Boris Bureba, recuperada en 2018 por la editorial sevillana Renacimiento.

²⁸ El tío Goriot, protagonista de la novela homónima de Balzac incluida en *La comedia humana*, tras haber amasado una gran fortuna, muere en la extrema pobreza, olvidado por todos, hasta por sus propias hijas.

Sentado en los incómodos bancos de la gran sala de la casa de subastas Drouot, Dimia ya se arrepentía de haber enviado a su secretario personal, Vladimir, a la primera fila con el objeto de que este realizara las pujas en su lugar. Había preferido mantenerse al margen y se había equivocado. La gente cuchicheaba. Es él, ¿no?, Ostrov. ¡Fíjate, la misma cara que en la pantalla! ¿Crees que le puedo pedir un autógrafo?

No habían tardado mucho tiempo en reconocerlo.

Dimia se sumergió en su periódico. Las noticias eran lúgubres, demasiado lúgubres.

Antes de ayer, en la noche del 9 al 10 de noviembre, el Reich alemán fue el escenario de un sangriento ataque a la población judía: decenas de sinagogas fueron incendiadas y miles de comercios y viviendas saqueados. Se cuentan varios centenares de muertos y, según fuentes fidedignas, la cifra no dejará de crecer.

El Gobierno francés ha declarado que solo puede deplorar esta falta de consideración del Reich hacia su población judía y desea que regrese la normalidad lo antes posible.

Un estremecimiento de desprecio recorrió su cuerpo. ¿«Deplorar», «falta de consideración»? ¿De qué estaban hablando? ¿De un salón de té, de modales en la mesa? ¿Conque esa era Francia, su país de asilo? Cierto es que se estaban denunciando los excesos del Reich, pero ¡con qué lenguaje!

El de los cotillones y los derbis de los tiempos de la condesa.

Todos esos años, había intentado mezclarse con la gente, mostrar un aire

burlón, hablar de trapitos, de arte y de progreso en la terraza de los cafés de los grandes bulevares, gritar contra el Estado y la política, comentar sin cesar el tiempo que hacía, como los franceses. En vano. Las nieves muertas y los ventrudos samovares de su juventud lo transportaban a la eterna monotonía parisina, oprimiéndole la garganta como un torno.

Nunca sería francés.

Sería «el judío» por siempre jamás, y la sangre de su tío, en la hacienda del conde de Volinka, nunca dejaría de derramarse, carmesí, sobre la nieve manchada con el odio de los hombres.

«Dimitri Moiséyevich Ostrov, el actor judío más célebre de Europa», así habían titulado un largo artículo sobre él en el último número de *L'Écho des Spectacles*, desenterrando en esa ocasión ese segundo nombre de pila bíblico que él se había cuidado de ocultar durante todos esos años. Todavía oía, como una música dolorosa, la áspera voz de Svetlana leyéndole las últimas palabras de su carta... «Retoma el camino de los destinos lejanos, continúa con tus andanzas. No estoy segura de que Europa sea esa tierra de asilo con la que soñabas cuando nos conocimos. Sueño para ti con trenes y transatlánticos, mujeres ociosas que te tomarán bajo su cuidado para llevarte al otro extremo del mundo».

¿Y si él se hubiera equivocado? Había que ser realista. La situación de los judíos en Europa no hacía sino empeorar. Tras la adjudicación de la herencia, no había seguido los consejos de la condesa, vendiendo enseguida su apartamento en los Elíseos para volver a su residencia de la Chaussée-d'Antin, donde todavía sentía la presencia cantarina de ella, y a ese barrio suntuoso, testigo de los fastos pretéritos de eso que ahora se llamaba la Belle Époque, cerca de la propiedad de Poiret, dismantelada y derribada para hacer de ella unos inmuebles de viviendas. ¡Poiret, qué genio! Pero los genios eran orgullosos, incluso cuando estaban apurados económicamente, y él no había atendido las numerosas tentativas de Dimia para hacerle llegar algo de dinero. Decían que había caído en la miseria, hecho fehaciente de que corrían tiempos turbulentos.

Recorrió con la mirada a la concurrencia. Un hervidero de sombreros que se empujaban unos a otros: pequeños sombreros *cloche*²⁹, canotiers, de fieltro,

sombreros diminutos de mujer y boinas. Descubrió incluso una Totenkopf³⁰. ¿Desde cuándo nuestros enemigos se interesaban por el arte? ¿Acaso no era aquel un país de degenerados, de débiles, que habían capitulado ante el Guía hacía unos meses, en Múnich, durante los acuerdos en los que se había firmado la sentencia de muerte de Checoslovaquia? Y lo que acababa de suceder en Alemania le daba mala espina. Una hermosa noche, una preciosa noche.

Una noche cristalina que brilla y que canta.

Se oía un difuso murmullo entre la concurrencia, como en una misa. En escena, los comisionistas de cuello rojo trajinaban en silencio. Dimia sentía su corazón triste y errante. Esa venta lo apesadumbraba, removía el fango de su vida. No sabía si Oriane había perecido en el naufragio del Titanic o no. Además, él nunca se había podido hacer a la idea de que la joven se hubiera ahogado justo en los albores de una nueva vida que debía de haber esperado durante tantísimo tiempo. Sus indagaciones, que habían durado años, no habían aportado nada. Su nombre no aparecía ni en la lista de supervivientes ni en la de desaparecidos. Ir a buscarla a América, si es que había llegado hasta allí con un nombre falso, era como buscar una aguja en un pajar. Había recorrido las calles de Manhattan años atrás, cuando se estrenó su película *Cible*, que había supuesto para él un pequeño éxito al otro lado del Atlántico, y se había preguntado si en el brillo de los ojos femeninos que se posaban en él debía ver un resto de la mirada de Oriane. Pero nada, ninguna señal del destino, ninguna carta, ningún contacto. ¿Estaba muerta o no? No era ni mucho menos seguro. ¿Había siquiera puesto un pie en el barco? ¿Acaso aquella pluma que ellos habían creído vislumbrar desde la orilla había sido un espejismo? ¿Acaso podía uno estar enamorado de una muerta? No obstante, probablemente este era el caso. O bien, enamorado de un recuerdo.

En veinticinco años, las mujeres que se habían amontonado a su alrededor no habían conseguido hacer que olvidara por completo. Él, cuyo estatus de actor de cine le había abierto las puertas de la seducción, no había encontrado a la mujer de su vida tan esperada y con la que se cruzaba por todas partes en los guiones de las películas que rodaba. Una mujer imaginaria. Las aventuras se habían sucedido unas tras otras, pálidas y sin consistencia, sin que le entraran deseos de quedarse con ninguna de ellas.

Se había convertido en un objeto de deseo que no sentía deseo.

Anastasia había sido su primera conquista, y Oriane, su segunda y última.

Su secretario se dio la vuelta y le hizo una seña con la cabeza. ¿Le parece bien?, parecía estar preguntándole. Dimia reprimió un movimiento de impaciencia. Sus instrucciones habían sido cristalinas: crédito ilimitado, aunque se dejara en ello su fortuna. Vladimir tenía orden de comprar en su nombre la blusa de Las Mil y Dos Noches, que había resurgido de la nada hacía unas semanas en la lista de objetos de la colección Bergeron.

Él la quería y la tendría, hoy mismo.

Un recuerdo, algo que no tenía precio.

En cuanto al collar, vacilaba. Podría ser una imitación. Este había sido robado poco después de la adjudicación de la herencia. Dimia no había presentado denuncia alguna, contento con que esa ave de mal agüero se hubiera marchado de un soplo. Lo había metido al fondo de un cajón para olvidarlo y, un buen día, el collar había desaparecido. ¿Astrid? Esta se había cogido un buen piso en pleno corazón de París, cerca de Maxim's, contando a quien quisiera escucharla que la condesa le había procurado una buena renta.

Qué asunto tan curioso, en cualquier caso, lo de Las Mil y Dos Noches. Mucho había llovido desde entonces. Había habido una guerra, la Gran Guerra; él había vivido el éxito, las mujeres, los viajes. Había tenido suerte. En lugar de enviarlo al frente, lo habían reclutado para hacer traducciones, pues hablaba los tres idiomas de la Entente: francés, inglés y ruso. Gracias, señor y señora Volinka. En cuanto a Rusia, qué historia tan extraña. Los comunistas habían acabado ganando, y él ya no volvería a ver el país de su infancia. Desde entonces, era la Unión Soviética. Si regresaba, lo matarían como a un perro, bien por espionaje, bien sencillamente por ser judío. Qué cosa tan rara saber que había contribuido, a la escala microscópica de los pocos meses pasados en la organización, a la victoria de los comunistas.

Pero hoy todo aquello no tenía la menor importancia. Hoy él había vuelto para recuperar su propiedad y encarar sus recuerdos.

Hundió la cara en las manos, tratando de rehuir esas miradas que, posadas en él, escarbaban en su cuerpo, en su rostro, en su atuendo. Su secretario intentaba cruzar su mirada, sin conseguirlo: necesitaba saber si el señor

Ostrov deseaba pujar por el collar o no. ¡Vamos, vamos, gire la cabeza, rápido, enseguida! ¡Dígame, por Dios Santo, si quiere comprarlo o no!...

El martillo del subastador estremeció los bancos al pedir silencio.

El secretario se giró con pesar hacia el púlpito.

Demasiado tarde.

²⁹ El sombrero *cloche* o sombrero campana, de reducido tamaño, ala muy corta y forma cilíndrica, fue el característico sombrero femenino predominante en la década de 1920, que las mujeres se calaban encajado en la cabeza, de manera que no podía llevarse con pelo largo e imponía una moda claramente masculina.

³⁰ Insignia con una calavera empleada por diferentes guerreros germánicos desde la Edad Media y adoptada por las SS nazis.

Al otro lado del pasillo central, en medio de la sala, había un oficial, rígido, con su camisa parda impecablemente confeccionada por un gran sastre alemán³¹, fuera de lugar en ese paisaje de pañuelos de seda y cuellos de nutria. Un aroma a vetiver lo envolvía. El hombre estiraba el cuello para no perderse el espectáculo. ¡Y pensar que ese collar le pertenecía de derecho...! Desgraciadamente, no podía acariciar la esperanza de comprarlo. Con su deserción de las filas francesas, se había visto obligado a decir adiós al legado Lansquenet, y sus emolumentos de militar, que, con todo, le procuraban cierta comodidad, no le permitían aspirar a semejante joya.

Casi se arrepentía de haber acudido allí. La sola mención de Poiret y de Las Mil y Dos Noches en el programa de la subasta hacía que la rabia se apoderara de su corazón, recordándole su vida pasada, sus rencores, sus extraños inicios en los brazos de una madre que jamás lo había amado y de un padre muy pronto muerto en el campo de batalla. Él había estado en el campo de batalla. Su padre se habría sentido orgulloso de él. Jugándose el todo por el todo, se había pasado al otro bando, y la amplitud de sus conocimientos sobre las tácticas militares francesas, así como su perfecto dominio del francés y del ruso habían vencido la desconfianza. Espía a sueldo del Guía. Por un momento, se le pasó por la cabeza unirse a Rusia, pero la xenofobia manifiesta del Padre del Pueblo le hizo recelar. Allí no necesitaban a los especialistas en estrategias extranjeras ni a los intérpretes, tan ocupados como estaban en purgar la Unión de sus elementos perturbadores. Rusia, un país de campesinos. Había renegado de su madre patria igual que su madre había renegado de él.

Su país, ese país suyo era ahora el Partido. Llegaría el día en que Francia ya no sería más que una provincia menor del Imperio y, a lo sumo, abastecería a

este de queso y de hombres. Tanteó en su bolsillo el ejemplar de ese evangelio nuevo que llevaba consigo a todas partes. Acostumbraba a abrirlo por cualquier página, varias veces al día, nutriéndose con las verdades intemporales del Guía, con sus sentencias benéficas como el pan de cada día.

La de esa mañana venía muy a cuento: «Este pueblo francés, que cada vez cae más al nivel de los negros, pone secretamente en peligro, a causa del apoyo que presta a los judíos en su objetivo de alcanzar la dominación universal, la existencia de la raza blanca en Europa».

¿Debía alegrarse por la reaparición del collar? ¿O bien había de ver en este el último suspiro de una época pretérita? La gargantilla era el granito de arena de su vida, el que había hecho que se encasquillara la máquina, una huella humillante de su pasado sembrado de fracasos. Y sin embargo, no había podido evitar acudir hoy para alimentarse con su presencia. Ahí estaba la joya, casi al alcance de la mano, recordándole su juventud, su madre, ese secretario degenerado del que ella se había encaprichado, a quien había preferido frente a él, ese maldito judío con ojos de mujer que había sido el heredero, esa sabandija. Incluso se había convertido en estrella de cine. ¡El colmo! Actuaba ahora en *talkies* que hacían furor al otro lado del charco.

«El judío constituye el contraste más rotundo con el ario. Tal vez no haya pueblo en el mundo en el que el instinto de conservación esté más desarrollado que en ese al que se llama “el pueblo elegido”. La mejor prueba de ello es el mero hecho de que esta raza ha sobrevivido hasta ahora».

Sus dedos se crisparon sobre el papel biblia.

Reduciría a cenizas a Ostrov.

Todos ellos serían pronto reducidos a cenizas.

Solo era cuestión de tiempo.

Mientras tanto, Poirot, de cuclillas en el adoquinado, seleccionaba silbando unas hojas entre la hojarasca. Quería organizarlas por colores, hacer con ellas un arcoíris de finales de otoño directamente sobre el suelo lleno de gravilla.

Las pujas subieron como la espuma de inmediato. ¡1.000, 2.000, 15.000, adjudicado, adjudicado, vendido! Una pintura de las Tres Gracias, número doce; la vaina de marfil de un puñal, número diecinueve; el vestido de boda de la princesa de Polignac, número treinta y dos; la espada que, supuestamente, había herido al célebre Perlot en su duelo con el conde de Bayard, número cincuenta y ocho...

Y ahora, señoras y caballeros, la blusa de la figura imprescindible de los Ballets Rusos, el gran Nijinsky, su traje de escena en *Sherezade*... Magnífica pieza de colección, histórica...

Se produjo el silencio en la sala. El solo nombre de Nijinsky bastaba para acallar a la multitud desde que el bailarín se había hundido en la esquizofrenia tras haber roto bruscamente con su célebre empresario Diaghilev y haberse casado, en un arrebato, con Romola de Pulszky. Desde hacía años, las especulaciones sobre su cuenta corrían como la pólvora, y todo cuanto, de cerca o de lejos, había tocado al hombre-fauno se vendía a precio de oro.

Precio de salida: 10.000...

10.000... ¡Allí, señor, sí, 10.500, 10.500!

Dimia no se esperaba semejante entusiasmo. Las manos se alzaban por doquier. Se percibía que los asistentes estaban tensos, pendientes de las sumas que prorrumpían en la sala...

¡35.000, 35.000 a la una, 35.000 a las dos!

El secretario de Dimia levantó la mano. ¡Ya casi lo tenían! Nadie pujaría por una suma semejante. La blusa tenía poco valor sin el resto del traje, que él había guardado con sumo cuidado. En unos minutos poseería de nuevo la blusa, podría acariciarla, verla de cerca, examinar quién de los dos, él o ella, había envejecido más... ¿Quién la había podido robar el día de la fiesta?

¡40.000 a la derecha, 40.000!

Se había levantado una mano, una mano sola, menuda, cubierta de sortijas ensartadas por encima de un largo guante de satén.

¿Una compradora? ¡Ojalá Vladi no flaquee, que vuelva a pujar en el momento oportuno! ¡Cómo se le había ocurrido delegar la venta!

¡40.000 a la una! ¡40.000 a las dos!

¡45.000 aquí delante! ¡45.000! La mano del secretario había aparecido por fin por encima de la multitud de cabezas. Nunca tendría que haber delegado una tarea tan importante en Vladi. Decidió hacer el trabajo él mismo y se levantó.

¡50.000 el señor del fondo, 50.000!

Vladimir no se dio cuenta de nada.

La pequeña mano apareció de nuevo a la derecha, murmurando algo inaudible.

Un escalofrío recorrió a la primera fila.

El subastador se desgañitaba, orgulloso de sí mismo.

¡100.000 la dama de la derecha, 100.000!

Dimia se levantó.

—¡150.000! —soltó al foro.

Una oleada de comentarios inundó la sala.

Vladi, que no había reconocido la voz de su amo, volvió a pujar. Dimia sonrió. El público asistía a una batalla formal entre el secretario y su amo, Vladimir y Dimia, Vladi y Didi, ¡el ruso de antes y el de ahora! El secretario de antaño no tenía ninguna oportunidad frente al gran Dimia de hoy que aparecía en la portada de los periódicos.

Lo tenía en el bote.

Inesperadamente, la mano de la derecha se levantó: 200.000. Un pesado silencio se instaló en la sala. La gente se retorció en los bancos, de súbito incómoda, como si más allá de cierta suma el negocio rayara en la indecencia.

Dimia alargó el cuello para distinguir a su competidora: una mano cubierta por un guante blanco que llegaba hasta el codo, del que emergían anillos de rubíes y esmeraldas y que salía, a intervalos regulares, de la extravagante sombra de una capelina adornada con plumas de pájaro de fuego. ¡Y qué plumas! En esa época, ya nadie las llevaba en los sombreros.

La pujadora tenía gusto. Eran las plumas de la Belle Époque.

La batalla iba a ser noble.

Poiret, ensimismado, cantaba «Au bon vieux temps la Madeleine...», formando una suerte de rosetón con las hojas. Colocó una en el centro, más pequeña que las demás, toda roja. Diríase una hoja de América, de esas que exhibían los arcos centenarios en los veranillos. Otra había perdido toda su carne, y de su cuerpo solo quedaba la nervadura, esqueleto frágil de un organismo que había sido y que ya no era. La puso en el borde, casi fuera del círculo.

Su composición se llamaría «La edad del hombre».

Retrocedió para ver mejor su creación. Estaba contento. ¿Y si finalmente el arte no fuera sino eso, un dominio de lo provisional, como la moda, que jamás era la misma de una temporada a otra, de una modelo a otra, de un cuerpo a otro? Había pasado toda su existencia en lo efímero, y había hecho de ello un estilo de vida, una manera de crear y de respirar que lo había consumido hasta el final. Él era una vela que estaba a punto de extinguirse. El viento por poco se llevó su obra, y Poiret la retuvo justo a tiempo con ambas manos extendidas en el suelo, luego cambió de opinión. No, el arte era esto otro: un momento de intensa belleza que no dura.

Una ráfaga levantó la primera hoja, y él la siguió con la mirada cuanto pudo mientras murmuraba palabras de amor.

Al cabo de quince minutos, Dimia había ganado la puja. Su secretario se había girado al final hacia ese comprador del fondo de la sala y había reconocido a su amo, quien, con una señal de la cabeza, le había dicho que podía soltar la presa.

La mujer de la capelina, una vez traspasado el umbral de quinientos mil, no había vuelto a rechistar. Las plumas de su sombrero habían dejado de oscilar de izquierda a derecha.

Dimia apretaba nervioso el programa de la venta. Quinientos mil. Desde luego no era un regalo. Un recuerdo se paga.

Se paga muy caro en ocasiones. Mas ¿por qué aquella compradora se empecinaba en adquirir semejante pieza? ¿Una admiradora de Nijinsky o de

Diaghilev? Acaso una nostálgica, igual que él.

Las pujas continuaron. Llegó el turno del collar de diamantes. A Dimia se le nubló la vista. Las imágenes lo asaltaban, esas imágenes que tantos años había tardado en olvidar y que de golpe le laceraban los ojos, la nariz, la piel, el corazón. El zapato de la condesa sobresaliendo de la piel de tigre, la voz cavernosa del comisario, la sonrisa balbuciente de Aristie, y luego, sobre todo, siempre, el olor de la sarapia. Era como si sus cinco sentidos despertaran de un largo letargo de veinticinco años.

Y allí estaba aquel notable objeto de reputación escandalosa...

El subastador sacó delicadamente de su caja de cristal ese collar que parecía escaparse como por arte de magia de los dedos... Dimia solo escuchaba fragmentos de sus palabras...: célebre fiesta..., sorprendente combinación de rubíes y diamantes..., perla negra..., Poiret..., condesa rusa que había financiado..., diplomacia...

Dimia se frotó los puños de la camisa, como si las esposas del prisionero que había sido durante unos días le escocieran aún en la piel. Las Mil y Dos Noches..., robado en 1912..., reaparecido de forma misteriosa hace dos años..., colección privada..., joya..., pieza única...

El collar había desaparecido dos veces. No lo quería a ningún precio.

Vladi se giró hacia su amo, quien le hizo una señal categórica. No.

El objeto suscitó un colosal entusiasmo. Circularon las sumas más descabelladas sin que él pudiera memorizar el importe. Dimia vio la mano de la mujer de las plumas alzándose varias veces, bajando, volviendo a alzarse todavía temblorosa. La mujer parecía estar en una postura más recta y tiesa sobre el banco.

Boquiabierto, hipnotizado, Ígor Slavski seguía hasta el menor de los gestos del subastador.

Tres millones. ¡Tres millones a la una! Damas y caballeros, una pieza única en su género, un tesoro, ¡tres millones a las dos! El subastador recorrió con su mirada a la concurrencia. Todos contuvieron la respiración.

¡Tres millones a las tres, adjudicado! El martillo se estrelló contra la mesa.

La gente respiró al fin, todos al mismo tiempo.

La pequeña mano rolliza y blanca cayó, tranquila, apaciguada, y la mujer acarició la estola de visón que realzaba su hombro.

Se vendieron también unos cuadros de maestros, plumas de avestruz, manguitos, anillos de boda, el traje escénico de Chaliapin, los pendientes de Sarah Bernhardt, los pantaloncitos cortos de Colette e incluso una trenza que esta se había cortado siendo adolescente. La trenza era a buen seguro falsa.

Dimia ya no oía nada más, no veía nada más.

Por fin cayó el último martillo. Las sillas rasparon las baldosas de mármol.

Dimia aguardó la salida de aquella mujer a quien pertenecía aquella preciosa mano y que había tenido los arrestos para desembolsar tres millones de francos por aquel maldito recuerdo.

³¹ Hugo Boss, quien desde 1933 proporcionó la indumentaria a las SS, las Juventudes Hitlerianas y, más adelante, a las tropas nazis durante la contienda mundial.

Le temblaban los dedos cuando cogió el estuche. Al instante, todo le volvió a la memoria, la farándula, los besos hambrientos de su amante, la voz cascada de la condesa vomitándole sandeces, el asqueroso contacto de su cuello, ya arrugado, fino y suave, el ruido sordo cuando esta cayó, el olor acerbo de la piel atigrada que había extendido sobre el cuerpo al percatarse de todo, su sobresalto cuando Dimia apareció en el umbral de la puerta, su huida miserable al despuntar el día sin haber podido volver a verlo, explicarle todo, que aquello no había sido sino un descomunal malentendido...

Abrió con precaución el estuche. La gargantilla, lustrada por los subastadores, brillaba con un sublime fulgor. La perla negra, en el centro, absorbía todos los colores. Oriane alzó la cabeza, súbitamente contenta. Toda debilidad había desaparecido. Estaba orgullosa de todo, de su pasado tumultuoso, de su valiente huida en un transatlántico a punto de zozobrar, símbolo de esa vieja Europa que tomaba asimismo el rumbo hacia las grandes catástrofes, orgullosa de haber tenido éxito en los Estados Unidos, de haberse ido sin un céntimo hacía veinticinco años y de estar hoy en día a la cabeza de un gran imperio. Su hija sería la heredera de ese trabajo obstinado, de esa entrada fulgurante en el éxito y el porvenir. La fortuna de su marido, que este había invertido en su *little business*, como a él le gustaba llamarlo, con la bondad paternalista y condescendiente que, por defecto, era la actitud que tenía con ella, le había prestado, desde luego, un buen servicio. Tarde o temprano, sin embargo, ella habría conocido el éxito. Lo sabía. Sus colecciones inspiradas en las más bellas piezas de la moda parisina habían gustado de inmediato. De algún modo, Poiret había estado presente en todo ello. A sus espaldas. ¿Demasiado inspiradas en las de él? ¿Le habría

ocasionado al creador la pérdida de mercados?, ¿habría acelerado su caída? Oriane había copiado los modelos y mandado imprimir nuevas etiquetas con su nombre en prendas casi idénticas. Poco después del naufragio, la salud de lord Wellington había declinado enseguida y había muerto al cabo de unos años. Si bien podría haber dejado de trabajar para gestionar su fortuna, tenía ese impulso irrefrenable en ella, casi enfermizo, del trabajo obstinado, sin fin. Le gustaban los negocios, los momentos intensos, los gritos, las negociaciones acaloradas, el gozo de la victoria y hasta la amargura de los acuerdos perdidos, de los contratos abandonados. Los negocios eran para ella el futuro, su bola de cristal a juego con sus atavíos de perlas y de estrellas.

Además, lo sentía por Poiret. Ella le enviaba una buena suma de dinero cada año el día de su cumpleaños.

Todo este pasado se encontraba ya muy lejos, como en una nebulosa invisible y protectora que, aun estando presente durante el día, no se ve más que en la noche. Nunca había deseado regresar a Francia, jamás había querido afrontar sus recuerdos. Aunque podría haberlo hecho. Al fin y a la postre, no arriesgaba gran cosa. ¿Quién habría reconocido en Clarisse Wellington a la joven condenada en rebeldía por el asesinato de una condesa rusa? Se había enterado de su sentencia por los periódicos, que llegaban con dos días de retraso a las costas del Nuevo Mundo. Solo hoy, con motivo de la subasta, había cedido por vez primera a los tormentos de la memoria; ella, que había procurado olvidarlo todo durante tanto tiempo. Veinticinco años. Todo había prescrito. Incluso podría haber venido con su nombre verdadero.

Sacó el collar y se lo puso como si se tratara de una baratija. A su regreso, llegaría el momento de explicarle todo a esa hija suya de veinticinco años que siempre se extrañaba al ver sus rizos castaños cayéndole en cascada por la nuca, cuando, en realidad, su madre era rubia como el trigo y su padre, en las fotos que preciosamente conservaba de él, tenía una cabellera negra y tupida.

La gente salía de la oscura sala de paredes rojas empujándose entre sí. Vladimir pasó delante de Dimia, que le hizo una señal para que lo esperara a la salida.

Finalmente, llegó la mujer de la pluma, segura de sí misma, con los hombros desnudos envueltos en su estola de visón. Una estadounidense venida a Francia en busca de ese no sé qué que constituía la gloria del país galo a ojos del mundo entero. Él, que se codeaba con ellas en su oficio, las reconocía entre un millón: uñas postizas, tacones de aguja, barra de labios de un rojo llamativo, anillos imponentes, un atuendo a lo Cleopatra, una mata de pelo de amazona. De la capelina, que escondía el rostro de la mujer, se escapaban largos cabellos rubios. Un joven corría tras ella como su modisto personal, confeccionándole directamente sobre su cuerpo un vestido de gala sin que ella le prestara atención...

Y, después,
al pasar por delante de Dimia,
la estola cayó.

La estola cayó justo delante de él, y él vio brillar, con un destello que le atravesó las entrañas como un puñal afilado, un pequeño tatuaje azul.

El tatuaje azul de su juventud.

El ayudante no se había dado cuenta de nada y seguía atareado detrás de la extranjera.

Un pequeño tatuaje azul, como un punto de sutura, una cicatriz indeleble, una herida de guerra, un golpe bajo, la vacuna contra la felicidad.

Oriane.

Oriane asesina, Oriane amorosa, la hermosa Oriane, desde entonces

estadounidense hasta el extremo de sus uñas postizas.

Estadounidense.

Las frías aguas de Terranova no la habían vencido.

O, mejor dicho, era ella quien había vencido a las aguas congeladas del Atlántico Norte.

¿Desde cuándo no se habían visto? ¿Veinticinco años?

Dimia se quedó paralizado.

¿Qué podía hacer? Debía subir al barco en marcha o mirarlo mientras se alejaba una vez más. La última. Este barco, al igual que aquel en el que se había embarcado Oriane veinticinco años antes para huir de esa vieja Europa presa de sus contradicciones, un barco fuera de la ley, abocado al desastre, pero del que algunos pasajeros habían, con todo, alcanzado las orillas salvadoras del otro continente.

¿Qué diría la condesa?

La voz clara y embaucadora de Svetlana resonó en el aire denso y ahumado de la sala, su voz de carretera animando a un caballo en su acelerón final en una carrera hípica, con la falda remangada en el fango:

—¡Se está pasando una página, Dimia, una más! ¡Venga, a por ella!

Se encontraba en uno de esos momentos que se le brindaban delante de las narices y que no volverían, como aquella vez en que el Orient Express había pasado por un túnel sumergido en la oscuridad.

Las montañas rusas de su vida habían vuelto. A veces, las cosas solo dependían de un hilo, de una voz venida de ultratumba diciendo que avanzáramos.

Una nueva partida.

Su último salto al vacío.

Recogió la estola y se puso a correr para alcanzar a la mujer, que se marchaba sin haberse percatado de nada.

Ella caminaba dando largos pasos, quería perderse entre la multitud, acuciada por terminar con aquello, buscando impacientemente la salida en una sucesión interminable de pasillos y alfombras sordas. Dimia avivó el paso, apretando contra él la estola, contento con el calor ligeramente húmedo del visón en su piel.

Una estadounidense, una rica estadounidense.

Una asesina, una modelo, una mujer galante, una bailarina, una intrigante.

O quizá no.

Se abrió paso a codazos entre el gentío. Adelantó sin verlo a un oficial alemán que lo miró con sorpresa, como si hubiera visto a un fantasma. Las puertas de la casa de subastas ya estaban abiertas de par en par y daban a la calle soleada.

En el umbral, Dimia llegó por fin a la altura de la mujer de la capelina y le dio un toque en el hombro.

—¡Oriane!

Ella se giró y, con un grito, dejó caer el estuche, que se cayó a sus pies.

Dimia, por primera vez en veinticinco años, cruzó con ella su mirada gris y transparente de estepa vacía.

Estaba todavía más hermosa que antaño, las diminutas arrugas alrededor de sus ojos semejaban soles radiantes sobre el pastel de sus mejillas. Él, que durante todos esos años no había sabido el color de sus ojos, ese día, la reconoció, su sílfide de piel de seda y aroma a sarapia, su belleza furiosa y orgullosa, esa luz suya de un barco lejano con el que él, en una noche de lujuria y perdición, dio la vuelta a la tierra. Ella se le había escapado dos, tres veces. ¿O acaso había sido él? Ya no lo sabía.

El siguiente capítulo de su vida estaba escrito. Los estadounidenses harían un puente de oro para que Dimia fuera a actuar allí. Estaba decidido. El amor se estaba reformando, las piezas del puzle se iban recomponiendo. Hacía mucho tiempo que Dimia no tenía las manos temblorosas, ese arrebol en las mejillas, ese latir del corazón desordenado y doloroso.

Recogió el estuche que había caído a sus pies y se lo entregó.

—Mi querida Oriane, se le ha caído algo.

—¿Sabe usted quién soy yo, caballero? Está usted hablando con Clarisse Wellington.

Su tono desmentía sus palabras. Dimia apenas si veía asomar la sombra de una sonrisa en su rostro demudado, todavía bajo el impacto del encuentro. Ella se había quitado la capelina y la sostenía en la mano, como una peluca inútil que se compra para decorar y que acaba aburriéndonos.

—Vamos, apresurémonos —dijo él—. Nuestro viaje por Francia ha llegado a su fin. Es hora de que nos vayamos. Rumbo a América, ¿verdad?

Tiró el periódico a una papelera y la asió firmemente del brazo, como si nunca se hubiera separado de ella.

Como si hubieran venido juntos y fuera la hora de regresar juntos.

Ella cedió, blanda como una muñeca de trapo, y partieron juntos del brazo, como en el pasado el matrimonio Poiret había recorrido, a paso lento y acompasado, hermoso y regular como el movimiento de un péndulo, las calles de París.

Al pasar, pisaron la composición de hojas otoñales que un anciano señor de barba cana con la cabeza en las nubes había dispuesto directamente en el suelo.

Agradecimientos

Uno nunca escribe solo. Deseo darles las gracias a las personas que me han acompañado en esta aventura: a Maryline, fabulosa novelista sin quien esta *Noche* no habría visto la luz; a mi marido y mis hijos, por su apoyo incondicional; a mi padre y mi hermana, mis admiradores desde el comienzo; a mi madre, por haberme insuflado, desde mi primera infancia, el gusto por la literatura; a las Chicas del Club, Sarah, Patricia y Valérie; a Françoise, por sus juiciosos comentarios en las primeras versiones; a Stoni, por su generosidad ilimitada; a Linda, por su paciencia y sus ánimos, y, por último, mi agradecimiento a Hélène Fiamma, directora de la editorial Payot & Rivages; a Jeanne Guyon, mi editora; a Pascale Granger, por la cubierta, y a todo el equipo que ha impulsado este libro.